

Historia de la medicina peruana / Hermilio Valdizán.

Contributors

Valdizán, Hermilio, 1885-1929.

Publication/Creation

Lima, Perú : Ediciones Hora del Hombre, 1944.

Persistent URL


<https://wellcomecollection.org/works/ddx23mc8>

License and attribution

Conditions of use: it is possible this item is protected by copyright and/or related rights. You are free to use this item in any way that is permitted by the copyright and related rights legislation that applies to your use. For other uses you need to obtain permission from the rights-holder(s).



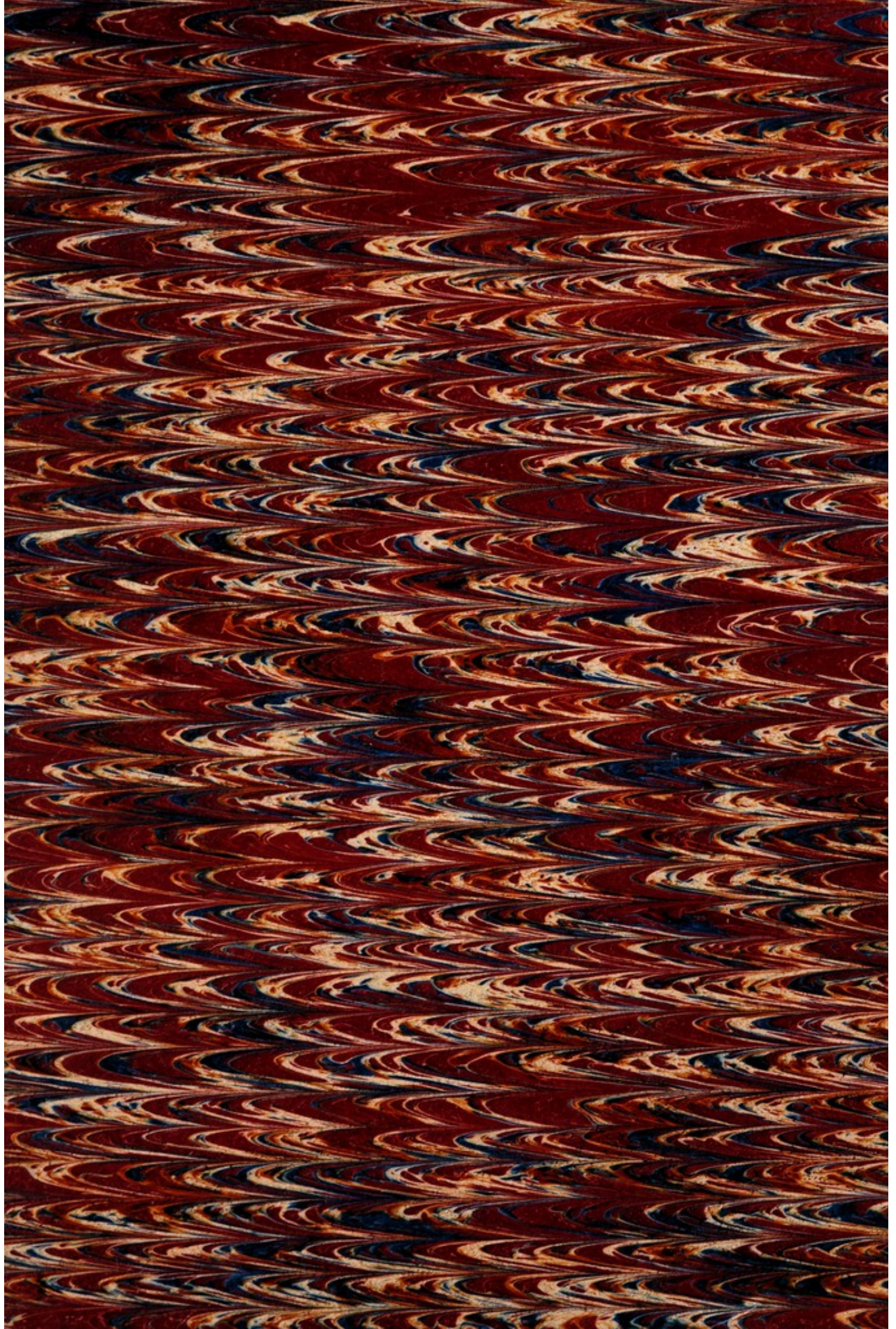
Wellcome Collection
183 Euston Road
London NW1 2BE UK
T +44 (0)20 7611 8722
E library@wellcomecollection.org
<https://wellcomecollection.org>

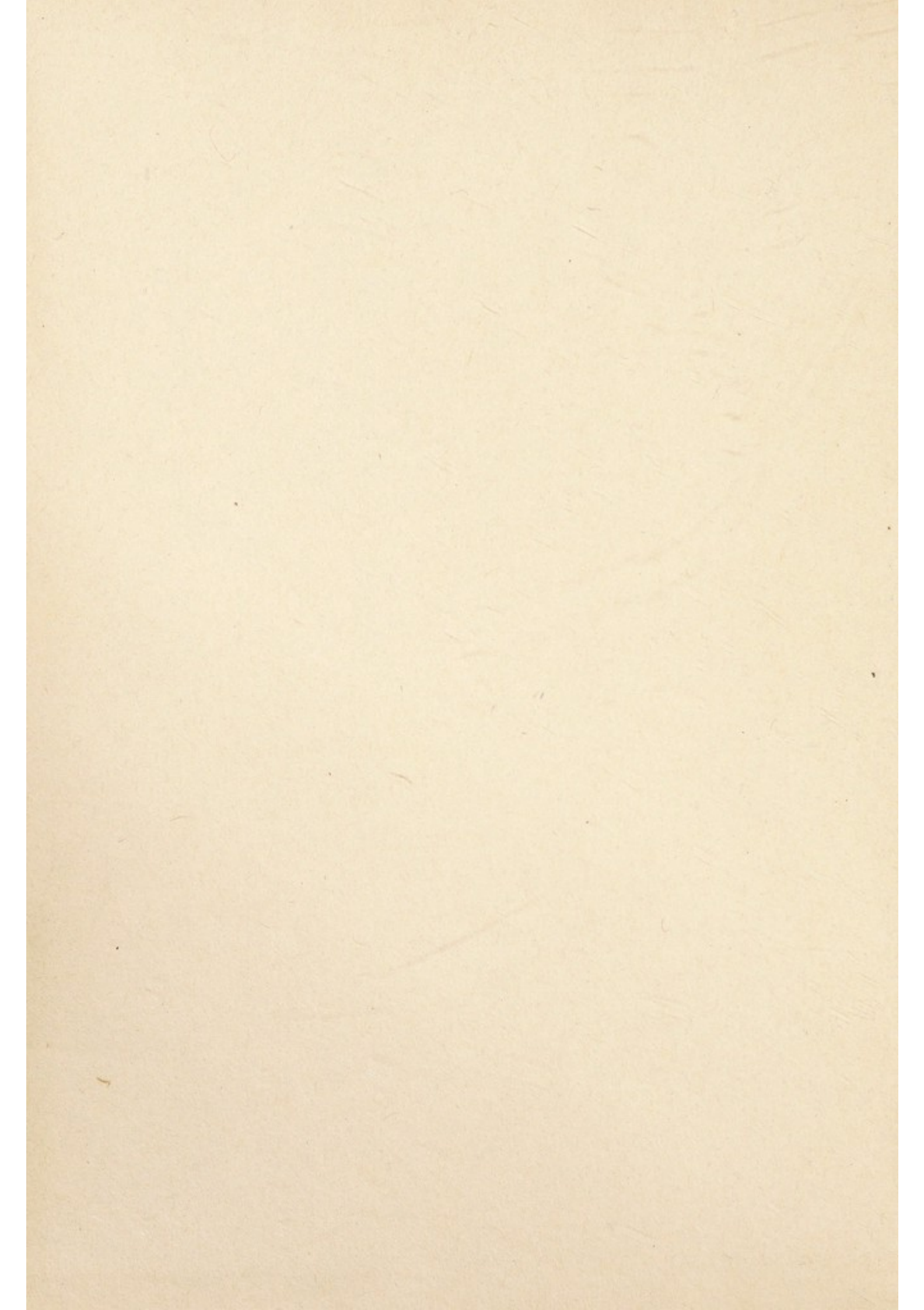
The image shows a close-up of a marbled paper pattern, likely from an antique book. The pattern consists of numerous vertical, wavy, feather-like shapes in shades of cream, yellow, and blue, set against a dark reddish-brown background. The pattern is dense and covers most of the frame. In the bottom left corner, there is a small white rectangular label with the text "(2) BW.795".

(2) BW.795



22101983289



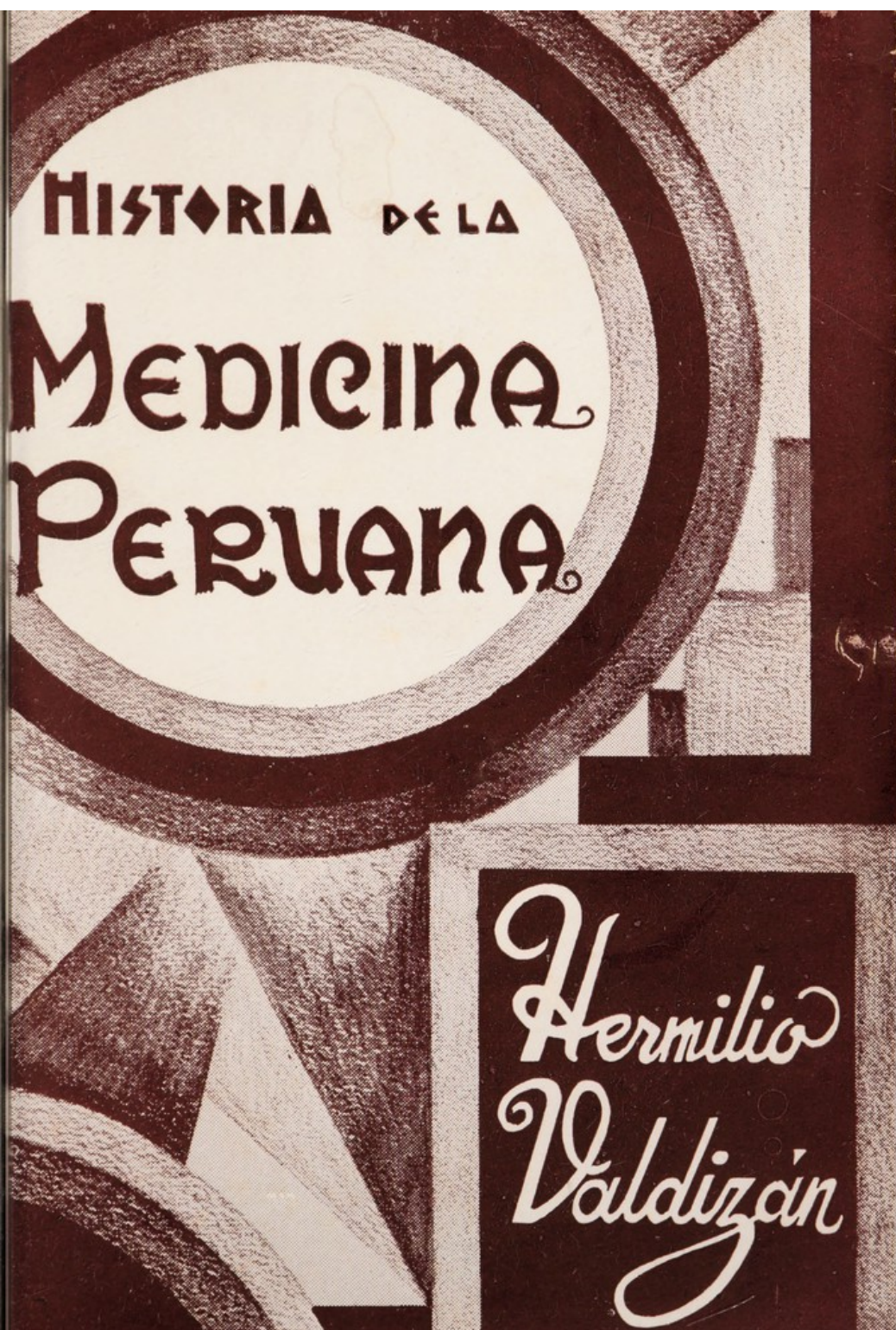




Digitized by the Internet Archive
in 2017 with funding from
Wellcome Library

<https://archive.org/details/b29825155>





DEL AUTOR SE HA DICHO:

"Hábil hurgador del pasado médico nacional hizo renacer en crónicas y anécdotas, con toda la fuerza de los hechos reales, la pujanza de nuestros viejos valores. Rememoró cuanto de bueno hemos tenido en el arte de Hipócrates para imitación y ejemplo, y mucho de lo malo para renunciación y prevención".

Editorial de la "Revista Médica Peruana".

El Folk-lore nacional médico, tan rico y variado como inédito antes que él lo extrajera de empolvados pergaminos y de viejas consejas; la historia de nuestra medicina y sus cultores, las biografías de sabios y empíricos del pasado, que en el Perú se distinguieron en las tareas de Esculapio, no tenían secretos para él. Y como amaba ese pasado y sufría con la preterición injusta, con el olvido y desdén de las generaciones nuevas a los rumbadores de nuestra medicina, a sus próceres, a los que constituyen su abuelo glorioso, dedicó parte importante de su laboriosidad a retrotraerlos a la vida, pintando sus hazañas con el fecundo pincel de la anécdota verídica, del rasgo genial, de la amena historia".

Prof. Dr. Eduardo Bello.

"He aquí un nuevo libro de Valdizán ("Crónicas Médicas"). No hace falta decir más para saber que se trata de una obra jugosa captada en nuestro ambiente, con las cosas de ayer, hecha para nuestro ambiente de hoy, tan plagado de cosas nuevas, pero siempre con las trazas de nuestro singular criollismo".

Dr. Ovidio García Rosell.

Carátula:
CARLOS BELTRAN

HERMILIO VALDIZAN

HISTORIA
DE LA
MEDICINA
PERUANA





HERMILIO VALDIZAN

**HISTORIA
DE LA
MEDICINA
PERUANA**



LIMA

—

PERU

—

1944

Derechos de edición adquiridos.

Hecho el depósito de ejemplares que manda la ley.

(2) BW. 795

Ediciones
HORA DEL
HOMBRE

Director
JORGE
FALCON

AL poner en manos del lector esta edición de HISTORIA DE LA MEDICINA PERUANA, del doctor Hermilio Valdizán, apreciamos en ello, un hecho de efectivo orgullo para HORA DEL HOMBRE.

Estimamos especial deferencia haberse puesto en nuestras manos y a nuestro cuidado los originales de este libro del sabio peruano, y en correspondencia nos hemos esforzado en la vigilancia de su presentación.

En el panorama de la intelectualidad médica peruana, la personalidad del doctor Hermilio Valdizán destaca como una de las mentes más avizoras y maduras a la vez que preocupada de establecer la definición de los hechos y conceptos sobre verdaderas raíces científicas. En esa pasión permanente por la investigación remarca su fervorosa orientación hacia lo nuestro peruano, desde sus más remotos orígenes.

Sus resultados los traduce el doctor Hermilio Valdizán en una prosa amena, ágil, en la que se dan la mano el investigador serio y el escritor de alada frase. La erudición en el autor de la HISTORIA DE LA MEDICINA PERUANA no es una tabla fría sobre la que el lector se hiela; es por el contrario manantial en el que beben todos los labios que se acercan con cualquier grado de sed de saber.

Nacido en Huánuco, crecido y desarrollado sin que el latigazo de la pobreza se le apartara un solo instante, el doctor Hermilio Valdizán orientó su vida al sacrificio del estudio y la investigación. Con sinceridad buscó la dimensión del hombre y se fundió en una sola corriente con todas las tendencias progresistas, en la ciencia en particular y en la sociedad en general. Su estancia en Europa

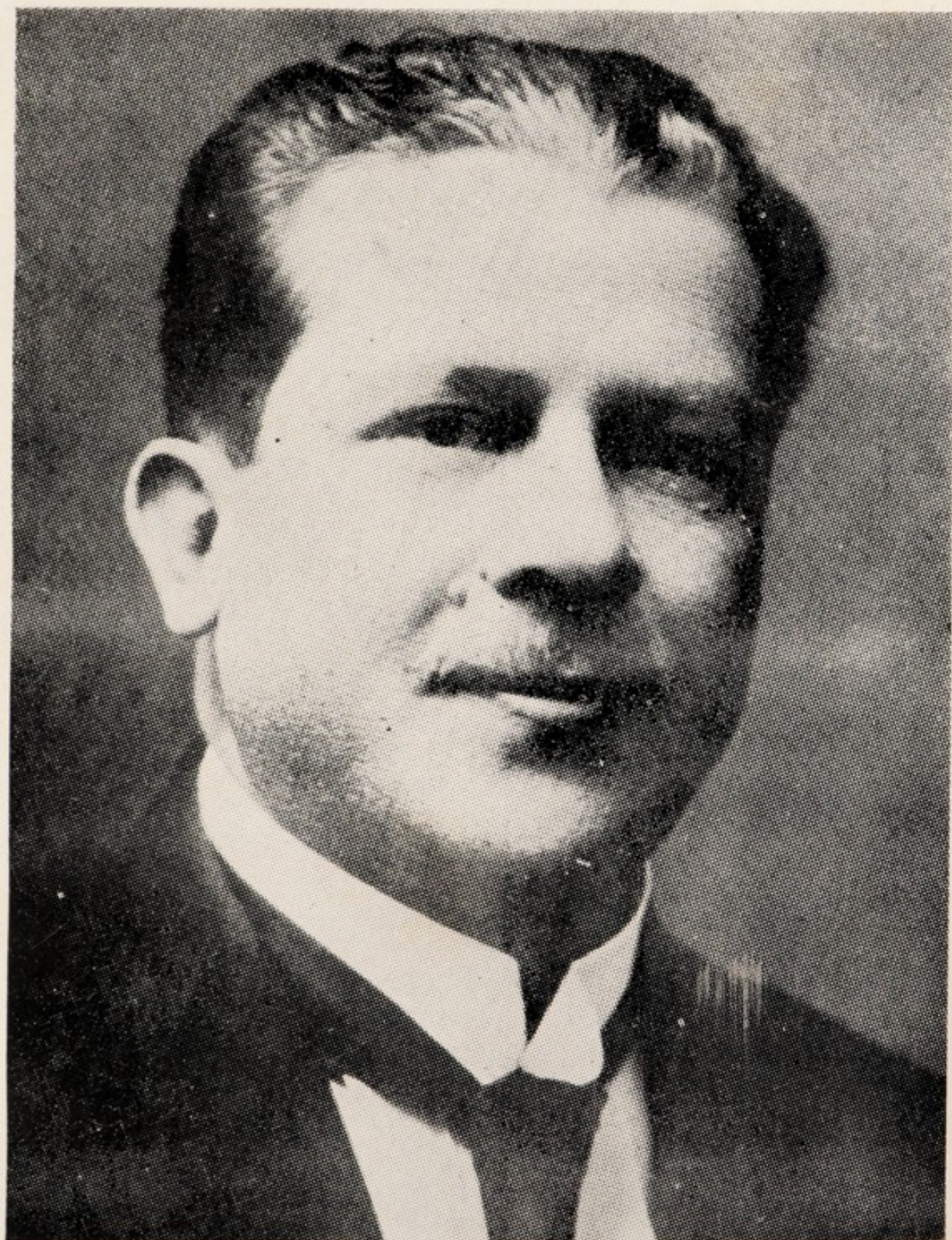
después de graduarse de médico en la Facultad de Lima, le sirvió, no para desarraigarlo de la tierra sino para atraerlo más a ella: de ahí su pasión indigenista — en el sentido justo del término.

Médico, Maestro, Investigador y Hombre fueron en el doctor Hermilio Valdizán simplemente aspectos de una sola, recia y bien definida personalidad. Trabajó íntegramente los años todos de su existencia y a las generaciones posteriores, ha legado una riqueza inestimable de ejemplo y de producto de estudio.

La HISTORIA DE LA MEDICINA PERUANA no es la menos importante de sus obras. Tal vez si debió ser su creación fundamental. Las páginas que dejara escritas vendrían a constituir la piedra base de un monumento indagatorio, orientado a exponer totalmente el proceso de la ciencia médica en el Perú, desde sus prácticas primitivas hasta sus aportes a los experimentos universales. HORA DEL HOMBRE, al editar estas páginas, comprueba esta verdad. Las públicas, sin embargo, en la certeza, de aún incompletas, son valiosas tanto para cuantos quieran investigar en el pasado médico peruano, como para quienes quieran simplemente tener un conocimiento somero.

A HORA DEL HOMBRE, por lo demás, le complace hacer su primera edición científica con páginas de uno de los cerebros más esclarecidos de la inteligencia peruana y en condiciones ambientales superiores al pesimismo del autor, que las escribiera obedeciendo a la satisfacción de un impulso generoso y afirmando tener, como lectores, al gr̄po reducido de sus amigos; así lo afirma en la Introducción. Los hombres del Perú de hoy demuestran mayor interés por sus propios problemas y mejor respeto y reconocimiento a sus talentos representativos; razones ambas que abren nuestro optimismo a la acogida que ha de merecer esta edición.





Dr. Hermilio Valdirán

SUMARIO

PROLOGO.—Dr. J. B. Lastres.

INTRODUCCION

I.—LOS ORIGENES

Las enseñanzas de Imai Mama Viracochan.— El demonio y los Alcos.— Cómo se hicieron hechiceros Xulcamango y Xulcaguaman.

II.—LOS ORIGENES

Adivinos y hechiceros.— Los Calparicuqui, los Viropíricos, los Camascas, los Yacarcaes, los Huacapvillac, los Tarpuntaes, los Malquipvillac, los Yanapac, los Aucachic, los Asuac, los Sociac, los Rapiac, los Pacharicuc, los Hacaricuc, los Amautas.

III.—LAS DOCTRINAS MEDICAS

La enfermedad castigo de los dioses.— La enfermedad punitiva de pecados.— Los sacrificios curativos.— Las purificaciones.

IV.—LA OBSTETRICIA

La maternidad en la leyenda y en el mito.— De las muchas clases de "Mamas".— El parto entre los antiguos habitantes del Perú.— Los embarazos anómalos.— Las distocias.— El aborto.

V.—LA PEDIATRIA

La infancia en el mito y en la leyenda.— Primeros cuidados de la infancia entre los Incas.— La lactancia y la ablactación.— La fiesta del Rutu chico.— Las deformaciones craneanas.— Prácticas de higiene y de terapéutica infantil.

VI.—LA CIRUGIA

Instrumentos que sirvieron a los primitivos peruanos y que pudieron servirles con finalidad quirúrgica.— Sacrificios y puniciones en que pudo evidenciarse la capacidad quirúrgica de los antiguos peruanos.— La sangría.— La trepanación.

VII.—LOS CONOCIMIENTOS ANATOMICOS

Las informaciones de los Cronistas.—El embalsamamiento de cadáveres. — La piel curtida. — La cerámica y sus datos.

VIII.—LA OFTALMOLOGIA.— LA ODONTOLOGIA

La conjuntivitis de Yahuar Huacac.— La piedra que "lloró sangre".— La frecuencia de la ceguera representada en los cerámicos peruanos.— La Odontología punitiva.— La mecánica dental.

IX.—LA DERMATOLOGIA

¿Se tatuaron los primitivos peruanos?— La Ccara.— La sarna.

X.—LA HIGIENE

Los baños entre los antiguos peruanos.— La fiesta de la Citutua.— Las hospederías.— Las pestes.— Los alimentos.

INDICE

PROLOGO

A los quince años de la muerte del insigne Maestro, sale a luz este nuevo libro suyo, **Historia de la Medicina Peruana**, sugestivo, atrayente y enjundioso, como lo fueron todas las producciones que brotaron de su privilegiada pluma.

Quince años ha, que nos falta el calor de su peruanidad, y de su verbo elocuente, con el que nos contara toda la poesía que encierra nuestro pasado médico.

Nos consuela en parte de su ausencia, sus obras espirituales, que son un mensaje a la colectividad médica peruana, mensaje afectuoso, como todos los suyos, lleno de emoción, de fe y de amor. De amor por lo vernacular, por la personalidad de nuestras figuras próceras; y por todo lo autóctono, que él supo describir en páginas saturadas de honda emoción histórica.

Valdizán es un ejemplar perfecto del auto-didacta como artista-historiógrafo-médico. Tiene modestos precursores. Cargará sobre sus hombros la tarea de modelar el edificio y procurar adeptos para continuar la buena cruzada que él, idealísticamente, se ha impuesto. Es un romántico, enamorado del pasado. Por cierta coincidencia ha nacido un Huánuco, la ciudad de ilustre prosapia, la de los Caballeros de León, que conserva celosamente en sus Anales, el recuerdo impoluto de los amores platónicos de Amarillis, la de la áurea leyenda, con el Fénix de los Ingenios, el genial Lope de Vega.

En este nuevo libro, trata el Maestro de la medicina aborígen peruana, desde sus remotos orígenes, anunciados en las leyendas incanas, hasta sus escasos y primitivos procedimientos terapéuticos. Nos relata las enseñanzas de Imai Mama Viracochan, y las figuras de Xulcamango y Xulcaguamán, dioses y hechiceros de la mitología india; hechiceros que pretenden haber heredado su arte de la divinidad, del trueno o de los elementos sobrenaturales, o de "haberlo soñado"; y que conocían el secreto de las yerbas, principalmente de aquellas que "eran buenas para medicinas" y para producir el envenenamiento. Luego analiza, uno a uno, los diversos hechiceros, que curaban principalmente por la magia externa: los Calparicuqui, Virapiricos, Camasccas, Yacarcaes, Huacapvillac, Turpantaes, Malquivillac, Yanapac, Aucachic, Asuac, Sociac, Rupiac, Pacharicuc, Huacaricuc, adivinos y hechiceros de aquel período. De sus doctrinas médicas, sus ayunos, penitencias y purificaciones; luego de las especialidades comenzando por la obstetricia y la maternidad en la leyenda y el mito. De la especialidad pediátrica y de cómo cuidaban a los niños, así como de las prácticas de higiene infantil. Nos enseña igualmente los rudimentos de cirugía, y los instrumentos de

que se sirvieron para los sacrificios y puniciones, así como para las sangrías y trepanaciones. También tuvieron, aunque fragmentarios, conocimientos anatómicos; del empleo de la piel curtida y del embalsamamiento. De las oftalmopatías conocieron apenas la conjuntivitis y la ceguera; y fueron escasos sus conocimientos sobre dentistería y dermatología. De higiene, pueden hallarse conceptos empíricos sobre balneación, purificación e higiene alimenticia. Tal un resumen de la interesante obra que va a leerse enseguida, y que representa un esfuerzo de coordinación de datos dispersos y el primer ensayo didáctico de la medicina incaica.

La historia de la medicina, ha dicho un eminente maestro, puede ser comparada con el mar. Tiene en la lejanía de las edades, profundidades tan grandes como él. Los historiadores de la medicina, no somos sino pobres buzos: unos hábiles y temerarios, sumergiéndose en sus profundos abismos; otros menos expertos, que se limitan a explorar la superficie. Pero todos, esforzados e idealistas por extraer algunos fragmentos del tesoro sin precio que ocultan los siglos. Este tesoro de singular magnificencia, es igualmente la historia de la medicina peruana, ya en la época un tanto misteriosa, pero plena de interés de la medicina incaica, de la que cada día se descubren nuevas facetas; ya en la etapa colonial, igualmente atractiva por las peculiaridades de su ambiente; o ya la etapa republicana, dominada por acontecimientos políticos e industriales, trascendentes, que preparan el advenimiento de la época actual. Así es de grandioso el panorama de nuestra medicina vernacular; y así se presenta a los ojos inquietos y avizores de los historiadores, que buscan con afán, para actualizarlas, el alma y la emoción de otras épocas.

Los historiadores deben poseer el alma y la emoción de los poetas, no para trazar una narración más o menos deformada por la fantasía, sino para revivir personajes y ambiente, con un sano espíritu de crítica; para ir al encuentro de la verdad, encuadrando a los héroes o los personajes, tal como ellos fueron, y no como la pasión quisiera que fuesen. Todo con espíritu de acendrada crítica, libre la mente de prejuicios que todo lo perturban y deforman. La obra del historiador es, como dice el gran Sigerist, comparable a la del psiquiatra. Cuando este analiza a su paciente, trata de hacerle conocer los motivos inconscientes de su conducta, a fin de que pueda afrontarlos abiertamente y eliminarlos. En la misma forma, el historiador, por el análisis de los desarrollos históricos, trata a menudo de revelar y aclarar las tendencias sociales inconscientes, a fin de que encarándolas y examinándolas decididamente, "podamos mejorar las circunstancias actuales mediante la acción inteligente".

De esta labor de reajuste de nuestro pasado médico, se ha encargado con singular acierto, la Sociedad Peruana de Historia de la Medicina, Institución que vela por nuestros valores médicos de otrora, templo donde se rinde culto perenne a los grandes de nuestro ayer médico, manteniendo encendida la lámpara votiva de la permanencia.

El idealismo médico en Valdizán está concretado a escudriñar en historia médica. Su empeño generoso, mantenido y acrecentado con el correr de los años, pese a las ingraticudes y frialdades del ambiente, representa para él un deber, pues, que "cada uno de nosotros debe a la colectividad en que vive, la colaboración personal que es capaz de rendir en la vida; y yo que era capaz de este empeño conservador, de este esfuerzo que tiende a evitar que el tiempo y el olvido se lleven recuerdos que vale la pena conservar, me consideré en la obligación de proseguir este esfuerzo, sin esperanza alguna, sin ilusión alguna..." Aquí entre en juego, su modestia proverbial, pues que su obra está llena de idealismo vernacular, suscitador de perennes inquietudes.

Llevó a cabo una labor inmensa, *fervet opus*, hierve el trabajo, pues que así fué su acción hasta el último instante de su vida. Antes que él, no teníamos casi tradición histórica y creíamos que nuestro pasado era carente de valer. El nos lo mostró en toda su grandeza. Era un artista de la exposición, dotado de una fina sensibilidad. Poseía el arte de decir las cosas bien, en estilo sencillo y ameno. Sigue con rigor en sus escritos la metodología histórica. Eurista consumado, sus obras están respaldadas por la veracidad inobjetable de los documentos que tuvo a su alcance, documentos de primera mano, que le sirvieron de puntales para modelar nuestra historia médica. Donde brilla estelar el talento de Valdizán, es en la última parte de la metodología histórica, en la parte expositiva, en ese campo q' linda con el arte, con la facultad de decir bien las cosas y dominar con maestría la lengua cervantina. "Tener en la pluma, dice acertadamente Rodó, el don exquisito de la gracia y en el pensamiento, la inmaculada linfa de luz donde se bañan las ideas para aparecer hermosas. ¿No es una forma de ser bueno?" Frase aforística del gran pensador, que se le puede aplicar al arte historiográfico y a la bondad inagotable del Maestro Valdizán.

La obra valdizanianana, por sus profundas enseñanzas, señala un derrotero a los estudiosos fernandinos. Porque el empeño que puso fué desinteresado y noble, cual el de los idealistas que miran al más allá, al ensueño. Trabajo incansablemente, *ad gloriam*, y murió joven, como los elegidos de los dioses.

Y este "demonio" interior, que le indujo a hurgar en la perspectiva de las edades, con tanto amor, es el mismo que brilló en Unanue, el fundador del Real Colegio de Cirugía y Medicina en San Fernando; en Heredia, el visionario, que reorganizó los estudios médicos; y en Carrión, el mártir; soñadores e idealistas, a los que debemos el progreso actual de nuestra primera Escuela Médica del Perú.

La Editorial "Hora del Hombre", ha tenido el acierto de publicar lujosamente, este nuevo libro del Maestro; y su Director Jorge Falcón de poner todo empeño en su buena presentación.

Lima, 1944.

Dr. Juan B. Lastres.

INTRODUCCION

Cuando escribo este libro, se realiza la venta del trigésimo quinto ejemplar del tomo I de mi "Diccionario de Medicina Peruana", y ello dos meses después de dada a luz la edición.

El fracaso editorial debiera haberme invitado a abandonar estos estudios y debiera haberme demostrado que no existe entre nosotros el gusto por este género de investigaciones; pues que sobre un medio millar de médicos que ejercen la profesión en el Perú sólo un siete por ciento de ellos, los muy amigos, han tenido la bondad de adquirir el primer volumen de mi "Diccionario".

Pero considero que esta empresa de una "Historia de la Medicina Peruana" ha de representar para mí satisfacciones espirituales que habrán de compensarme de la pérdida considerable de dinero que para mí representa la impresión del ya muchas veces citado Diccionario. Y es en pos de esas satisfacciones que emprendo la obra, sabiendo de antemano que sólo mis 35 amigos de Lima adquirirán este nuevo trabajo mío, si él llega a publicarse.

Para ellos, pues, escribo esta "Historia de la Medicina" de mi patria; para ellos y para los que vengan un día y hallen en alguna tienda de viejo, arrumados en anaquelaría que la polilla hará inseguro refugio, este libro y otros libros míos, reveladores de tanta generosidad de propósitos como de intensidad de desengaños.

Lima, enero de 1924.

HERMILIO VALDIZAN.

I

LOS ORIGENES

LAS ENSEÑANZAS DE YMAI MAMA VIRACOCHAN.— EL DEMONIO Y LOS ALCOS.— COMO SE HICIERON HECHI- CEROS XULCAMANGO Y XULCAGUAMAN

El origen divino de la Medicina Peruana aparece claramente enunciado en la leyenda y, precisamente, en la leyenda que procura establecer los orígenes de la humanidad misma, a raíz del cataclismo que, en la mitología peruana, es el equivalente del "diluvio universal".

"y en Pucará — dice *Molina* ("Relación de las fábulas y ritos de los Incas", en "Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú", de Horacio *Urteaga* y Carlos A. *Romero*, Vol. I. Lima, 1916, Pág. 10) — que es cuarenta leguas de la ciudad del Cuzco, por el camino del Collao, dicen que baxó fuego del cielo y quemó gran parte dellos, y que los que iban huyendo se convirtieron en piedras y que el Hacedor, a quien ellos decían que era el padre de *Ymai Mama* y de *Tocapo Viracochan* mandó que desde allí se partiese el mayor de sus hijos, llamado *Ymai Mama Viracochan*, en cuyo poder y mano están todas las cosas, y que fuese por el camino de los Andes y montañas de toda la tierra; y que fuese dando y poniendo nombres a todos los árboles grandes y pequeños y a las flores y frutas que auian de tener y mostrando a las gentes las que eran para comer y las que no, y las que eran buenas para medicinas; y asimismo puso nombres a todas las yeruas y flores, y el tiempo en que auian de producir sus frutos y flores y que éste mostró a las gentes las yeruas que tenían virtud para curar y las que podían matar. Y al hijo llamado *Tocapo Vira-*

cochan, que quiere decir en su lengua Hacedor en que se incluyen todas las cosas, le mandó fuese por el camino de los llanos visitando las gentes y poniendo nombres a los ríos y árboles que en ellos uiese y dándoles sus frutos y flores por la horden dicha y que assi se fuese bajando hasta lo más bajo desta tierra y de allí se suuieran al cielo, después de auer acauado de hazer lo que auia en la tierra... Dicen también en esta misma fábula que en tierra Huanaco... y que allí manifestó a las gentes los nombres y propiedades que las aues y animales y demás sauandijas tenían”.

Como puede verse en esta leyenda, es la divinidad misma la que hace a los hombres dueños de las primeras nociones médicas: son los hijos del Hacedor, hechos hombres, los que recorren la tierra, empeñados en un trabajo de clasificación, así en Botánica como en Zoología y empeñados, asimismo, en una labor de enseñanza terapéutica. “Mostró a las gentes — reza la leyenda — las yeruas que tenían virtud para curar y las que podían matar”; “manifestó a las gentes — dice después — los nombres y propiedades que las aues y animales y demás sauandijas tenían”.

Esta leyenda, a despecho de las reservas que inspira por representar el equivalente pagano del fuego destructor de ciudades corrompidas del credo católico, tiene el mérito de conceder a la Medicina Peruana, al mismo tiempo que un origen divino, un origen exento de prácticas taumatúrgicas y reducido al aprovechamiento, con finalidad terapéutica, de las propiedades asignadas a ciertos productos animales y vegetales que representaron el arsenal efectivo de la terapia de los primitivos peruanos.

Este mismo origen, aunque enunciado en forma diversa, aparece en las leyendas enhorabuena recogidas por los primeros agustinos que doctrinaron a los Huamachucos en la segunda mitad del siglo XVI:

“La manera primera y más general quel demonio tiene y tuvo en hacer ministros y *alcos* y sacerdotes, es que cuando ve que hay algún indio hábil para sus negocios y más curioso en las cosas, aguarda que salga al campo por leña o a sus estancias y chácaras, y cuando llegan a alguna laguna, que hay muchas en aquella tierra, entonces el

demonio procura de engañallos y échales delante unos matecillos o calabacillos muy galanos en el agua y él va a tomarlos y los calabacillos por astucia del demonio huyen y éntanse debajo del agua; jugando embebécense tanto en ello hasta que están medio tontos, y entonces el demonio tómalo y mételo o llévalo a la guaca y tiénelo allí cinco días, ya otros diez, y allí les enseña las cosas que pertenecen para su oficio, *ques algunas maneras de curar* para los indios y después que salen de allí mándale ayunar cinco días y después de ayunados queda hábil para hablar con él todas las veces quel quiere. El ayuno es que no ha de comer agi, que es de la que llaman en nuestra España pimienta de las Indias, *ques gran cosa* para los indios cuasi no comen sin ella ni sal. Ni han de beber azua o chicha, que es su vino, *ques maiz molido, cocido y colado, ques lo que principalmente sustenta los indios*, y es una bebida que los emborracha como vino. No ha de dormir con sus mujeres y si quebranta el ayuno no es buen hechicero; y aparécese de noche y díceles ¿por qué no me servís? (y esto estando el indio dormido), que yo te haré rico y te daré lo que quieres?. Y de esta manera le sirven muchos y enséñales otras muchas cosas e embustes: aquí diré una que ví, que dixo el hechicero que le había enseñado el demonio, y es que hacía salir sangre a otro indio o india sin hacer agujero ni otra cosa, ni herida alguna; y otras cosas les hace hacer, y diversidad de cosas que espantan y atraen a los pobres indios y los engañan”.

“El principal de los sacerdotes es un indio que se llama *Xulcamango* y era el mayordomo de todos, el cual es *alco* y cognoscen los padres lo hizo hechicero e su sacerdote desta manera: estando una noche durmiendo vino a él el demonio en figura de aguila dos o tres veces y él con la manta queríala tomar en tres noches, y él viéndose perseguido de aquel águila andaba muy triste y comenzó a pensar que sería ello y con el pensamiento perdió el sueño y no dormía y andaba medio tonto o loco y flaco de la gran tristeza y viéndole así el demonio vino corriendo a él y díxole como el águila que se le apareció era él, y por que lo quería mucho y lo quería hacer mucho bien y servirse de él y que le haría muy rico y en mucha abundancia le daría cuan-

to hobiese menester; y el indio con las promesas se holgó y aceptó el oficio y ayunó e así fué el principal de los negros sacerdotes”.

“De otra manera también hiso hechizero y su *alco* que dicen ellos o sacerdote, a otro indio que se llama *Xulcagua-man*, este guardaba las ovejas de su padre, y un día vino a él el demonio en hábito de indio, y díxole y rogó-le que matase un corderito de aquellos de la tierra y que se lo comiese, y el mozo díxole que le placía, y entonces tomó el demonio la sangre y comió al parecer y la carne dexóla; y otro día tornó a aparecer y díxole que matase dos y hizo lo mismo; y así prosiguió hasta que mataron treinta. Y otro día díxole que hurtase una oveja para lo mismo, y dejaba la carne, que comían unos leoncillos y raposas y otros animalejos que hay por aquella estancia; y la sangre tomaba el demonio; y como el padre del mozo echó menos tanto ganado, preguntóle que que se había hecho y él le respondió que los leones se lo habían comido, y entonces el muchacho tuvo temor y miedo de su padre, y ausentándose de él, luego el demonio se entró en él y andaba de acá para allá haciendo cosas de loco y sin juicio; viéronle otros hechiceros y díxole como quien había hablado con él era el demonio y que le quería para su sacerdote y *alco*, y que ayunase los ayunos acostumbrados y que fuese a visitar o a mochar o a adorar a el ídolo *Catequil*, del cual diremos después y de allí adelante quedó maestro. Desta manera y de otras muchas los engaña el demonio, y esto averiguamos claramente, que como son como niños facilmente los engaña y con cositas los atrae, y otras veces los espanta, y es cosa de oír el gran temor que tienen a el demonio, que ellos llaman *Zupay*, y a las guacas e ídolos” (“Relación de la Religión y ritos del Perú hecha por los primeros religiosos agustinos que allí pasaron para la conversión de los naturales”, en “Colección” *Urteaga Romero*, Vol. XI, Lima, 1918, p. 15 y sgts.)

Fácil es de advertir en estas leyendas algunas circunstancias dignas de comentario.

Desde luego, si hay ingenuidad en el relato de los indios, no la hay menor en la aceptación *bona fide* de tales relatos. Aquel sujeto que extraía sangre a indios e indias

sin necesidad de herida alguna, recurría, probablemente, al conocidísimo expediente de aprovechar con finalidad taumatúrgica un proceso inflamatorio de sede gingival. Y si ello fué así, fácil es de comprender las mentiras que sería capaz de referir quien tan acertado empleo hacía de sus condiciones de simulador.

El caso de *Xulcamango*, que aparece en la leyenda como remotísimo precursor nuestro o es el caso de un mentiroso consciente de su mentira y holgándose en el relato circunstanciado de una fabulación o es el caso de un enfermo, que no simulaba aquel "andar medio tonto, haciendo cosas de loco y sin juicio".

Caben las mismas dos explicaciones en el caso de *Xulcagutaman* o fabulación cínica o exhibición de un delirio místico que no debió ser raro en la morbosidad mental de una época en que el sujeto vivía vida inquieta de relación directa con la divinidad que así podía colmarle de beneficios como castigarle ásperamente.

Este mismo origen divino de la medicina peruana aparece evidente en la interpretación dada por algunos curanderos y hechiceros del antiguo Perú a los conocimientos que poseían del arte de curar:

"También ay indios que curan enfermedades, assi hombres como mugeres que se llaman (*Camasca o Soncoyoc*) y no hazen cura que no proceda sacrificio y suertes, y dizen estos que entre sueños se les dió el oficio de curar apareciéndoseles alguna persona que se dolía de su necesidad, y que les dió el tal poder. Y assi siempre que curan hazen sacrificio a esta persona que dizen se les apareció entre sueños y que les enseñó el modo de curar y los instrumentos dello".

"También hay mugeres parteras, y dizen que entre sueños se les dió este oficio, pareciéndoseles quien les dió el poder e instrumentos. Y estas mismas entienden en curar las preñadas." (*Polo de Ondegardo*; "Los errores y supersticiones de los indios, sacadas del tratado y averiguación que hizo el Licenciado Polo", en "Colección" *Urteaga Romero*, vol. III, Lima, 1916, p. 35).

"Auia otros llamados *camascas*, los quales decían que aquella gracia y uirtud que tenían los vnos la auian re-

ceuido del trueno, diciendo que cuando algun rayo caya y quedaua alguno atemorizado después de buuelto en si decia que el trueno le auala mostrado aquel arte, ora fuese de curar con yeruas, ora fuese de dar sus respuestas en las cosas que se les preguntauan. Y así mismo quando alguno se escapaua de algun rio o peligro grande decian se les aparecía el demonio; y los que quería que curase con yeruas se las mostraua, de a donde ha procedido auer muchos yndios grandes heruolarios". (*Molina: Ob. cit. p. 21*).

Pero, dejemos de lado estas interpretaciones y recojamos de estas leyendas, parca cosecha, el concepto legendario del origen divino de la Medicina Peruana.

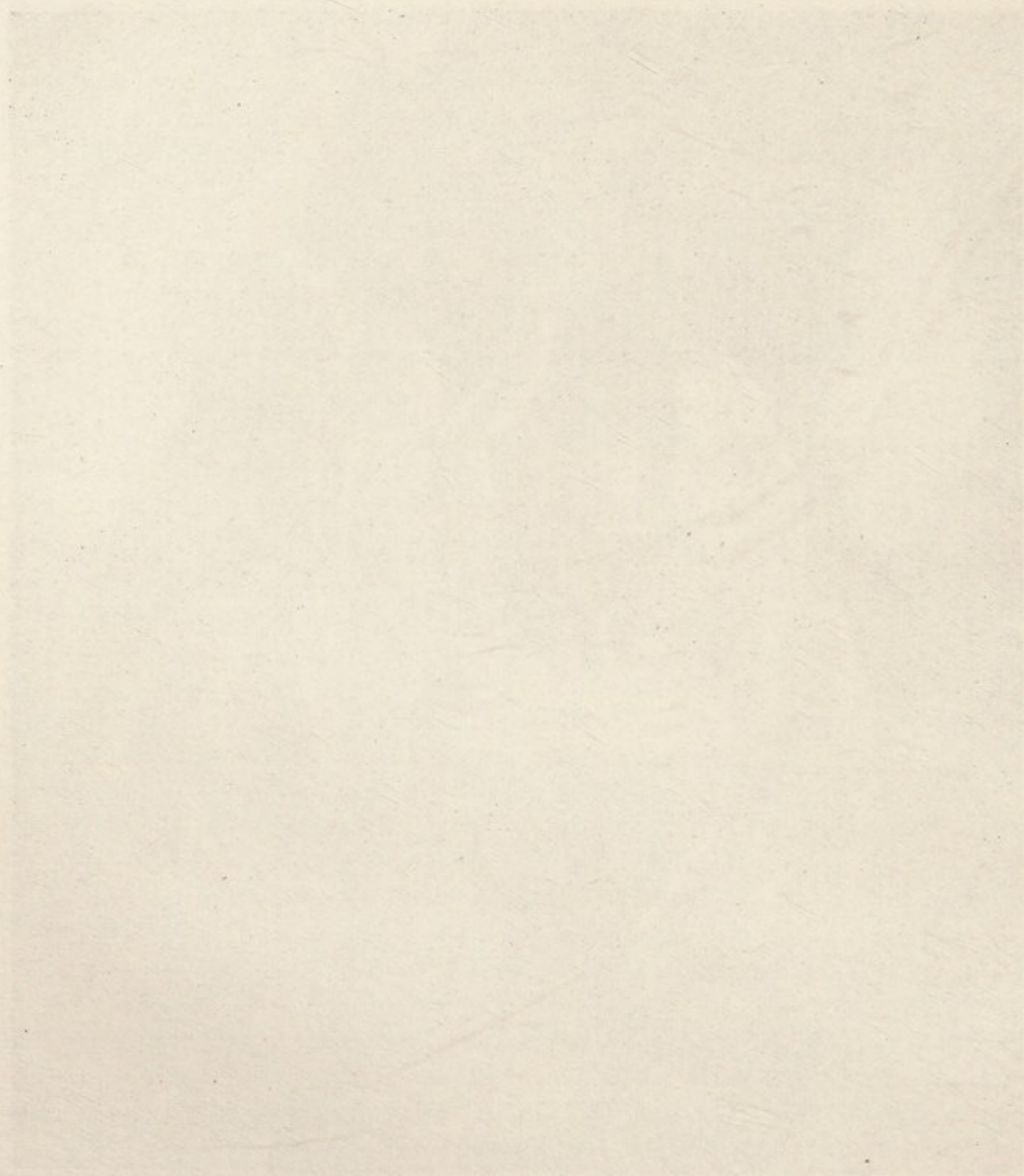
Haciendo referencia a los curanderos modernos, hemos dicho el doctor *Maldonado* y yo (*La Medicina Popular Peruana, Lima, 1922, p. v.*):

"La Medicina Popular que nosotros hemos estudiado en este libro, es ejercida por elementos muy diversos: Lo es, primeramente, por los profesionales de ella, por curanderos que han hecho de su *arte de curar* un modo de vivir y que lo practican unas veces desenmascaradamente, en los centros de poca cultura y otras veces en reserva, en aquellos centros en que la civilización les ha creado serias resistencias a una acogedora tolerancia. Aun entre estos curanderos los hay de varias clases: unos que, establecidos en diversos lugares de la República, generalmente en los más apartados, en aquellos en que la credulidad de la ignorancia es mayor, se dedican exclusivamente a las curaciones de apariencia maravillosa que llevan a cabo: otros, espíritus aventureros que, como los *Callahuayas*, recorren distancias a veces considerables, armados de un variado arsenal terapéutico y prontos a explotar la credulidad ingenua de los que creen en ellos más que en los médicos. Lo es, por último, por sujetos que, en centros de pobrísima cultura, ejercen conjuntamente la medicina y la hechicería. Se trata, en la generalidad de los casos, de sujetos que han heredado de sus antepasados las nociones médicas que ejercen y que, considerando lucrativo este ejercicio profesional, cuidan de transmitir a sus descendientes las nociones que ellos, a su vez, heredaron de sus progenitores".

Estos *curanderos*, aun aquellos que mayor alarde ha-



Invocación de los achachitas



cen de los aspectos misteriosos de sus curaciones, aun aquellos que no desmienten el origen demoniaco que la credulidad asigna a sus habilidades, no se aventuran a manifestar haber recibido sus conocimientos de divinidad alguna. Ellos procuran, con pueril empeño, demostrar el esfuerzo que han debido realizar para adquirir aquellos conocimientos y es con una sonrisa de incrédula piedad que contemplan a quienes les declaran la facilidad de aprendizaje de tales prácticas curativas.

La realidad presente, tal vez en estrechísima relación con la realidad pasada, es la transmisión directa, de padres a hijos, de los conocimientos adquiridos, así de los fantásticos encaminados a explotar la inocente credulidad de las gentes como de aquellos basados sobre el conocimiento que los primitivos peruanos debieron tener de las propiedades de algunos simples procedentes de los tres reinos de la naturaleza.

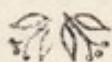
El curandero moderno se forma a la sombra protectora de un curandero que, por razones especiales, afecto familiar, simpatía o reconocimiento, procura enseñar al discípulo cuanto él se tiene aprendido. Enseñanza esencialmente práctica, enseñanza sin libros, esta enseñanza ha llegado a hacerse tan común en nuestras poblaciones de la sierra que hay en ellas verdaderas familias de curanderos, en quienes este ejercicio representa un verdadero patrimonio.

Dejando de lado el origen de la Medicina Peruana, que aparece tan oscuro como el de la Medicina de todos los pueblos primitivos; evitando discusiones en torno a si fué la divinidad misma la que dió a los peruanos las primeras nociones de medicina o si fué el fundador del Imperio, como lo asevera *Garcilaso* ("Comentarios Reales", Lima, 1918, vol. I. ps. 49 y 50), es de creer que este mecanismo de la transmisión directa de conocimientos represente el origen de la perpetuación, entre los antiguos peruanos, de los conocimientos médicos que ellos alcanzaron.

Creemos que el porvenir nos reserva ratificaciones y rectificaciones en el campo de la historia del primitivo Perú. La contemplación de los ceramios peruanos revela la intensidad ideográfica de los artistas del imperio de los Incas.

Precisa un estudio profundo de los sirabolos de que ellos se valieron para poder deducir de tales ideogramas enseñanzas del mayor interés.

Posible que en esos ideogramas esté contenido el pasado de la raza y que, al mismo tiempo que ellos puedan ilustrarnos respecto a los mitos, la poesía, las ciencias, puedan decirnos algo más categórico respecto a la historia de la medicina en aquella remota y gloriosa edad.



II

LOS ORIGENES

ADIVINOS Y HECHICEROS.—LOS CALPARICUQUI, LOS VIROPIRICOS, LOS CAMASCAS, LOS YACARCAES, LOS HUACAPVILLAC, LOS TARPUNTAES, LOS MALQUIPVILLAC, LOS YANAPAC, LOS AUCACHIC, LOS ASUAC, LOS SOCIAC, LOS RAPIAC, LOS PACHARICUC, LOS HACARICUE, LOS AMAUTAS

Es considerable la variedad de oficios a que daban lugar entre los primitivos peruanos el deseo de aliviar al hombre enfermo en sus dolencias, a ser cierto cuanto dicen al respecto, verdad que con algo de confusión, los Cronistas de Indias. El único punto en que tales autores están en perfecto acuerdo es el relativo al conocimiento que los primitivos peruanos tuvieron de las propiedades de algunos vegetales, lo que ha hecho decir a tales cronistas que los dichos indios fueron "grandes herbolarios".

Fueron, seguramente, estos herbolarios, los verdaderos médicos del antiguo Perú; pero debieron ejercer al mismo tiempo las funciones de hechiceros, para conformarse con el espíritu entonces dominante y para halagar, en cierta forma, los conceptos generalizados existentes respecto al mecanismo de producción de las enfermedades. Por este motivo, por haber sido, seguramente, muy difícil para los primitivos curanderos del Perú el ejercicio aislado de la Medicina, creemos de interés pasar en revista los oficios de hechiceros que existieron entre los antiguos peruanos:

Los *Calparicuqui*. "Quiere decir que los que uen la uentura y suceso que auian de tener las cosas que les preguntauan, los quales para el dicho efecto matauan aues, cor-

deros y carneros y soplando por cierta uena los bofes, en ellos hallauan ciertas señales, por donde decían lo que auia de suceder" (*Molina: Ob. cit. p. 20*).

"Los *Calpariculs* observaban las entrañas y las vísceras de los animales sacrificados y por ese medio predecían la duración de la vida de los que les consultaban" (*Cabello Balboa: "Historia del Perú", en "Colección" Urteaga - Romero, serie 2a. vol. II, Lima, 1920, p. 20*). Aún cuando la interpretación sea más amplia respecto al significado de la técnica, parece que *Molina* y *Cabello Balboa* hacen referencia al mismo grupo de curanderos o adivinos y decimos curanderos por que el pronóstico debió contarse en el número de las más frecuentes adivinaciones.

Los *Viropiricos*: "Auia otros que llamauan *viro piricos*, los quales quemauan en el fuego seuo de carneros y coca y en ciertas aguas y señales que hacían al tiempo del quemar, uian lo que auia de suceder, y al que los consultaua se lo decían" (*Molina: Ob. cit. p. 20*).

Para *Cabello Balboa* (*Ob. cit. p. 20*) los *viropiricos* "quemaban la grasa de las víctimas y pretendían leer el porvenir en el humo que producían". Comentando este vocablo de *viropiricos*, dice el doctor *Urteaga*:

"*Huira*, alterado en *Vira* (*Balboa, Molina*) o en *Bira* (*Arriaga*), es sebo, manteca; y *piricos*, los que ungen o asperjan, pues *pirico* es derivado del verbo *pirani*, ungir, hacer rayas con sangre en el holocausto. *Pirani* es también hacer ceremonia a la huaca inmolándole una llama" (*Urteaga: Nota número 37 al libro de Molina, p. 20*).

Los *achicoc*. "Auia otros llamados *achicoc*, que son los sortílegos que con maíz y estiercol de carneros echauan suertes; si quedaua pares o nones daban sus respuestas diciendo así mismo lo que querían sauer del el que los llamaua" (*Molina: Ob. cit. p. 21*). De estos adivinos dice *Cabello Balboa*: "Los *Hachus* consultaban el porvenir por medio de granos de maíz o excremento de los animales: también se les llamaba *Aillacos*" (*Ob. cit. p. 20*).

Los *Socyac*. "*Socyac* es sortílego y adivino por maíces, haze algunos montoncitos pequeños de granos de maíz sin contallo, y después va quitando vno de vna parte y otro de otra, y conforme quedan pares o nones, es buena o mala la

suerte. Aun que en vn pueblo exhibió vno deste oficio vna bolsa con muchas piedrezuelas, que dixo se llamauan *Chunpirun*, y que las avia heredado de su agüelo para este efecto" (*Arriaga*: "Extirpación de la idolatría del Pirv", en "Colección" *Urteaga-Romero*, 2da. serie, vol. I. Lima 1920, p. 34)

Los *Camascas*. "Auia otros llamados *camascas*, los quales decían que aquella gracia y uirtud que tenían los vnos la auian receuido del Trueno. (Pasaje de *Molina* citado en la p. 6).

Los *Yacarcaes*. "Auia otros llamados *yacarcaes*, y estos heran naturales de Huaró, tuuieron grandes pactos con el demonio, según parece por el oficio que hacían en la fforma siguiente: tomauan vnos cañones de cobre de medio arriba y de medio auajo de plata, de largo de vn arcabuz de razonable tamaño, y unos braceros en que encendían ffuego con carbón, el qual con los dichos cañones lo soplaúan y encendían; y en aquel fuego dauan sus respuestas los demonios diciendo que era el ánima de aquel hombre o muger por quien ellos preguntauan, ora estuuiese en Quito o en otra cualquiera parte de las del inca conquisto. Y las principales preguntas que le hacían heran quien era contra el Sol su padre; o se pretendían reuelar contra el ynca o quien era en aquella parte ladrón o omicida o adúltero: quien uiuía mal. Y assi con esta ynbocación sauia el Inca todo lo que en su tierra pasaua por arte del demonio. Heran estos *yacarcaes* muy temidos asi del Inca como de las demás gentes y donde quiera que iua los lleuaua consigo". (*Molina*: Ob. cit. p. 22).

Refiriéndose a este nombre de *yacarcaes*, dice el doctor *Urteaga*:

"*Yacarcaes*, es palabra que no se encuentra en ningún vocabulario, podría creerse que se forma de *yaca*, malo, malvado y *arpar*, ofrendar, sacrificar, que significaría *el sacrificio hecho por el malo*, ya que los *yacarcaes* eran temidos hasta por los incas; pero la interpretación es muy violenta. Es más probable que *yacarcaes* sea corrupción de un derivado del verbo *yakarkani*, salir tras de otro, seguir la huella de otro, lo que estaría muy conforme con el oficio de *yacarcaes* según *Molina*" (Nota al libro de *Molina*, p. 22).

Los *Huacapvillac*. "Auia también otros hechiceros que

tenían a cargo las guacas, entre los quales auia algunos que entre algunas dellas hablaban con el demonio y receuian sus respuestas y decían al pueblo lo que dellos querian sauer o particularmente a las personas que se lo yua a encomendar aun que pocas ueces dauan respuestas verdaderas. Según decian usauan todas las gentes desta tierra confesarse..... (Molina: Ob. cit. p. 22).

De estos adivinos y sacerdotes dice Arriaga: "*Huacavillac*, que quiere decir el que habla con la Huaca, es el mayor y tiene cuidado de guardar la huaca y hablar con ella, y responder al pueblo, lo que el finge que le dize, aun que algunas veces les habla el demonio por la piedra. Y llevar las ofrendas, y hazer los sacrificios y echar los ayunos, y mandar hazer la chicha para la fiesta de las huacas, y enseñar su idolatría y contar sus fábulas y reprehenden a los descuidados en el culto y veneración de sus huacas" (Ob. cit. p. 32).

"Y tenían juntamente estos Ingas unos médicos o filósofos adivinos que se dicen *huacacuc*, los cuales andaban desnudos por los lugares más apartados y sombríos desta región y por esta razón se llamaban así y andando sólo por los desiertos y sin reposo ni sosiego se dan a la adivinanza o filosofía. Desde que salía el Sol hasta que se ponía miraban con mucha firmeza la rueda del Sol, por encendido que estuviese, sin mover los ojos y decían que en aquella rueda resplandeciente y encendida veían ellos y alcanzaban grandes secretos y todo el día se estaban en pie sobre las arenas que hierven de calor y no sienten dolor y también sufrían con paciencia los fríos y nieves. Vivían una manera de vida muy pura y simple, y ningún deleite procuraban y ninguna cosa codiciaban más de lo que la razón y naturaleza demandaba; su mantenimiento era muy fácil, no procuraban lo que la saciedad y codicia y apetito buscan por todos los elementos, más solamente lo que la tierra producía sin ser maltratada con el hierro y así cargaban sus mesas de manjares, y de aquí viene que entre ellos no había males ni diversidades de enfermedades, más antes tenían perpetuamente salud y morían muy viejos. Y desde este tiempo antiguo tienen mala fama estos viejos de hechiceros o adivinos juntamente con las viejas". (Mo-

rua: "Historia de los Incas Reyes del Perú", en "Colección" Urteaga-Romero, 2da. serie, vol. IV, Lima, 1922, p. 110).

"Los historiadores hablan de una familia de sacerdotes que tenían tal poder sobre los demonios que obligaban a las huacas y a los ídolos a responder a todas sus preguntas. *Mayta Capac*, hombre hábil, supo aprovecharse de su influencia para conservar la paz en su imperio. Esos sacerdotes se llamaban *Guacar machi* (que hace hablar a la huaca) (*Cabello Balboa*: Ob. cit. p. 19)

Los *Ichuris*.—"Según decían usauan todas las gentes desta tierra confesarse con los hechiceros que tenían a cargo las huacas, la cual confesión hacían pública para sauer si auia confesado uerdad; el hechicero hechaua suertes y en ellas, por arte del demonio, via quien auia confesado mentira; sobre lo qual se hacían grandes castigos, y desde algunos tenían graues pecados que por ellos mereciese la muerte, coechaua al hechicero y confesauase secreto con él. Los yncas y gente del Cuzco siempre hacían sus confesiones secretas y por la mayor parte se confesauan con los indios de Huaro hechiceros que para ello dedicado tenían. Acussauanse en sus confisiones de no auer reuerenciado al Sol, y Luna y huacas, de no auer guardado ni celebrado de todo corazón las fiestas de los Raymes que son las de los meses del año; acussauanse de la fornicación... acussauanse del matar y urtar, teniéndolo por graue pecado, y lo mesmo de la murmuración, principalmente si auia sido contra el ynca o el Sol". (*Molina*: Ob. cit., p. 23).

"*Aucachic*, que en el Cuzco llaman *Ichuris*, es el confesor, este oficio no anda solo sino que siempre es annexo al *Villac* o al *Macsa* sobre dicho. Confiesa a todos los de su Aylo, aun que sea su muger e hijo. Estas confesiones son siempre en las fiestas de sus huacas, y quando an de yr de camino largo. Y son tan cuidadosos en su oficio, que e topado yo algunos muchachos, que nunca se auian confesado con Sacerdote alguno de Dios Nuestro Señor, y se auian confesado ya tres o quatro vezes con estos Ministros del demonio, el como se dize después" (*Arriaga*: Ob. cit., p. 33)

Los *Tarpuntaes*.—"Y luego por la mañana embiauan vn carnero a Guanacauri, que es la huaca principal que ellos tienen como en la Historia de los Incas está dicho; en don-

de le matauan y quemauan los *Tarpuntaes*, que heran los que tenían cargo de dar de comer a las huacas y mientras lo quemauan, al salir del Sol por la mañana, yban muchos yncas y caciques arrancando la lana del dicho carnero" (*Molina: Ob. cit., p. 27*).

El Doctor *Urteaga* (Nota al libro de Molina, p. 27) traduce la palabra *Tarpuntaes* en la siguiente forma: "*Tarpuntay*, derivado del verbo *tapuni*, preguntar, interrogar, misión que unida a la de suplicar, tiene el Sacerdote ante la divinidad. Puede también derivar de *Turpuni*, sembrar".

Los *Malquipvillac*.—"Malquipvillac. El que habla con los *Malquis*, tiene el mismo oficio respecto de los *Malquis*, que el pasado (*Huacavillac*) con las huacas. A este mismo modo es *Libiavillac*, que habla con el rayo y *Punchaupvillac*, que habla con el Sol". (*Arriaga: Ob. cit., p. 32*).

Los *Yanapac*.—"Cada vno destos tiene su ministro menor, y ayudante y assi le llaman *Yanapac*, el que ayuda, y aun en muchas partes vsurpando nuestro nombre le llaman comúnmente sacristán, por que le sirve en los sacrificios, y quando falta el ministro mayor suele entrar en su lugar aun que no siempre" (*Arriaga: Ob. cit., p. 33*).

Los *Accac*.—"Acuac o Adac es el que tiene cuidado con hacer la chicha para las fiestas y ofrendas de las Huacas, que en los llanos son hombres y en la sierra son mujeres y en algunas partes las escogen doncellas para este ministerio" (*Arriaga: Ob. cit., p. 34*).

Los *Rapiac*.—"Rapiac es también adivino y responde a los que le consultan por los molledos de los brazos y si se le menea el derecho dice que sucederá bien y si el izquierdo, que mal". (*Arriaga: Ob. Cit., p. 34*)

Los *Pacharicuc*.—"Pacharicuc o Pacchacatic o Pachacuc es otro adivino por los pies de vnas arañas, que llaman *Paccha* y también *Orosso* y son muy grandes y peludas. Quando le consultan para alguna cosa, va a buscar en los agujeros de las paredes o debaxo de algunas piedras, vna destas arañas, cuya especie es conocida, y poniéndola sobre vna manta, o en el suelo la persigue con un palillo, hasta que se quiebran los pies y luego mira que pies o manos le faltan y por allí adivina". (*Arriaga: Ob. cit., p. 35*).

Los *Moscoc*.—"Moscoc es adivino por sueños, llega vna

persona a preguntalle si sanará o morirá, o si parecerá vn caballo que se le perdió, etc. Y si es varón el que le consulta, le pide la huaraca de la cabeza o la *chuspa* o manta o otra cosa de su vestido, y si es mujer le pide el *chumbi*, que es la faja, o cosa semejante, y las lleva a su casa, y duerme sobre ello, y conforme a lo que sueña así responde. Y si les consultan para amores les piden los cabellos, o ropa de la persona de quien an de adivinar". (Arriaga: Ob. cit., p. 35).

Los *Hacaricuc*.—"Hacaricuc o *Cuyricuc* es el que mira cuyes, y abriéndoles con la vña adivina por ellos, mirando de que parte sale la sangre, o que parte se menea de las entrañas. Que era el modo muy vsado entre los gentiles Romanos". (Arriaga: Ob. cit., p. 35).

Los *Amautas*.—"Eran los filósofos, rastrearon con lumbré natural al verdadero sumo Dios y Señor Nuestro que creó al cielo y la tierra". (Garcilaso: Ob. cit., vol. I., p. 80).

Ilustrando este vocablo *Amauta*, escribe *Tschudi*:

"En la clase más distinguida de la población del imperio incaico, y especialmente en la familia imperial, había cierto número de hombres que sobresalían por su dedicación a la vida activa intelectual y su interés por las artes y ciencias, a fin de extender constantemente el círculo de los conocimientos científicos. Se les llamaba *Amautas*, del aymara *Amaota* (prudente, instruido, sabio) y gozaban de gran consideración en el Estado. Como las noticias que sobre ellos tenemos son, por desgracia, de lo más escasas, nos encontramos sin poder resolver una multitud de puntos ilustrativos, entre otros si formaban un gremio propio o limitado; si vivían sujetos a determinados reglamentos; si para ser aceptados entre ellos era necesario reunir ciertas condiciones, y la manera cómo se reclutaban entre ellos. Solo sabemos que en el Kusko enseñaban en las escuelas, ejercían el puesto de historiógrafos, vigilaban la escritura de los nudos, se ocupaban de astronomía, hacían versos, se dedicaban a la enseñanza de la prosodia y de la música, así como a las danzas rituales; emitían su importante opinión en asuntos religiosos, intervenían en la promoción de los sacerdotes a dignidades superiores y en las pruebas a que se sometían los *itsuri*, etc.; no solo interpretaban las leyes sino que el mismo Inka los consultaba con frecuencia sobre asuntos de

nueva legislación; de tal manera que tenían participación prominente en las ciencias y artes, en la enseñanza, en la administración y en la vida política... Con la medicina tenían los amautas también que hacer. No hay duda que recogían y extendían cuidadosamente las fórmulas que la experiencia popular había consagrado, pero no se ocupaban del ejercicio práctico de la medicina. Algunas indicaciones vagas tienden a manifestar que el Inka y la familia imperial eran atendidos en sus enfermedades por *Amautas*; pero nada de cierto sabemos al respecto. Los príncipes deben más bien haberse confiado al "curandero" señalado por la opinión pública como el más hábil, independientemente de si era amauta o un indio cualquiera" (*Tschudi*: "Contribuciones a la Historia, Civilización y Lingüística del Perú antiguo", en "Colección" *Urteaga-Romero*, 1a. serie, Vol. X, p. 69).

Para *Morúa* (Ob. cit., p. 22) hubo Incas que concedieron su real favor no sólo a los sabios y discretos *Amautas* sino también a otros hechiceros "pontífices y adivinos". "Tuvo — dice *Morúa* — este Inga y señor *Viracocha* muchos hechiceros, pontífices y adivinos, los cuales estaban dedicados para el culto y servicio de las huacas, y los susodichos, por el cabello que traían eran conocidos, y entre ellos había grandes hechiceros, unos mayores que otros: era grandísima dignidad entre los Indios ser uno hechicero: mandóles este gran Inga trajesen el cabello luengo por que fuesen conocidos, y que su vestido fuera una camiseta de algodón o *cumbi* toda blanca, estrecha y luenga y encima una manta por capa anudada al hombro derecho y con madejas de algodón y lana de colores por borlas: tiznábanse los días festivos y mandábales que se enseñase a los ministros: abocaban y por figuras, más no los comunicaban ni descubrían sus secretos. Muchos de ellos no se casaban por la dignidad que tenían: quieren decir algunos de estos indios viejos y antiguos que se vino a saber más que los susodichos y que así vino como dicho es a desaparecerse por lo cual fué alzado por rey y señor como dicho es el gran rey y señor Inga *Yupanqui*".

Haciendo alusión al favor real de que gozaron algunos curanderos, dice *Cabello Balboa*:

"El reinado de este príncipe (*Mayta Capac*) fué notable

por la influencia que tuvieron en esta época los brujos y astrólogos" (Ob. cit., p. 19).

Morúa hace alusión al *médico real* de los Incas, al *Ambicamay* y a médicos o curanderos especialmente destinados a la asistencia de los extranjeros.

"Tenían los Incas siempre consigo un médico, que llamaban *Ambicamay*, aun que sin este había otros muchos en el palacio real, y con estar dentro no podían visitar a ningún enfermo sin licencia del Inga, ni los Barberos (?) sangrar ni sacar muelas sin que el Inga les diese licencia primero" (Ob. cit., p. 116).

"Había también entre los indios establecidos ciertos diputados, los cuales tenían cargo de mirar que los extranjeros y advenedizos no fuesen injuriados ni maltratados de los naturales, y si alguno dellos caía malo, ellos buscaban médicos, *hambi camayos*, que lo curaban y si morían los sepultaban y daban sus bienes a los más propíncuos parientes". (Ob. cit., p. 163).

Y en contradicción con lo aseverado por otros Cronistas que afirman la vil condición de la mayoría de los curanderos, nos presenta un curandero miembro de la nobleza imperial:

"y era en gran manera este valeroso infante y capitán *Maitac* herbolario, así para sus flechas como para otras muchas heridas" (Morúa; Ob. cit. p. 75).

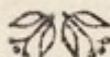
Ya establecida la dominación española, los curanderos indios continuaron llenando sus funciones de tales si bien se vieron precisados a rodear sus prácticas de ciertos aspectos de fingida religiosidad:

"otros hay que aun que visiten los lugares de los pueblos de españoles e indios usan su oficio de la hechicería con especie de cristiandad, y cuando llegan al enfermo echan sus bendiciones sobre el enfermo, santíguanse, dicen ay Dios, Jesus y otras palabras buenas; hacen que hacen oración a Dios y ponen las manos, y parados o de rodillas o asentados, menean los labios, alzan los ojos al cielo, dicen palabras santas y aconsejanle que se confiese y haga obras de cristianos, lloran y dicen mil caricias, hazen la cruz y dicen que quien es poder para eso de Dios o de los padres o de los sapos y a vuelta destos secretamente sacrifican y,

hacen otras ceremonias con cuyes, coca, sebo y otras cosas, soban el vientre y las piernas y otras partes del cuerpo, y chupan aquella parte que duele del enfermo y dicen que sacan sangre o gusanos o pedrezuelas y muéstranlas diciendo que por allí salió la enfermedad y es que traen la dicha sangre o gusanos o otras cosas en ciertos algodones o en otra cosa y la ponen en la boca al tiempo de chupar y después la muestran al enfermo o a sus deudos y dicen haber ya salido el mal y que sanará el enfermo y hacen otros mil embustes para esto las biejias o mozas que usan destos, herbolarias, parteras, miran las preñadas, declaran lo que tienen, y matan las criaturas si así lo piden las mismas preñadas por algún respeto; y los varones que lo usan son también herbolarios" (*Morúa*: Ob. cit., p. 244).

De todo este fondo de empirismo religioso solo aparece aceptable el conocimiento que tales curanderos debieron tener de la acción provechosa de algunos vegetales. Lo manifiesta discretamente *Garcilaso*:

"Solamente alcanzaron la virtud de algunas yerbas y plantas medicinales con que se curaban en sus enfermedades, como diremos de algunas cuando tratemos de su medicina. Pero esto lo alcanzaron más por experiencia (enseñados en su necesidad) que no por su filosofía natural, por que fueron poco especulativos de lo que no tocaban con las manos". (Ob. cit., Vol. I, p. 136).



III

LAS DOCTRINAS MEDICAS

LA ENFERMEDAD CASTIGO DE LOS DIOSES.— LA ENFERMEDAD PUNITIVA DE PECADOS.— LOS SACRIFICIOS CURATIVOS.— LAS PURIFICACIONES

Por muy primitivas que fuesen las prácticas médicas de los antiguos habitantes del Perú, ellas debieron corresponder a ciertas nociones etiológicas. Es, precisamente, en esta correspondencia de las concepciones etiológicas y de las orientaciones terapéuticas que reside el parentesco que se observa entre la medicina antigua y la contemporánea, pues que fué anhelo de todas las edades procurar el remedio de la causa y no de la manifestación de la causa.

Llama la atención, en la historia del Perú antiguo, la ausencia absoluta de institución que pudiese representar un equivalente de la asistencia hospitalaria. Los primitivos peruanos, que llevaron tan lejos las orientaciones de su previsión social, si bien cuidaron de establecer, a lo largo de los admirables caminos que construyeron para unir los centros poblados del imperio, *hospederías*, lugares de reposo en que los diligentes *chasquis* se repararan de sus fatigas del servicio del Inca y en que los cansados caminantes hallaran tregua a su fatiga, sitios en que encontraban el lecho propicio y la alimentación restauradora, no cuidaron de colocar el enfermo en condiciones de mejor lucha contra la enfermedad.

La explicación de esta falta de asistencia al enfermo se halla en el concepto más generalizado que tuvieron de la enfermedad, en la noción etiológica mística:

“También entendían — dice el Licenciado Polo (Ob.

cit., p. 8) — comunmente, que a los que Dios auia dado prosperidad en esta vida eran sus amigos y assi les daua gloria en la otra vida. Y de aquí procedía honrar tanto a los señores y hombres poderosos aun después de muertos y, al contrario, despreciar a los viejos y a los enfermos y a los pobres, teniéndolos por desechados de Dios”.

Hay aparente oposición entre este aserto de *Polo de Ondegardo* y aquel de *Morúa* según el cual el forastero era asistido en sus enfermedades por un *ambicamayó*. Tal vez la clave de esta oposición aparente resida en la clase de enfermedad de que los sujetos eran víctimas: el diagnóstico de la enfermedad, esto es el establecimiento del origen de la enfermedad, divino o no divino, debía ser número propio del tratamiento y preliminar de él y, tal vez, establecido el origen de la afección como debido al enojo de la divinidad, el enfermo de esta clase era abandonado a su propia suerte y era atendido aquel cuya afección no se consideraba producida por el desagrado divino. También podría explicar esta oposición aparente el factor regional: haber correspondido la práctica piadosa a que hace referencia *Morúa* a ciertas regiones y haber correspondido a otras regiones la conducta indicada por el Licenciado *Polo*.

La creencia en la enfermedad castigo de los dioses explicaría ampliamente que los primitivos peruanos, que tanto cuidaron de sus *hospederías*, juzgando la fatiga producto del ejercicio y no castigo de la divinidad, no pensaran en el establecimiento de hospitales, tal vez para no incurrir en el enojo de aquellas mismas divinidades que habían enfermado al hombre a título de castigo.

No debe dejar de considerarse tampoco, en lo que respecta a las explicaciones de la falta de establecimientos hospitalarios entre los primitivos peruanos, que los sistemas curativos por ellos empleados no reclamaban los beneficios de la hospitalización: el hechicero o el curandero no necesitaban ejercer su acción benéfica en el ambiente hospitalario y el enfermo podía tomar sus “remedios” o sufrir las curaciones en su casa y ayunar en ella, si el ayuno constituía indicación terapéutica.

"Tenían por opinión — agrega el Licenciado Polo — que todas las enfermedades venían por pecados que vuiesen hecho. Y para el remedio vsauan de sacrificios y vltra deso también se confesauan vocalmente quasi en todas las prouincias y tenían confesores diputados para esto: mayores y menores, y pecados reservados al mayor, y recibían penitencias y algunas veces ásperas, especialmente si era hombre el que hazía el pecado y no tenía que dar al confesor. Y este oficio de confesor también lo tenían las mujeres. En las prouincias de Collasuyo fué y es más universal este vso de confesores hechizeros que llaman ellos (*Ychuri vel ichuri*)" (Ob. cit. p. 12).

"Esta confesión vsan también quando están enfermos sus hijos o mujeres o marido o su cacique o quando están en algunos grandes trabajos. Y quando el Ynga estaua enfermo se confessauan todas las prouincias, especiamente los *Collas*". (Polo: Ob. cit., p. 13).

Lógico con la concepción etiológica de la enfermedad castigo de los dioses, ellos procuraban, a título de elemento basal de toda terapéutica, el desagravio de la divinidad ofendida: a ello se encaminaba la declaración de los pecados y el cumplimiento de la penitencia que los *Ichuri* imponían.

¿Cuál era el mecanismo de estas confesiones terapéuticas?

"Según decían usauan todas las jentes desta tierra confesarse con los hechiceros que tenían a cargo las huacas, la cual confesión hacia pública para sauer si auia confessado uerdad; el hechicero hechaua suertes y en ellas, por arte del demonio, vía quien auia confesado mentira; sobre lo qual se hacia grandes castigos y desde algunos tenían algunos graues pecados que por ellos mereciese la muerte, coechaua al hechicero y confesauase secreto con él. Los yncas y jente del Cuzco siempre hacían sus confisiones secretas y por la mayor parte se confesauan con los yndios de Huaro hechiceros que para ello dedicado tenían. Acussauanse en sus confisiones de no auer reuerenciado al Sol y Luna y huacas, de no auer guardado ni celebrado de todo corazón las fiestas de los Raymes que son las de los meses del año; acussauanse de la fornificación, en quanto era quebrantar el

mandamiento del ynca de no tener muger agena ni corromper donzella alguna, y de aquella tomado sin que se la diese el ynca e no por que tuuiesen que la ffornicación de si fuesse pecado, por que carecían de este entendimiento; accusauanse del matar y urtar, teniéndolo por graue pecado, y lo mesmo de la murmuración, principalmente si auia sido contra el ynca y contra el Sol. Confessauanse asi mismo, Reuerendísimo Señor, que las jentes que obo antes del diluio ffueron hechas con todas las demás cosas por el Hacedor, pero no sauen por que orden ni como, mas de lo que tienen dicho de Tiahuanaco. Y esto és lo que de sus ffabulas y cultos y origen he podido sauer y alcanzar de todos los uiejos con quien he tratado y comunicado este negocio" — (*Molina: Ob. cit. p. 23*).

Si la confesión era pública o privada, ello nada representa para constituir, en una u otra forma, una acción de desagravio de la divinidad ofendida, una acción de imploración de dispensa, un pedido de perdón.

En esta relación de las confesiones de los primitivos peruanos, aparece una noción médica de no escasa importancia: queremos referirnos a la acción purificadora del agua:

"El Ynga no confessaua sus pecados a ningún hombre sino al Sol para que él lo dijese al *Viracocha* y le perdonasse. Después de confesado el Ynca hazia ciertos lauatorios para acauar de limpiarse de sus culpas; y era en esta forma, que poniéndose en vn rio corriente dezia estas palabras: yo e dicho mis pecados al Sol, tu rio los recibe, lleualos a la mar donde nunca mas parezcan. Estos lauatorios tambien vsauan los demás que se confessauan con ceremonia muy semejante a la que los moros vsan, que ellos llaman el guado y los indios los llaman *Opacuna*. Y quando acaecía morirle a algún hombre sus hijos le tenían por gran pecador, diziendo que por sus pecados succedia que muriese primero el hijo que el padre. Y a éstos tales, quando despues de auerse confesado hazian los lauatorios llamados *Opacuna* (según está dicho) les auia de azotar con ciertas hortigas algún indio monstruoso como corcobado y con trecho de su nacimiento." (*Polo: Ob. cit. p. 13*).

Este elemento terapéutico de la invocación de la divinidad y del sacrificio preliminar obligado de toda cura, está evidenciado en las siguientes informaciones:

"Ninguna hechizería ni suerte de agüero hazian que no fuese precediendo sacrificio grande o pequeño, según la necesidad de la persona o causa por que se hazia" (*Polo. Ob. cit. p. 27*)

"También ay indios que curan enfermedades, assi hombres como mugeres que se llaman (*Camasca* o *Soncoyoc*) y no hazen cura que no proceda sacrificios y suertes, y dicen estos que entre sueños se les dió el oficio de curar apareciéndoseles alguna persona que se dolía de su necesidad, y que les dió el tal poder. Y assi siempre que curan hazen sacrificio a esta persona que dicen se les apareció entre sueños y que les enseñó el modo de curar y los instrumentos de ello". (*Polo: Ob. cit., p. 35*).

"Otras ay que curan quebrados, y sacrifican mientras dura la cura del lugar quebrado o desconcertado y generalmente vsan de palabras, de sacrificios, de vnciones de sobar, y otras supersticiones". (*Polo: Ob. cit. p. 36*).

En estas citas se declara que aun los curanderos, los que menos de sortílegos y hechiceros tenían, recurrían a los sacrificios antes de iniciar toda curación y aun durante el curso de ella.

Ilustración ineludible de este problema de los orígenes de la Medicina Peruana y de la formación de las primeras doctrinas médicas entre los primitivos habitantes del Perú es el estudio que pasamos a hacer de los conceptos que tales argumentos de la enfermedad y de la curación merecen a los salvajes habitantes de nuestra montaña, entre los cuales, como es sabido, buscaron un refugio a la conquista, los habitantes del imperio de los Incas:

"Los indios de la región amazónica creen que la *chonta* es un espíritu maligno que se ha introducido en el cuerpo de los sujetos determinando la enfermedad y por eso creen que la única cura racional de esta es la extracción de la *Chonta*, practicada en la forma que dejamos enunciada" (*Valdizán-Maldonado: "La Medicina Popular Peruana", Lima, 1922 vol. I. p. 51*).

“Entre los *sipivos*, *conibos*, *setebos*, la extracción de la *Chonta* se realiza en la siguiente forma: Reunidas algunas familias, comienzan a tomar *chicha* hasta ponerse ebrios preparando de antemano grandes cantidades de su alcohólica bebida; y cuando están ebrios se dan fuertes rasguños unos a otros, empleando para eso, a más de las propias uñas, una especie de cuchillos de forma curva, con el cual hacen graves heridas no raras veces, que les ocasionan la muerte o la pérdida de algún miembro o cuando menos los inutilizan, por resultar cortado algún tendón o nervio. El efecto que se proponen con esa salvaje fiesta, si fiesta puede llamarse lo que parece inventado por el maligno espíritu, enemigo del hombre, es arrojar o expeler la *Chonta* que, con supersticiosa y estúpida creencia, suponen que les ha sido inoculada en su cuerpo por algún brujo enemigo suyo, de cuya acción malévola van a quedar libres y salvos mediante aquella sangría y herida recibida en la fiesta. Creen esos infelices que son efectos de la *Chonta* los dolores de cabeza, estómago o de cualquiera otra parte. Es la *Chonta* una madera que se encuentra en aquellas selvas y cuyas diminutas astillas creen aquellas gentes supersticiosas que son infiltradas de un modo inexplicable en los cuerpos humanos por la acción mágica de los brujos” (Luis Sabate: “Viaje de los Padres misioneros del convento del Cuzco a las tribus salvajes de los Campas, Piro, Cunibos y Sipivos”, Lima, 1877, p. 181, cit. por Valdizán-Maldonado: Ob. cit.).

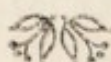
“Entre los *aguarunas*, indios salvajes que pueblan la región del río Marañón se considera que todas las enfermedades que los indios desconocen son originadas por la *Chonta*, un espíritu malo que toma posesión de los enfermos. Los *aguarunas* emplean para la curación de estas enfermedades de *Chonta*, juramentos merced a los cuales suplican al espíritu maligno que salga del cuerpo que ha enfermado o le exigen dicha salida” (Jorge M. Von Hassel “Las tribus salvajes de la región amazónica”, en “Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima”, vol. XVII p. 64, cit. por Valdizán-Maldonado: Ob. cit.).

“Las tribus llamadas *Aguarunas*, *Antipas*, *Huambisas*... temen a un genio maligno que creen está metido en los remolinos del río y en un cerro del pongo de Manseriche” (Ma-

nel Antonio Mesones Muro. "Vías del Oriente del Perú" en "Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima", vol. XIII, p. 81, cit. por Valdizán-Maldonado: Ob. cit).

Si examinamos ahora las doctrinas médicas halladas en el folklore médico peruano, realizamos las siguientes constataciones, ya anotadas en nuestro libro "La Medicina Popular Peruana".

"Entre los aymaras aún vive intensa la leyenda del *lari lari* (*Lari lari*: gente que vive en la puna fin Cacique. Vocab. aymara de Bertonio), el maligno *lari lari* que penetra en los hombres y en los animales o que adopta la forma y apariencia de estos". Según M. Rigoberto Paredes "en ciertos casos atribuyen (los aymaras bolivianos) la enfermedad del niño a un espíritu maligno llamado *Lari lari*, que ha logrado apoderarse de su cuerpo" (Ob. cit. p. 13., vol. I.)



IV

LA OBSTETRICIA

LA MATERNIDAD EN LA LEYENDA Y EN EL MITO.—DE LAS MUCHAS CLASES DE “MAMAS” — EL PARTO ENTRE LOS ANTIGUOS HABITANTES DEL PERU.—LOS EMBARAZOS ANOMALOS.—LAS DISTOCIAS.—EL ABORTO

Informaciones muy diversas son las consignadas por los Cronistas de Indias respecto al concepto que la maternidad mereció de los antiguos peruanos. En tanto que, para algunos de ellos, fué muy grande y muy generalmente demostrado el respeto que la maternidad inspiraba a los primitivos peruanos, para otros no fué ella objeto de tanto acatamiento:

“adorauan..... y a la tierra, que llamaban *Pachamama*”, dice el Licenciado Polo (“De los errores y supersticiones de los indios, sacadas del tratado y averiguación que hizo el Licenciado Polo”, en “Colección” *Urteaga-Romero*, vol. III., p. 3).

Esta misma *Mama* tenía otras representaciones:

Ella estaba representada en el cielo, en la *Mama quilla* (Madre Luna), refiriéndose a la cual dice una “Relación”: “Es cosa de espanto el ruido y voceríos y llantos que hacen cuando la luna o sol se eclipsa, que cierto la primera vez que lo vi pensé que el mundo se hundía, y llorando y dando gritos dicen a la Luna, que como dije llaman ellos *Quilla*: *amama quilla*, madre luna, para que te mueres, vuelve a vivir y sale toda la gente a estas voces: aquí no hacen sacrificio sino es superstición, porque piensan que con las voces hacen vivir a la luna” (“Relación de idolatrías en Hua-

machuco, por los primeros agustinos", en "Colección" *Urteaga-Romero*, vol. XI, p. 40).

Hallábase igualmente representada en el cielo, en forma de una estrella, a la cual daban el nombre de *Mamana*, la Madre celeste (*Urteaga*), la madre divina (*López*); vocablo esta *Mamana* compuesto de las voces *Mama* (madre) y *Hanan* (región alta, cielo).

La maternidad se hallaba representada en otras varias supersticiones de los primitivos peruanos:

"Otra (guaca) tienen en su casa las mujeres, que llaman *Mamazua* (Madre chicha), pues cuando hacen su chicha o bebida de maíz, como arriba tengo dicho, y la cuecen mucho y se cuaxa o espesa; guárdanla mucho hasta que se consume y la adoran dentro en casa, y dicen questa les da el azua y chicha que beben" ("Relación" de los agustinos ya citada, p. 48).

"También tienen otra dentro en casa que llaman *Mama ucho* (Madre ají), pues cuando nascen dos o tres vainillas de ají, que como he dicho es lo que acá llaman pimienta de Indias, y estas vainillas nascen acaso juntas y pegadas en una rama, esta cortan y guardan dentro en casa y la adoran *Mama ucho*, para que les dé mucho ají o ucho, pues desta pimienta de las Indias, de lo cual son ellos muy amigos" ("Relación" de los agustinos, p. 48).

"También cuando iban antes y van agora a sacar oro para su tributo aciertan a hallar los indios algún grano gordo y grande, échanlo en unos canastillos y a estos llaman *Mamacori* (Madre del Oro) y los guardan y a estos adoran y mochan por que cuando sacan oro saquen mucho y aun hasta hoy día lo hacen; hartos se les dice y predica y da a entender su ceguedad. Dios los alumbre. ("Relación de los agustinos", p. 49).

"Lo mismo hazen en las Minas que llaman *Coya*, que adoran y reuerencian los metales que llaman *Mama* y las piedras de metales que llaman *Corpa*, adóranlas besándolas y haziéndoles diferentes cerimonias" (*Polo*: Ob. cit. p. 192).

Esta generalización del vocablo *Mama*, que también se halla representado en la denominación dada a algunas soberanas del imperio y lo está asimismo en la adjudicada a

algunos productos del reino vegetal cuya relación sería larga de hacerse, puede demostrar, al mismo tiempo que el conocimiento de la relación representada por la maternidad, verdadera relación de causalidad, un cierto respeto por tal maternidad.

Pero, de otro lado, hay informaciones que estarían a revelar que este respeto de la maternidad, caso de haber existido, no era demasiado amplio ni demasiado general. Poco respeto de la maternidad entre los primitivos pobladores de América acusarían las informaciones de algunos cronistas relativas a bárbaras cesáreas abdominales realizadas con finalidad antropofágica o infanticida:

Cieza de León ("Segunda parte de la Crónica del Perú que trata del Señorío de los Incas", Madrid, 1886, Cap. XIX), refiriéndose a los indios de Arma, dice: "Son tan amigos de carne humana estos indios que se ha visto haber tomado indias tan preñadas que querían parir y con ser de sus mismos vecinos, arremeter a ellas y con gran presteza abrirlas el vientre con sus cuchillos de pedernal o de caña y sacar la criatura" que asaban para devorarla.

Molina ("Relación", en "Colección" *Urteaga-Romero*, vol. I, p. 154) hace alusión a esta bárbara práctica, como ordenada por la ferocidad de *Charicuchima*:

"Mandó el *Charicuchima* que diesen en ellos y allí los hicieron a todos pedazos, y las señoras del Cuzco que pudieran haber mataban y a las que estaban preñadas les sacaban los hijos por los hijares, porque este Capitán pretendía acabar toda la generación de los Ingas".

Cabello Balboa (Historia del Perú bajo la dominación de los Incas, en vol. II de la 2da. serie de la "Colección" *Urteaga-Romero*, Lima, 1920, p. 150) hace también alusión a esta práctica lamentable:

"*Atahualpa*, libre de los peruanos, se vengó cruelmente de los cañares, que siempre habían favorecido a los enemigos; hacía abrir el vientre de todas las mujeres en cinta y dar muerte a sus hijos, diciendo que tales traidores merecían morir dos veces".

Así, pues, el respeto por la maternidad no llegaba entre los antiguos peruanos a representar un escudo de inviolabilidad, ya que no respetaban a la madre enemiga. Tal

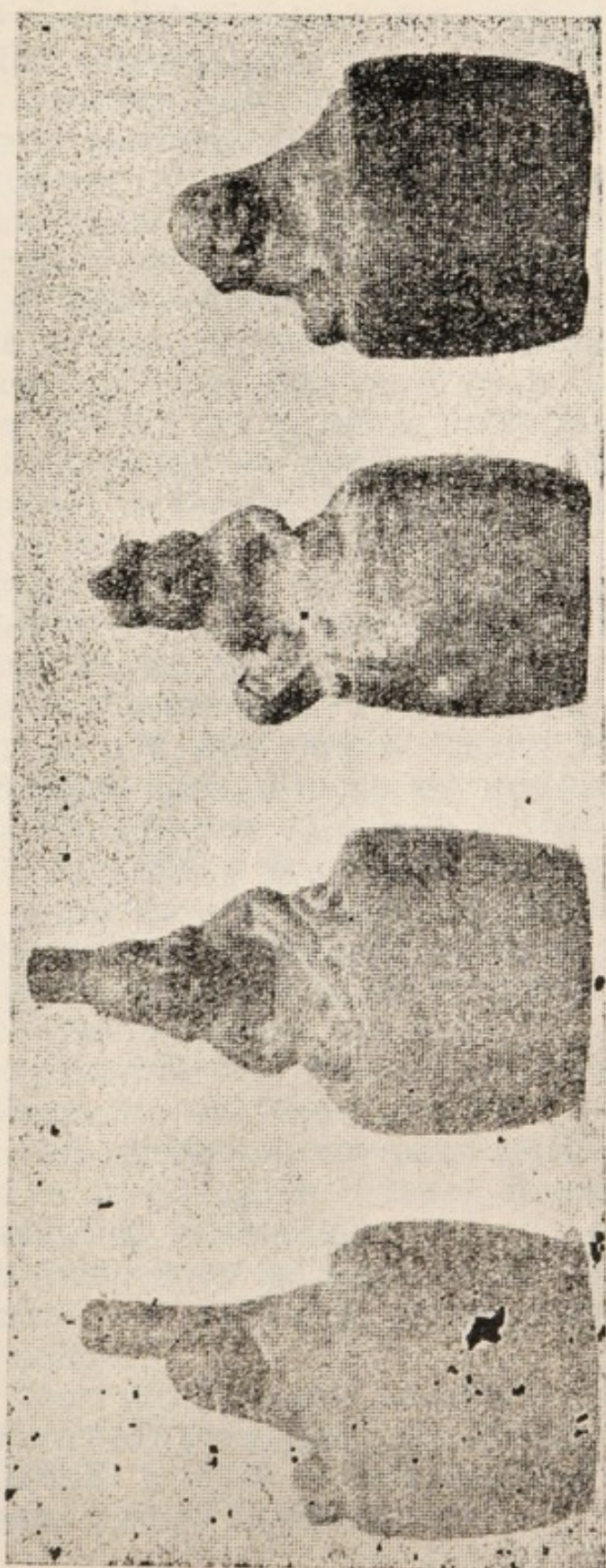
vez si ello pudiera constituir argumento de refuerzo en favor del respeto por ellos tributado a la madre propia que se revela en algunas otras informaciones:

“Por que todas estas cosas están divididas por sus zeques e rrayas en el torno de cada pueblo y están a cargo de personas que hagan en ellos sacrificios diferentes para diversos efectos: en vnas para que se empreñen las mugeres” (Polo: Ob. cit. p. 114).

Al mismo Licenciado Polo pertenece esta noticia relativa a la manera como los primitivos peruanos procuraban propiciar a sus divinidades para conseguir el éxito más venturoso en sus partos: “Quando están de parto las mugeres suelen sus maridos y aun ellas ayunar, absteniéndose de particulares comidas, y se confiessan con el hechizero y adoran a las huacas o cerros, para que el parto salga a aluz. Y aduiértase questo del ayunar (que llaman *Cacij*) es muy ordinario entre indios para diuersos efectos, absteniéndose de particulares comidas, y de otras cosas, mezclando diuersas ceremonias” (Ob. cit. p. 193).

“Cuando la muger está de parto suelen llamar a los hechiceros, para que haga sacrificio a la *Conopa*, que tiene como propia suya la muger, y se la ponga encima de los pechos, y la tenga sobre ellos para que tenga buen parto. En algunas partes, en esta misma ocasión, invocan a la luna” (Villagomez: “Exhortación e instrucción contra las idolatrías de los indios del Arzobispado de Lima”, vol. XII de la 1a. serie de la “Colección” Urteaga-Romero, Lima, 1919, p. 168).

Si adoptaban estas precauciones, es indiscutible que ellos sabían que el parto no estaba exento de dificultades y peligros y si unos y otros existían, como hay el derecho de suponerlo, es de creer a despecho de la aseveración de Garcilaso, que hubo parteras entre los antiguos peruanos, bien entendido que el título correspondía a aquellas empíricas que en la época colonial fueron conocidas con el nombre de *recibidoras*, nombre que hasta el día se conserva para designar a las empíricas que ejercen la obstetricia en aquellas desventuradas localidades a las que no ha llegado el beneficio de las obstetrices diplomadas por la Facultad de Medicina de Lima.



La práctica señalada por el ilustrísimo *Villagomez*, de aplicar la conopa de la mujer grávida sobre sus pechos con el objeto de facilitar el trabajo del parto, tal vez constituya un indicio del conocimiento que los antiguos peruanos tuvieron de la relación estrecha entre la función de las mamas y aquella de la maternidad.

Es tradicional la sencillez de que estuvo rodeado el alumbramiento entre las mujeres del antiguo Perú:

"La parida — dice *Garcilaso* — se regalaba menos que regalaba a su hijo por que en pariendo se iba a un arroyo o en casa se lavaba con agua fría y lavaba a su hijo y se volvía a hacer las haciendas de su casa como si nunca hubiera parido. Parían sin partera, no la hubo entre ellas; si alguna hacía el oficio de partera, mas era hechicera que partera. Esta era la común costumbre que las indias del Perú tenía en el parir y criar a sus hijos, hecha ya naturaleza sin distinción de ricos a pobres ni de nobles a plebeyos". (Comentarios reales de los Incas, t. II. p. 293).

"También adoran y mochan la tierra, la cual llaman *Pachamama* y *Chucomama*, porque cuando nacen de sus madres caen en ella, que ellos no curan de parteras sino arrojanlos en aquel suelo y luego en todas las Indias las madres con los hijos se van al arroyo o *yozo* a lavar y bañar; y por esto la mochan y por que le dé fuerzas y por que le dé el maíz, y por que no se canse, y por que cuando la labran no se les quiebren sus palos y arados, y esto hacen donde quiera que se les antoja hacer las fiestas acostumbradas" (Relación de idolatrías. Ob. cit. p. 41).

El autor anónimo del "Parecer acerca de la perpetuidad y buen gobierno de los Indios del Perú y aviso de lo que deben hacer los encomenderos para salvarse", (Tomo III de la 2da. serie de la Colección *Urteaga-Romero*, Lima, 1920, p. 147) hace idéntica afirmación:

"Tienen ansimesmo las mujeres por costumbre así como acaban de parir irse a lavar al arroyo o río, a si y a la criatura en naciendo".

Comentando el Profesor *Lavorería* (El arte de curar entre los primitivos peruanos", en *Anales Universitarios del Perú*, vol. XXIX, p. 232) la cita de *Garcilaso* que dejamos apuntada, dice lo siguiente:

“Conocida es la facilidad con que nuestras indias verifican sus partos; muchas veces en medio de una jornada se detienen apuradas por los dolores de las contracciones uterinas y en breves instantes, en un cuarto de hora o media hora, dan a luz, se lavan y lavan al niño si hay agua a la mano y echándoselo a la espalda envuelto en cualquier trapo siguen expeditas su camino como si nada hubiera pasado por ellas pero lo que más sorprende es que en partos realizados de esa manera, sin cuidados no solamente de asepsia, pero ni siquiera de aseo en muchos casos, sin consideración alguna de la parturienta para consigo misma, sean rarísimos, excepcionales, los casos en que sobreviene una infección, una hemorragia, uno cualquiera de los múltiples accidentes a que ordinariamente queda expuesto el organismo materno durante el puerperio”.

Si no existieron parteras en el sentido de personas preparadas para el desempeño de la misión de tales, con práctica o con estudios especialmente orientados con tal objeto, es incuestionable que existieron parteras prácticas, empíricas, que prestaron su ayuda en los partos distócicos y que, seguramente, debieron hacer intervenir en sus prácticas aquellas de hechicería que se hallaban estrechamente vinculadas a las prácticas médicas de los primitivos peruanos. De modo que la no existencia de parteras a que alude *Garcilaso* debe ser tomada en el sentido que nosotros insinuamos.

El Padre Cobo (*Historia del Nuevo Mundo*, Madrid, 1890, vol. IV., p. 137) reconoce la existencia de hechiceras que “entendían de curar las preñadas sobándoles el vientre para enderezar la criatura y aun tenían grandes artificios para matalla en el cuerpo de la madre cuando se lo pagaban.”

“También ay mugeres parteras, y dizen quentre sueños se les dió este oficio, apareciéndoseles quien les dió el el poder e instrumentos. Y estas mismas entienden en curar las preñadas para enderezar las criaturas y aun para matarla en el cuerpo de la madre con artificios que tien llevando paga por esto” (*Polo*: Ob. cit. p. 36).

Estas parteras que atendían a las mujeres preñadas, que procuraban el tratamiento de las distocias y que tenían

conocimientos que les permitían realizar el aborto, constituyen las verdaderas precursoras de las "recibidoras" de la época colonial. Es de creer que la transmisión familiar de nociones adquiridas constituyó la única base apreciable de conocimientos de estas mujeres que, seguramente, debieron rodear sus intervenciones del marco taumatúrgico que caracteriza la medicina toda de esta primera época de la Medicina Peruana. Posible que conocieran algunos de los signos de la distocia y que en el tratamiento de ésta emplearan, al mismo tiempo que sus masajes de acomodación, ese "sobar de vientres" a que alude el Cronista, las invocaciones a la *Mama Quilla*, patrona de las mujeres en parto en el primitivo Perú. Tal vez si recurrieron también al empleo de la *Huasa*, aquel talisman formado de ciertas piedras pequeñas envueltas y fajadas en hilos de lana, a que recurrían las mujeres deseosas de tener hijos, según aseveración de Villagomez (Ob. cit. p. 173).

Los partos anómalos fueron diversamente considerados por los primitivos peruanos:

"También llaman huaca a las cosas que salen de su curso natural, como a la muger que pare dos de un vientre, a la madre y a los mellizos daban este nombre por la estraneza del parto y nacimiento; a la parida sacaban por las calles con gran fiesta y regocijo, y la ponían guirnalda de flores, con grandes bailes y cantares por su mucha fecundidad; otras naciones lo tomaban en contrario, que lloraban, teniendo por mal agüero los tales partos. El mismo nombre dan a las ovejas que paren dos de un vientre, digo al ganado de aquella tierra, que por ser grande su ordinario parir no es mas de uno, como vacas o yeguas, y en sus sacrificios ofrecían mas aína de los corderos mellizos si los había que de los otros, por que los tenían por de mayor deidad; por lo cual les llaman huaca y por el semejante les llaman huaca al huevo de dos yemas; y el mismo nombre dan a los niños que nacen de piés o doblados, o con seis dedos en piés y manos, o nace corcobado, o con cualquier defecto mayor o menor en el cuerpo o en el rostro, como sacar partido alguno de los labios, que destos había muchos o bisojo que llaman señalado de la naturaleza" (*Garcilaso*: Ob. cit. edición de Lima, 1918, vol. I., p. 88).

“Los cuerpos *chuchos* y por otro nombre *Curi*, que es cuando nacen dos de un vientre, si mueren chiquitos los meten en unas ollas y los guardan dentro en casa como una cosa sagrada y dicen quel uno es hijo del rayo. Tienen en su nacimiento muchas supersticiones, todas enderezadas a hacer penitencia, para que se les perdone el pecado, que entienden fué el haber nacido dos juntos” (*Villagomez: Ob. cit. p. 150*).

“Cuando nacen dos de un parto, que llaman *Chuchos* o *Curi* y en el Cuzco *Taquihuahua*, lo tienen por cosa sacrílega y abominable. Y aun que dicen quel uno es hijo del rayo, hacen grande penitencia como si hubiesen hecho un gran pecado; lo ordinario es ayunar muchos días, assi el padre como la madre, no comiendo sal ni agi, ni juntándose en este tiempo que en algunas partes suele ser por seis meses. En otras partes, assi el padre como la madre se echan de un lado cada uno de por sí y están cinco días sin menearse de aquel lado, el un pié encogido y debajo de la corva ponen un pallar o haba hasta que con el sudor comienza a brotar, y otros cinco días se vuelven del otro lado de la misma manera, y este tiempo ayunan al modo dicho. Acabada esta penitencia los parientes cazan un venado y desollándole hacen uno como palio de pellejo y debajo de el pasean a los penitentes con unas soguillas al cuello, las cuales traen después por muchos días” (*Villagomez: Ob. cit. p. 168*).

“Cuando nacen dos de un vientre, agora sea hombre, agora mujeres o ovejas, siempre ayunaban cinco días y no salen de casa hasta el sexto día, en honra de una huaca o ídolo que tenían para esto, que se llama *Acuchuceacque*, y después el sexto día salen a mochar a la falsa trinidad ques *Ataguju* y los demás ya dichos. En esta fiesta ofrecen lo que en las demás y esto dicen ques para que sus hijos sean buenos y sin son ovejas para que multipliquen bien” (*Relación de idolatrías, Ob. cit. p. 35*).

“Cuando nace alguna criatura de piés, que llaman *Chacpas*, tienen también las mismas abusiones, y lo que peor es, que cuando pueden esconderlos, no los bautizan y si mueren chiquitos, assi los *Chacpas* como los *Chuchus*, los guar-

dan en sus casas en unas ollas" (*Villagomez: Ob. cit. p. 169*).

Tschudi, que ha aprovechado las preciosas informaciones del Ilustrísimo *Villagomez*, emite, respecto a los partos anómalos los siguientes conceptos:

"Además de las criaturas que nacían con los piés adelante (*tsaxpa*) y los mellizos (*tsutsu*) o trillizos. Ciertamente es que en algunas partes era una vergüenza para los padres procrear mellizos, al paso que en otras sucedía todo lo contrario. Los mellizos (*tsutsu*) llamados también *Kuri* y *Takiwawa*, llevaban nombres distintos si eran de distinto sexo, el varón era *wawal'a* y la hembra *wispal'a* si ambos eran varones a uno se daba el nombre de *l'ipiax* (el rayo), nombre que se convirtió en Santiago después de la conquista, por llamar los indios rayo al fusil y de este al nombre del santo que constituía el grito de guerra de los españoles. *Calancha* dice que los indios creen que uno de los mellizos es hijo del rayo y el otro del padre, por lo que a este le llamaban *Kuri*. Cuando los *tsutsus* morían en la lactancia, se les depositaba en una vasija nueva, que se cerraba cuidadosamente y se guardaba en el templo o en las casas. Lo mismo hacían con los que nacían con los pies delante *tsaxpas*, y esta costumbre puede haber dado lugar a la creencia, extendida entre los españoles, de que los sacerdotes incaicos sacrificaban a niños tiernos y los conservaban en vasijas cerradas como lo asegura con gran seriedad uno de los cronistas" (*Tschudi: "Contribuciones a la Historia, Civilización y Lingüística del Antiguo Perú"*, en "Colección" *Urteaga-Romero*, Lima, 1918, vol. II, p. 149).



Los ejemplares de cerámicos precolombinos que ilustran este capítulo sólo suministran unos pocos informes relativos a la obstetricia de los antiguos habitantes del Perú: Llama la atención en todos estos ejemplares, en primer lugar, el hecho de la actitud y, en segundo lugar, el de la placidez que es de observar en el rostro de las parturientas.

Si se trata de huacos retratos y no de representaciones míticas, es de creerse que el artista reflejó en la magnífica

tranquilidad de los rostros de estas parturientas, singularmente en el segundo, la ausencia de dolores en el momento del parto y del alumbramiento. Los alfareros peruanos, que conocieron los secretos de la expresión mímica y que supieron establecer, muchas veces merced a rasgos gráficos sencillísimos, la mayor variedad en la expresión de las emociones, no han deseado expresar en estos rostros de mujeres en trabajo de parto, el menor dolor; pues caso de deseárselo hubiesen logrado su empeño muy eficazmente.

Una de las interpretaciones plausibles de esta tranquilidad expresiva estaría constituida por la frecuencia del parto normal y del alumbramiento fácil, libre de las angustias y dolores de la distocia. Las excelencias morfológicas de la mujer india, su magnífica constitución pelviana, hechos ya enunciados por el Prof. *Lavoreria*, podría explicarnos el por qué de la placidez que el artista indio ha cuidado de grabar en los rostros de estos dos cerámicos. Y ello ratificaría la sencillez de procedimientos de asistencia del parto que caracterizó la obstetricia de los antiguos peruanos.

Los dos primeros cerámicos ilustrativos de estas líneas, presentan a la mujer en trabajo de parto y en el momento del alumbramiento en actitud que, dado el verismo de los alfareros peruanos, debió ser la más frecuentemente adoptada. Si se invoca la sensibilidad poco exquisita de las mujeres de aquella remota edad y se invoca, asimismo, la necesidad que ellas tenían de asistirse en sus partos, se comprende que tal actitud fuese la más propicia para el alumbramiento, ya que ella permitía a la madre india recibir en sus manos al recién nacido y sujetarle con una de ellas en tanto que verificaba la otra la sección del cordón umbilical. En la actitud en que los alfareros peruanos nos presentan a sus mujeres en pleno alumbramiento, la mujer se halla en condición de evitar la caída del feto a tierra, ocasionándose daño así mismo y daño a la madre por la brusca tracción del cordón y en condición igualmente favorable para seccionar el cordón umbilical.

El tercer cerámico que ilustra estas páginas es un argumento decisivo en favor de la asistencia de parteras entre los antiguos peruanos. Como puede verse en la fotografía, la partera está en funciones: está colocada cerca de la

gestante, teniendo a su alcance algunos de los elementos de que se valía para la asistencia.



El estudio del folklore médico peruano que *Maldonado* y yo hemos llevado a cabo ("La Medicina Popular Peruana", Lima, 1922, 3 volúmenes) revela la existencia de una variedad bastante considerable de preceptos y de prácticas, correspondientes a épocas diversas de la historia peruana y reveladoras, por ende, de diversidad de influencias ejercidas sobre la conciencia de la masa; si en algunas de tales prácticas aparece claramente el origen incano y si en algunas otras es fácilmente perceptible el origen hispánico, en no pocas se hace difícil establecer tal origen para deducir de él cuál la civilización responsable de la incorporación de dichas prácticas.

Los elementos proporcionados por el estudio del folklore se refieren:

1º—A la gestación.

2º—Al alumbramiento.

3º—Al aborto y la distocia.

1º—Los cuidados prodigados a la gestante entre las clases humildes de nuestra población se refieren, principalmente, a evitar los traumatismos psíquicos de que puede ser víctima la madre durante la gestación. En el departamento de Huánuco, esta práctica es inspirada por el temor de que el fruto de la concepción traduzca, en forma varia, la impresión producida en la madre por el traumatismo psíquico. Y esto es lo que representa el mito de las *yaguas*, de que me he ocupado con algún detenimiento en mi folleto "Nuestra Medicina Popular" (Lima, 1910) y respecto a cuyo argumento hemos insistido *Maldonado* y yo (Ob. cit., vol. I.)

Este mito de las *yaguas* es particularmente interesante: se trata, en efecto, de la pretendida semejanza del producto de la concepción al agente causal del traumatismo psíquico sufrido por la madre; semejanza sea a personas que impresionaron a la madre por su fealdad o deformidad u otra circunstancia semejante; sea a animales cuyo aspecto parti-

cular o cuyos movimientos u otros caracteres dinámicos impresionaron vivamente a la madre durante el periodo de la gestación; sea, por último, a objetos que produjeron idéntica acción nociva. De ahí que se acepte la "yagua", a mono, a pila, a jorobado, etc.

Este mito de la yagua guarda más de un punto de semejanza con el concepto tan universal de los "antojos", pues que, según este último, ciertas pigmentaciones especiales de la piel del recién nacido constituyen representación gráfica del "antojo" no satisfecho; pero difiere en su amplitud; pues que, según el mito de la yagua toda acción traumática (psíquica) ejercida sobre la madre, se revela en el recién nacido como pudiese hacerlo sobre una placa fotográfica.

Esta circunstancia de tratarse tan sólo de la ampliación de un concepto, provoca dudas respecto al origen incano del mito de las yaguas.

El mito universal del "antojo" existe en todo el Perú, así en el elemento indio como en el blanco y el mestizo, todos los cuales consideran deber ineludible el de satisfacer los antojos de la parturienta con la mayor prontitud posible, con el objeto de evitar el daño que la prole pudiese recibir por obra y gracia de tal insatisfacción. Sólo que, respecto al daño, el concepto no es de tan generosa amplitud como lo es respecto a la "yagua".

En algunos departamentos del Sur del Perú, Arequipa entre ellos, entre los que pudiéramos llamar "preceptos higiénicos del embarazo" se cuenta uno relativo a la prohibición expresa que debe hacerse a la gestante de contemplar un eclipse; pues se considera que tal contemplación redundaría en daño inevitable del producto de la concepción.

Este concepto no es exclusivamente peruano y de esta circunstancia deriva la dificultad de filiarlo como supervivencia de un mito incano, que tendría en su favor algunas supersticiones de los indios del antiguo Perú respecto a la muerte de la luna que consideraban representada por el eclipse de este astro, como dejamos dicho al principio de este capítulo.

A este mismo grupo de prácticas obstétricas debemos referir aquellas relativas a la determinación del sexo del embarazo, que las empíricas indias realizan, en la actuali-

dad, con sujeción a los siguientes postulados: si el vientre de la gestante "es cargado hacia adelante, en forma de pílón de azúcar, el fruto del vientre será varón; si el vientre es cargado hacia la derecha o izquierda, el fruto será hembra" (departamento de Arequipa). Este concepto es tan general como aquel según el cual será varón el hijo de la gestante que ponga el pie derecho en el primer peldaño de una escala que pretenda subir y será hembra en caso de poner el pie izquierdo el primero en tal ascensión.

Nada de incano hay en estas prácticas de diagnóstico del sexo del embarazo; por lo menos nada de incano en relación a nuestras informaciones de la leyenda y de la cerámica.

2º—Entre las prácticas actuales relativas al alumbramiento, debemos considerar, en primer término, la llamada "compostura", práctica empírica que tiene por finalidad procurar la mejor presentación, la más cómoda para el alumbramiento. Esta "compostura" se verifica, en el departamento de Arequipa, por medio del "manteo", en mucho semejante al manteo de que fuera víctima el escudero del famoso Hidalgo de la Mancha, y que, en algunas provincias y departamentos, ha tomado el nombre de "cernido", por la cierta semejanza que tal práctica guarda con el cernir de harinas, y que en lengua keshua se llama *suysuscca* (derivado del verbo *suysuy*, cerner).

Nada dicen respecto a esta operación los Cronistas de Indias cuyas informaciones hemos copiado en este capítulo y hubieranlo dicho caso de haber sido informados respecto a su ejercicio, ya que hablan de los masajes de vientre que las mujeres que asistían partos practicaban en aquellas remotas edades. Tampoco existen, que sepamos, representaciones de esta práctica en los cerámicos que hemos tenido oportunidad de observar.

¿Cuando se introdujo esta práctica del manteo entre los empíricos peruanos? Tampoco es fácil absolver a esta pregunta. La colonia se conformó con los servicios de las recibidoras empíricas y sólo fué en los últimos años de ella que algunos cirujanos hicieron oficio de comadrones, con más audacia que preparación. Y, como ya lo hemos manifestado en otra oportunidad, se desconfiaba tanto en Espa-

ña de la capacidad de tales recibidoras que virreina hubo que trajo consigo una comadrona que pudiese atenderla en sus necesidades. Si la costumbre toma su origen en la época incaica o si la toma en la época colonial, es problema que, hasta este momento, no es dable resolver satisfactoriamente.

Realizada esta "compostura", las comadronas empíricas suelen recurrir al "ovillo" que aplican en la región del vientre correspondiente al fondo del útero, aplicación que realizan con el objeto, según afirman, de evitar que el útero, una vez efectuado el alumbramiento, pueda incursionar hacia el tórax, comprimir el corazón y determinar así la muerte de la parturienta.

Llegado el momento del alumbramiento, que las recibidoras establecen sobre la base de los "dolores", proceden a la preparación de la parturienta, a la cual colocan sobre el lecho, en decúbito dorsal, con los muslos ampliamente separados y cuidadosamente cubiertos por los cobertores. Hechos estos preparativos, las recibidoras esperan el buen éxito de sus operaciones de "compostura".

La prolongación de este período de "dolores" es, para las recibidoras, indicadora de la conveniencia de adoptar otras medidas que tiendan a facilitar el trabajo del parto. En el número de estas operaciones se cuentan las siguientes:

La mujer es colocada "en cuclillas" al borde de la cama y sujeta por las axilas por los brazos vigorosos de un hombre, que debe ser el marido, precisamente. En esta actitud la parturienta, la recibidora procede a hacerla un masaje prolongado en la región lumbar, creyendo que este masaje facilita el camino del feto.

Fracasado este procedimiento, tal vez el más inofensivo de todos aquellos de que dispone la obstetricia popular, la recibidora pone en pie a la parturienta y la obliga a recorrer la habitación con la mayor velocidad posible o a realizar esta carrera en el huerto de la casa.

Con ser tan brutal y tan peligrosa esta intervención, ella no representa la última instancia obstétrica para las recibidoras. Viene, en seguida, en este recorrido de procedimientos terapéuticos (?), la operación del "hornillo": la partu-

rienta, fricciónada "la rabadilla" con sebo (grasa) de riñón de vaca, es obligada a pasar varias veces, con los miembros inferiores ampliamente abiertos, por encima de un brasero calentado por buena llama.

Si el "hornillo" no da los resultados que las recibidoras dicen esperar de él, éstas disponen que la desventurada parturienta sea colocada boca abajo, verticalmente, con el objeto de provocar un retorno del feto para que su nuevo camino lo realice normalmente.

La expulsión de las secundinas, cuando no se realiza normalmente, es favorecida por la ligadura que se hace del segmento materno del cordón umbilical a la pierna derecha de la parturienta, a la cual se aconseja realizar movimientos lentos de extensión de este miembro, que favorecen, al decir de las recibidoras, la expulsión que se desea obtener.

En las provincias del departamento de Lima, las recibidoras aseguran obtener la expulsión fácil de las secundinas poniendo en la boca de la parturienta el pico de una gallina. También aconsejan ponerle a la parturienta o un calzoncillo recientemente usado por el marido, o "al revés" el sombrero de éste.

En el departamento de Arequipa se sienta a la mujer sobre hojas de "marco" soasadas, con el objeto de facilitar la expulsión de que venimos ocupándonos.

En todo el Perú, aún las obstetrices tituladas recomiendan la incineración o sepultura de las secundinas; pues se teme accidentes graves si las secundinas entran en putrefacción o si son devoradas por algunos animales.

Realizada la expulsión de las secundinas, viene la llamada "compostura de la madre", que realizan las recibidoras embadurnando el vientre de la parturienta con aceites especialmente confeccionados por ellas y cuya finalidad benéfica es la de "desirritar la matriz". Una piedra imán colocada sobre el vientre de la puérpera tiene por objeto inmovilizar el útero. Cuando la piedra se adhiere fuertemente al vientre, lo que sucede frecuentemente por la acción adhesiva del aceite o ungüento empleado, dicen las recibidoras que la "piedra imán está trabajando", queriendo significar que está sujetando fuertemente al útero.

La última operación de esta asistencia empírica es la tercera "compostura": una sábana resistente es aplicada sobre las nalgas de la parturienta; los extremos libres de la sábana son doblados hacia adelante, ajustándose lentamente hasta abrazar el cuerpo de la mujer. Hecho esto, la recibidora comienza a hacer un masaje de los miembros inferiores y a imprimir a éstos movimientos pasivos, con el objeto de corregir "la dislocación general" que creen ha ocurrido en el acto del alumbramiento. Este es, como queda dicho, el número final de la asistencia obstétrica de nuestras empíricas.

Hay algunas variantes regionales a las prácticas que hemos pasado en revista: En Hualgayoc (Departamento de Cajamarca) la "piedra imán" es colocada sobre la rodilla de la parturienta y no sobre el vientre de ella. En Lima, se cree favorecer el trabajo del parto obligando a la mujer a soplar con la mayor fuerza posible en un canuto. Este es reemplazado, en los Departamentos del Norte, por una botella vacía o por un "potito". En estos mismos departamentos colocan a la parturienta sobre una piel de lobo de mar, creyendo con ello facilitar el trabajo del parto. En los departamentos de Lambayeque y Piura, con el mismo propósito, colocan a la mujer sobre una mesa de comedor.

De todo este conjunto de prácticas empíricas, hay algunas como el manteo, la colocación de la parturienta con la cabeza en bajo, el empleo del imán, que se hallan en los anales del período empírico de la Obstetricia Universal, sin que sea posible asignarles un origen incano. Pero este conjunto de prácticas, que han resistido enérgicamente a la influencia innovadora del tiempo, está a revelar que entre los antiguos peruanos existieron estas recibidoras y que fueron ellas las que transmitieron los conocimientos y prácticas que actualmente se constata en el estudio del folklore médico. Y que el caudal de estas prácticas fué enriqueciéndose lentamente, merced a la influencia que no necesita ser demostrada de los conocimientos que aportaron los conquistadores.

Entre las sustancias medicamentosas empleadas por las recibidoras con el objeto de facilitar el trabajo del parto, se cuentan las siguientes:

Las rasuras del asta de ciervo (Cajamarca) — Los pol-

vos de lacre (Huánuco) — La “sustancia” de carnero (Huánuco) — El ponche de vino generoso (Lima) — El vino generoso; el caldo de culebras (Junín) — El agua de azucenas con aguardiente; oler la coca-coca (Cusco) — El cocimiento de trigo (Arequipa).

Las fricciones sobre el vientre del “unto sin sal” (Arequipa) — Sahumar a la enferma con excremento de cuy (Lima) — El cocimiento de chinqui (Departamento del Sur) — La savia de palo de balsa; el cocimiento de tullo (Cajamarca); el cocimiento de ubos (Región de los bosques).

Hemos separado en dos párrafos aquellas sustancias medicamentosas cuyo empleo debe corresponder a la época hispánica, tratándose como se trata de productos de animales o vegetales que fueron traídos al Perú por los conquistadores, de aquellas otras de origen incano.

No hemos podido constatar, en el folklore, el empleo en la obstetricia empírica peruana del cocimiento de *moco moco* o del vaho del cocimiento de la altamisa o del cocimiento de *itapallo* que el Prof. Lavería consideró en el número de los agentes terapéuticos de la gestación entre los antiguos peruanos, tomando esta información al Padre Cobo.

3º—Tratándose del aborto, la obstetricia empírica actual reconoce dos clases de prácticas: unas profilácticas del aborto y otras que producen el aborto.

En el número de las primeras deben ser citadas: la sangre de la cresta de gallo (Departamento de Arequipa, Lambayeque, Piura y Libertad) — La presencia de una criatura “inocente” en la cámara de la gestante. — La devoción a San Vicente Ferrer. — El cocimiento de culebras “maltonas” (jóvenes) — Los polvos de pepa de palta tostada y administrados en cocimiento — El cocimiento de la corteza tostada del fruto de la granada — El cocimiento de “pezón de zapallo” — El cocimiento de granos de *huiñapo* (maíz germinado) — El agua procedente del lavado de la camisa del padre del feto — La ceniza de los cabellos de la nuca del padre del feto suspendida en agua — Los polvos de marfil diluidos en vino — Los polvos de lacre diluidos en vino (Departamento de Arequipa).

Los polvos de cáscara calcinada de huevo de gallina

— Las fricciones en la línea blanca de la parturienta con un canto rodado de río humedecido en el agua en que se hubiese lavado el freno de una mula o en la baba de este animal, cuidando de acompañar estas fricciones de las siguientes palabras: “no te caigas” (Departamento de Cajamarca).

La maceración acuosa del cordón umbilical (Departamento de Junín).

El excremento de paloma molido con huacatai (*Tagetes sp.*) diluido en agua — La greda suspendida en agua hirviente en la cual se haya introducido un clavo de acero previamente calentado (Departamento de Apurímac).

Como abortivos se emplean, seguramente, muchos productos; pero es de creerse que dado el carácter delictuoso de la práctica, aquellos que la realizan deben guardar el mayor secreto. Sin embargo, las sales de quinina parecen constituir el abortivo preferido. Vienen, en seguida, el cocimiento de ruda, casi tan generalizado como el anterior y el cocimiento de lacre que, como muchos de los agentes terapéuticos (?) de la medicina popular, está indicado para producir efectos diametralmente opuestos; pues que en Arequipa está considerado como preventivo eficaz del aborto y en otros departamentos lo está como provocador del aborto.

A través de este recetario bizarro de la Medicina Popular es de observarse que hay una cierta correspondencia entre la medicación aconsejada y una concepción etiológica:

La devoción a San Vicente Ferrer traduce un concepto místico y es igualmente místico el concepto etiológico del aborto que recomienda la presencia de una “criatura inocente” en la cámara en que el alumbramiento debe tener lugar; pues sabido es que la “criatura inocente” (De pocos meses de nacida) representa para la superstición el mejor talismán contra las manifestaciones demoniacas y tal indicación reconoce seguramente el temor del origen demoniaco del aborto. Concepción etiológica diversa, tal vez la más científica dentro del acientismo de estas recomendaciones empíricas, es aquella que aconseja el empleo de sustancias dotadas de propiedades astringentes, tales la semilla de palta y la corteza de granada, que in-

tenta aprovechar la acción constrictora de tales simples de origen vegetal. La práctica cajamarquina de dar a beber a la parturienta el agua de lavado del freno de la mula está fundada, tal vez, en el concepto de esterilidad del híbrido. Concepción etiológica francamente taumatúrgica aquella práctica arequipeña de vestir a la mujer con los calzoncillos últimamente usados por el marido.

Tratándose de los abortivos, en cuyo empleo, a decir de los Cronistas de Indias, eran tan duchos los curanderos del antiguo Perú, llama la atención el número poco considerable de los agentes abortivos cuya existencia hemos constatado en el estudio del folklore médico peruano. Apenas si hemos podido constatar en tal número el cocimiento de lacre y las sales de quinina, de origen no incano y el cocimiento de ruda, al cual podría asignarse este origen. Creemos que el número de los llamados abortivos debió ser más considerable entre los antiguos peruanos y que si es tan pequeño el número de los que hemos hallado en el curso de nuestras investigaciones, ello obedece al secreto que guardan quienes realizan tal práctica criminal. Posible es que, como lo asevera *Polo de Ondegardo*, las curanderas peruanas entendieron "en curar las preñadas para enderezar las criaturas y aún para matarla en el cuerpo de la madre con artificios". Y posible que en el número de estos artificios se hubiesen contado, con más eficacia, que los abortivos de orden químico, aquellos de orden traumático.



V

LA PEDIATRIA

LA INFANCIA EN EL MITO Y EN LA LEYENDA.— PRIMEROS CUIDADOS DE LA INFANCIA ENTRE LOS INCAS.— LA LACTANCIA Y LA ABLACTACION.— LA FIESTA DEL RUTUCHICO.— LAS DEFORMACIONES CRANEANAS.— PRACTICAS DE HIGIENE Y TERAPEUTICA INFANTIL

Una referencia a la representación mítica de la infancia entre los primitivos peruanos, nos es suministrada por *Polo de Ondegardo*:

“Y los mismos adoran a otras dos (estrellas) que andan cerca della que llaman *Catuchillay* y *Vrcuchillay*.. Que fingen ser una oueja con vn cordero”. (Ob. cit. p. 4).

“La octava guaca (del 5º ceque del camino de Chinchaysuyo) era una sepultura pequeña llamada *Guamangahuachanca*, de un hermano de *Guayna Capac*, la cual estaba en la otra parte de la fortaleza. Hiciéronla adoratorio por haber muerto pequeño el hermano del Inca, diciendo que por veneración que le daban no morirían más de aquella edad” (Relación de los adoratorios”).

Consideraban la enfermedad de los hijos motivo de ofrenda a la divinidad cual era la confesión que de sus pecados hacían: lo asevera el Licenciado *Polo*.

“Esta confesión vsan también quando están enfermos sus hijos o mujeres o marido o su cacique....”(Ob. cit. p. 13).

La infancia era considerada por ellos digna de particular aprecio y cuando se trataba de hacer ofrenda excepcionalmente grata a la divinidad, la hacían el sacrificio de la infancia:

“Si los hechiceros o sortilegos, por sus suertes o agüeros, afirmaban que aua de morir algún enfermo, no dudaba de matar su propio hijo, aun que no tuviese otro.” (*Polo*: Ob. cit. p. 15)

“Y cuando acaecía helarse las sementeras, haber falta de comida por todo el reino, que de sus propios depósitos se repartiese cada año todo lo que había menester para el sustento, entre los pobres que tenía necesidad y muchos hijos, y entre los viejos o viudas, o que pasaban necesidad, en lo cual tenían mucho cuidado, y encargaba a los gobernadores o orejones tuviesen cuenta con los huérfanos y niños pobres de les dar de comer y todo lo necesario y de vestir; y todo lo que más hubiese menester, y los tratasen bien; y los hiciese criar; lo cual ellos hacían y los alimentaban de los depósitos reales del Inga; para lo cual daba comisión bastante, como está dicho, para repartir todo lo demás” (*Morúa* “Historia de los Incas Reyes del Perú”, vol. IV. de la 2a. serie de la Colección *Urteaga-Romero*, Lima, 1922, p. 171).

Como puede verse, la organización incaica, en la época a que hace referencia el Padre Morúa, o en aquellas regiones a que el dicho autor hace referencia en su cita, había llevado la asistencia de la infancia hasta el extremo muy de loar, de hacerla extensiva al huérfano, en la forma que dice el historiador.

Pasemos en revista, ahora, algunas costumbres incanas relativas a la medicina infantil:

“Para los curiosos de lenguas decimos que la general del Perú tiene dos nombres para decir hijos. El padre dice *Churi* y la madre *Huahua* (Habíase de escribir este nombre sin las hh, solamente las cuatro vocales pronunciadas cada una de por sí, en dos diptongos *Uáuá*. Yo le añado las hh por que no se hagan dos sílabas). Son nombres y ambos quieren decir hijos, incluyendo en si cada uno de ellos ambos sexos y ambos números; con tal rigor que no puedan los padres trocarlos, so pena de hacerse el varón hembra y la hembra varón. Para distinguir los sexos añaden los nombres que significan macho y hembra; mas para decir hijos en plural o en singular, dice el Padre *Churi* y la madre *Uáuá*” (*Garcilaso*: Ob. cit. vol. II, p. 23).

Morúa asigna el siguiente origen al lavado que los antiguos peruanos hacían del niño recién nacido:

"... y el día que este infante nació (se refiere al llamado *Illescas*) lo zabulleron o lavaron en albéticas o fuentes o ríos; la cual costumbre tienen hoy en día" (Ob. cit. p. 97).

"Cuando al nacer de los niños les cortaban el ombligo, dejaban la tripilla larga como un dedo; la cual, después que se le caía, guardaban con grandísimo cuidado y se la daban a chupar al niño en cualesquiera indisposición que le sentían; y para certificarse de la indisposición le miraban la pala de la lengua y si la veían desblanquecida decían que estaba enfermo; y entónces le daban la tripilla para que la chupase. Había de ser la propia, por que la ajena decían que no le aprovechaba". (*Garcilaso*: Ob. cit. vol. I. p. 145).

No puede ser de mayor importancia la información de nuestro tan ilustre como discutido compatriota. En ella se exhibe el hecho de haber observado los antiguos peruanos la vinculación estrecha entre las enfermedades de los niños y ciertos aspectos de la lengua y la circunstancia de haberse logrado esta observación permitirá, caso de ser indiscutible, pensar en el número considerable de observaciones semejantes que los antiguos peruanos pudieron haber llevado a cabo. La doctrina médica constituida por la agrupación de estas observaciones, ya hubiese merecido los honores de ser considerada como tal; pues que la observación, sin constituir la ciencia misma, es la piedra angular sobre la cual la ciencia se edifica. Sólo que cabe pensar en el factor fabulación, consciente o inconsciente: tal vez *Garcilaso* se refirió al pasado de nuestra historia práctica q' él había contemplado desde su infancia y que por juzgarla tan general en medicina la obsequió a los antiguos habitantes del Perú. En espera de hechos demostrativos de la autenticidad de la información de *Garcilaso*, cabe una actitud de discreta expectación.

"Los hijos criaban estrañamente, así los Incas como la gente común, ricos y pobres, sin distinción alguna, con el menos regalo que les podía dar. Luego que nacía la criatura la bañaban en agua fría para envolverla en sus mantillas, y cada mañana que la envolvían, la habían de lavar con agua fría, y las más veces puesta al sereno; y cuando la madre le hacía mucho regalo, tomaba el agua en la boca y le lava-

ba todo el cuerpo, salvo la cabeza, particularmente la molle-
ra, que nunca le llegaban a ella. Decían que hacían esto por
acostumbrarlos al frío y al trabajo, y también por que los
miembros se fortaleciesen. No les soltaban los brazos de las
envolturas por mas de tres meses por que decían que soltán-
doselos antes se los hacía flojos de brazos. Teníamos siem-
pre echados en sus cunas, que era un banquillo mal aliñado
de cuatro pies y el un pie era más corto que los otros para
que se pudiese mecer por que no fuese tan dura si fuese de
tabla, y con la misma red lo abrazaban por un lado y otro de
la cuna, y lo liaban por que no se cayese della" (*Garcilaso*:
Ob. cit. vol. II, p. 24).

"Al darles la leche, ni en otro tiempo alguno, no los to-
maban en el regazo ni en brazos, por que decían que hacién-
dose a ellos, se hacían llorones y no querían estar en la cuna,
sino siempre en brazos. La madre se recostaba sobre el niño
y le daba el pecho, y el dárselo era tres veces al día. Por la
mañana y al medio día y en la tarde, y fuera destas horas
no les daban leche aun que llorasen, por que decían q' se ha-
bituaban a mamar todo el día, y se criaban sucios con vómi-
tos y cámaras: y q' cuando hombres eran comilones y gloto-
nes. Decían q' los animales no estaban dando leche a sus hijos
todo el día ni toda la noche sino a ciertas horas. La madre pro-
pia criaba su hijo, no se permitía darlo a criar por gran se-
ñora que fuese, sino era por enfermedad; mientras criaban
se abstenián del coito, por que decían que era malo para la
leche y encanijaba las criaturas. A los tales encanijados lla-
maban *Ayusca*, es participio de pretérito, quiere decir en to-
da su significación el negado y más propiamente el trocado
por otro de sus padres. Y por semejanza se lo decían un mo-
zo a otro, motejándole que su dama hacía más favor a otro
que no a él. No se sufría decírselo al casado, por que es pala-
bra de las cinco: tenía gran pena el que la decía. Una pa-
lla de la sangre real conocí que por necesidad dió a criar una
hija suya: la ama debió hacer traición o se emprenó, que la
niña se encanijó y se puso como ética, que no tenía sino los
huesos y el pellejo. La madre viendo a su hija *Ayusca* (al ca-
bo de ocho meses que se le había enjugado la leche) la vol-
vió a llamar a los pechos con cernadas y emplastos de yer-
bas que se puso a las espaldas, y volvió a criar su hija y la



1



2



convaleció y libró de la muerte. No quiso dársela a otra ama, por que dijo que la leche de la madre era la que aprovechaba. Si la madre tenía leche bastante para sustentar a su hijo, nunca jamás le daba de comer hasta que lo destetaba, por que decían que ofendía el manjar a la leche, y se criaban hediondos y sucios. Cuando era tiempo de sacarlos de la cuna, por no traerlos en brazos les hacían un hoyo en el suelo que les llegaba a los pechos, aforrábanlos con algunos trapos viejos, y allí los metían y les ponían delante algunos juguetes en que se entretuviesen. Allí dentro podía el niño saltar y brincar, más en brazos no lo habían de traer aun que fuese hijo del mayor curaca del reino" (*Garcilaso: Ob. cit., vol. II, p. 24*)

"Ya cuando el niño andaba a gatas llegaba por el un lado o el otro de la madre a tomar el pecho y había de mamar de rodillas en el suelo; empero no entrar en el regazo de la madre; y cuando quería el otro pecho le señalaban que rodease a tomarlo, por no tomarlo la madre en brazos. La parida se regalaba menos que regalaba a su hijo, porque, en pariendo se iba a un arroyo, o en casa se lavaba con agua fría, y lavaba su hijo, y se volvía a hacer las haciendas de su casa como si nunca hubiera parido. Parían sin partera, ni la hubo entre ellas, si alguna hacía oficio de parteras mas era hechicera que partera. Esta era la común costumbre que las indias del Perú tenían en el parir y criar sus hijos hecha ya naturaleza, sin distinción de ricos a pobres, ni de nobles a plebeyos" (*Garcilaso: Ob. cit., vol. II, p. 25*).

Respecto al *Ayusca* de *Garcilaso*, hallamos una información contradictoria de *Molina*:

"Demás de las cerimonias que en estos meses hacían, hacían otra, como dijimos, llamadas *apusay rutuchico ticochico* que aun que en ellas no se entendían las costumbres destas gentes tenían: el *ayuscay* hera que cuando paría la muger, el quarto día ponían las criaturas en la cuna, que llaman *quirao*, y en este día llamauan a los tíos y parientes para que lo uiesen y uenido beuian aquel día, pero no por que hiziesen otra cerimonia ninguna" (*Ob. cit. p. 87*).

Esta divergencia de opiniones provoca la duda respecto al significado real del *ayusca* o del *ayuscay*: si la ceremonia descrita por *Molina* fué para evitar precisamente el

daño del *ayusca* citado por *Garcilaso* o si la enfermedad citada por éste último sólo correspondía a una práctica establecida.

La señorita *Rebeca Carrión Cachot* ha estudiado, con todo afecto y competencia, algunos de los problemas relativos a la infancia en el antiguo Perú ("La mujer y el niño en el antiguo Perú", en "Inca", t. I. p. 329, Lima, 1923). Refiriéndose a la lactancia, presenta dos interesantes ejemplares de cerámica procedentes de Chicama y Pacasmayo, respectivamente:

"El vaso de Chicama, que aparece en la fig. 2, es uno de los más comunes. En él se ha representado a una mujer lactando a su bebé. Está sentada, con las piernas cruzadas; la mano derecha la apoya sobre el muslo del mismo lado; y con la izquierda sujeta el seno que ofrece al niño, que se halla comodamente echado sobre su regazo. Sus facciones son toscas; el cabello abundante y dividido en dos haces que caen hacia adelante, por encima de los hombros. Su vestido consiste en una túnica roja que le cubre del cuello a los pies; un ancho cuello blanco, anudado atrás por medio de dos cintas que le caen sobre la espalda, le sirve de adorno. Sobre la manga derecha, una banda longitudinal ornamentada con motivos geométricos. El bebé que lleva sobre la falda, está envuelto en un pañal blanco, que le aprisiona los brazos y le deja libres sólo las piernecitas. Su pelo es abundante, negro y está echado hacia atrás. No se percibe la forma exacta del camión de la mujer; este parece de una sola pieza, pero debe estar provisto de alguna abertura, que en el ejemplar no se advierte, a nivel del pecho, para facilitar la lactancia.

"El vaso que aparece en la fig. 3 es otro ejemplar interesante. Procede de Pacasmayo. Está fracturado; le falta el brazo de la mujer y una parte del asa de la cuna, destinada a sujetarla al cuello. Este cántaro pertenece al tipo común de cerámica negra, formado por lo regular, por dos recipientes; en éste uno es esférico, de cuello largo, sin adornos; y el otro, que es el que aparece en el grabado, tiene la forma de una caja sobre la que aparece comodamente sentada la mujer que lacta. Esta tiene las piernas hacia adelante y en semiflexión; apoya los pies en una pro-



3



4



minencia del suelo, lo que le da firmeza al cuerpo y a la cuna que lleva sobre la falda. Mira con dulzura a su bebe. La configuración de la cabeza de la mujer es extraña por lo larga y achatada. El rostro lo tiene pintado en la misma forma que el de las mujeres del valle de Chicama, tal como aparecen en los vasos de esta cultura. No se descubre la clase de vestido que lleva; sólo en la cabeza se ve un ancho pañuelo que le cae sobre la espalda. Sujeta la cuna con ambas manos. La criatura que succiona el seno izquierdo, está envuelta en un pañal, y aparece dentro de una cuna de forma rectangular, sostenida al cuello de la madre por una faja. Su pelo es largo y está echado hacia atrás. Este ejemplar no sólo ilustra el acto de la lactancia, sino que enseña la manera peculiar como se criaba al niño en su cuna. Pone de manifiesto una costumbre que persiste hasta hoy en el interior del país sobre la manera de alimentar al niño sin separarlo de aquella. Estas bellas escenas de madres que lactan a sus hijos no sólo aparecen en los vasos que proceden del antiguo reino de Chimú, y que revelan ser el producto de una civilización muy adelantada, sino se encuentran también entre los de formas toscas y primitivas que proceden de la sierra del norte y que son considerados como muy antiguos”.

Refiriéndose a la ablactación, dice *Garcilaso*:

“Los incas usaron hacer gran fiesta al destetar de los hijos primogénitos, y no a las hijas, ni a los demás varones segundos y terceros, a lo menos no con la solemnidad del primero; por que la dignidad de la primogenitura, principalmente del varón, fué muy estimada entre estos Incas y a imitación dellos lo fué entre todos sus vasallos. Destetabanlos de dos años arriba y les tresquilaban el primer cabello con que habían nacido, que hasta entonces no tocaban en él y les ponían el nombre propio que había de tener. Para lo cual se juntaba toda la parentela, y elegían uno de ellos para padrino del niño, el cual daba la primera tijerada al ahijado. Las tijeras eran cuchillos de peder-nal; por que los indios no alcanzaron la invención de las tijeras. En pos del padrino iba cada uno por su grado de edad o dignidad a dar su tijerada al destetado; y habiéndole tresquilado le ponían el nombre y le presentaban las

dádivas que llevaban: unos ropa de vestir, otros ganados, otros armas de diversas maneras, otros le daban vasijas de oro o de plata para beber; y estos habían de ser de la estirpe real, que la gente común no los podía tener sino por privilegio. Acabado el ofrecer venía la solemnidad del beber, que sin él no había fiesta buena: cantaban y bailaban hasta la noche, y este regocijo duraba 2 o 3 o 4 días, o más, como era la parentela del niño, y casi lo mismo se hacía cuando destetaban y tresquilaban al príncipe heredero, sino que era con solemnidad real y era el padrino el sumo sacerdote del Sol. Acudían personalmente o por sus embajadores, los curacas de todo el reino; hacíase una fiesta que por lo menos duraba más de veinte días, hacíanle grandes presentes de oro y plata y piedras preciosas, y de todo lo mejor que había en sus provincias. A semejanza de lo dicho, por que todos quieren imitar a la cabeza, hacían lo mismo los curacas, y universalmente toda la gente común del Perú, cada uno según su grado y parentela y esta era una de sus fiestas de mayor regocijo" (*Garcilaso: Ob. cit., vol. II, p. 22*).

Este *tresquilar* de cabellos era tan universal como *Garcilaso* lo asevera:

"El *rutuchico* es quando la criatura llega a vn año, ora fuesse hombre ora muger, le dauan el nombre que auia de tener hasta que fuesse de hedad; si era hombre quando lo armauan cauallero y le dauan la guaraca: entonces les dauan los nombres que auian de tener hasta la muerte; y si era muger quando le uenia la primera flor le dauan el nombre que auia de tener para siempre; y asi cumplido el año la criatura que tresquilauan y para auella de tresquilar llamauan al tio mas allegado, y este le cortaua el primer cauello y ofrecía para la criatura, y por este horden yban hasta que los parientes hacían la ofrenda, y después la hacían los amigos de los padres; y beuian este día y el tio mas principal le daua el nombre que auia de tener, hasta que fuesse de hedad como dicho es". (*Molina: Ob. cit., p. 88*).

Para *Cabello Balboa* había una práctica anterior al *rutuchicu*:





“Fué por *Sinchi Roca* — dice — que se introdujo cuando hubo cumplido los tres años, el uso de agujerear las orejas de los niños a esta edad y de celebrar con esta ocasión una fiesta llamada *Tocochiqui*; de cortarles los cabellos al año siguiente, fiesta llamada *Ratochicu*, y cuando cumplen quince años la del *Guarachiqui*, cuando se ponen los primeros calzones” (Ob. cit. p. 9).

“Cuando son los hijos e hijas ya grandecillos, como de cuatro a cinco años los tresquilaban, la primera vez con gran superstición, convidando la parentela especialmente a los *massas*, y *cacas* para este efecto, ayunando y haciendo fiesta a la huaca a la cual suelen también ofrecer el niño recién nacido, y ofrecen al muchacho lana, maíz, carneros, plata y otras cosas; y suelen en esta ocasión mudarle el nombre como se dijo arriba, y ponerle el de la huaca o *Malquis*, y lo mismo al padre y la madre, y los cabellos cortados que llaman *Pacto* o *Huarca* en la lengua general y *Naca* en los llanos y *Pacto* en la sierra en unas partes los suelen ofrecer, y enviar a las huacas y colgarlos delante dellas, en otras los guardan en sus casas como cosas sagradas” (Villagomez: Ob. cit. p. 170).

De una fiesta especial, que los primitivos peruanos llevaban a cabo con los niños de un año de edad, dice, en forma pintoresca, el siguiente pasaje que, por tal motivo, tomamos a *Tschudi*:

“Después de la cosecha de papas que se hacía a fines de mayo y las mas veces a mediados de junio se celebraba en las poblaciones mayores del Kol’ao una ceremonia especial, en la que figuraban todos los niños nacidos en el año. Un día dado, que fijaba probablemente el *Kuraka*, salían varios mozos a la puna, a cazar wicuñas; en tanto que las madres tenían orden en presentar en la plaza pública del lugar, y a ciertas horas a todos los niños que hubieran dado a luz desde la anterior cosecha de papas, cada uno en su cuna o en un envoltorio. Una vez reunidos se les disponía en dos filas, la primera para los varones y la segunda para las mugeres. Los niños lucían vestidos nuevos, que era para los varones una camisa negra de lana (*sukul’u kawa*) con tres rayas rojas entrelazadas una en el centro y una a cada lado, en dirección vertical (de arriba para

abajo). La camisita negra de las mujeres (*sukul'u urka*) se distinguía por un número mayor de rayas rojas entretejidas pero más angostas y dispuestas en dirección oblicua. Los mozos al regresar de su cacería traían la sangre de los rumiantes muertos en el primer estómago de éstos y entonces comenzaba la verdadera ceremonia, que consistía en que el *lari*, el tío del niño, hermano de la madre, pintaba a su sobrino o sobrina una raya ancha al través de la cara, de oreja a oreja, con la sangre traída. La carne de las wicuñas se distribuía entre las madres" (*Tschudi*: Ob. cit. vol. II, p. 55).

La señorita *Carrión* ha ilustrado el estudio de "la cuna" en que eran colocados los bebés del primitivo Perú:

"De los cementerios antiguos, tanto del valle de Lima, como de los circunvecinos de Chillón, Pasamayo y Lurín, proceden unos figurines de barro que en la provincia de Chancay se les designa con el nombre vulgar de *cuchimilcos*, entre los cuales no son escasos algunos que representan criaturas dentro de sus cunas. Ignoro cual sea el significado de estos figurines que con tanta frecuencia aparecen en las colecciones de antigüedades formadas en los alrededores de Lima. El dibujo fig. 4, que corresponde a uno de estos figurines, ha sido tomado de un ejemplar que posee la colección Musante de Huacho. Aparece aquí un niño despierto dentro de su cuna. Tiene los brazos en semiflexión colocados sobre el pecho. Su vestido consiste en una blusa cuyas mangas están adornadas con manchas circulares, y un pantaloncito ceñido a la cintura por medio de una faja. La cuna es rectangular, hecha de paja o totora cuyos haces se entrecruzan vertical y horizontalmente de modo que forman un lecho blando. Sus bordes son gruesos y altos, de modo que presenta el aspecto de una canasta; de los bordes laterales se proyectan tres eminencias que servían probablemente para anudar las cintas o fajas destinadas a sujetarla al cuello de la madre. Detrás de la cuna hay pintadas tres cintas o fajas longitudinales, blancas las de los extremos, y roja la del centro; de las cintas laterales se desprenden a su vez otras cintas que se dirigen hacia las prominencias laterales de

la cuna y que representan, sin duda, las cintas o asas de la misma.

"La fig. 5, tomada también de otro ejemplar de la misma colección Musante, es una representación análoga a la anterior. La cuna presenta aquí tres secciones bien marcadas: una central, honda, que es el lecho de la criatura; y dos laterales, planas, y pintadas de blanco. Posiblemente, estas representan la manta o frazada sobre la que acostaban a la criatura a fin de que el lecho fuera más blando. Como en la figura anterior, aparecen aquí las prominencias laterales; y los bordes que en aquella aparecen tan cuidadosamente representados, aquí son planos y lisos. En la cara posterior de la cuna se ve las tres cintas longitudinales así como las transversales que, como ya se ha dicho, servían para cargarla. El niño que la ocupa se presenta lujosamente ataviado. Está provisto de un gorro adornado con bandas longitudinales blancas, ornamentadas a su vez, con manchas negras. Luce orejas discoidales, y cubre su cuerpo un saquito cuyo borde está adornado con una franja cubierta de motivos geométricos, y ceñido al cuerpo por medio de un cinturón. Lleva además calcetines. Dos aberturas circulares aparecen a la altura de los brazos, destinadas a sujetar al niño en la cuna. (Ob. cit. p. 338).

Comentando esta información suministrada por la cerámica, dice la autora:

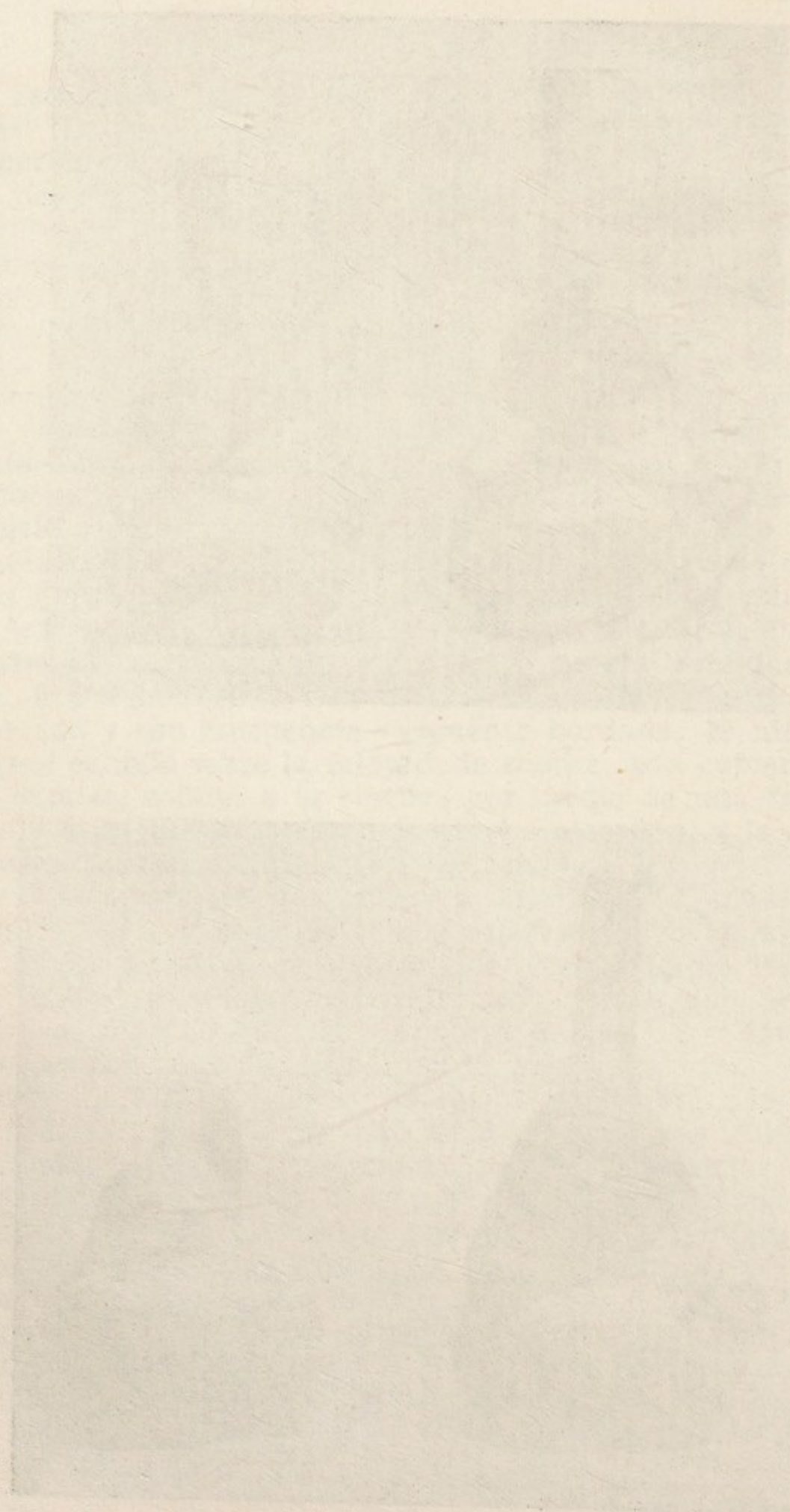
"Estas cunitas gracias a su condición de ser portátiles, podían ser colocadas no sólo en cualquier sitio del suelo, sino en la espalda de la madre mientras ejecutaba sus labores agrícolas o domésticas. Desempeñan ellas un rol muy importante en la crianza de los niños, por estar admirablemente adaptadas a las condiciones especiales en que se desenvolvieron las actividades de la madre indígena. Esta no habría podido desempeñar su doble función de madre y de colaboradora del marido, si hubiera tenido bajo su inmediato cuidado a sus hijos; fué por tanto una necesidad la construcción de tales cunitas, en las que la criatura pasaba la mayor parte del día, mientras la madre se dedicaba a otros trabajos" (Ob. cit.)

Estudiando las "diversas maneras de cargar a las criaturas", la señorita *Carrión* presenta los siguientes ejemplares cerámicos:

"La Fig. 6, que es la de un cántaro antropomorfo, procedente de Virú, representa una mujer sentada; con las piernas entrecruzadas; lleva sobre su regazo una tierna criatura. La madre tiene una fisonomía placentera. Su cabeza está ligeramente deformada. La mano derecha la apoya sobre la rodilla del mismo lado y con la izquierda sostiene la cabeza del niño a manera de almohada. Su vestido consiste en una larga túnica blanca adornada con círculos brunos. Lleva un collar formado por doble hilera de cuentas cilíndricas. Además, sobre la cabeza tiene un pañuelo o manto que le cae sobre la espalda. Dicho manto es quizá aquel que *Tschudi* designa con el nombre de *ña-ñaku* y que, según él, era una tela "con la que acostumbraban las indias de distinción cubrirse la cabeza; encima de la wincha, cinta que le rodeaba la cabeza reteniendo el pelo. Era aquella una tela fina de doble forro, entera o abigarrada y con frecuencia ricamente bordada. El niño que aparece echado sobre la falda de la madre, está cubierto por una camisa, ceñida a la cintura por medio de una faja; el cabello lo tiene sujeto con una wincha o cordón; y la cabeza como en los casos anteriores, deformada.

"Otro ejemplar que muestra una diversa manera de cargar a las criaturas es el que aparece reproducido en la Fig. 7, que es la de un cántaro del Museo Larco Herrera. Este interesante vaso representa una madre que lleva en brazos a un niño dormido. Aparece de pie. Sus facciones corresponden al tipo propiamente indígena. Su vestido consiste en un camisón o *cushma* que le cubre hasta más abajo de las rodillas, provisto de mangas largas. Una hermosa manta blanca, adornada con anchas fajas rojas transversales, cubre su cabeza y espalda; los cabos superiores se cruzan delante de la garganta y se anudan en la nuca; los cabos inferiores caen sueltos hasta el nivel del suelo. Lleva además, sobre la cabeza y por debajo del manto, un pañuelo sujeto a aquella por medio de dos cintas rojas que se entrecruzan en la frente. La criatura aparece desnuda, está dormida y reposa sobre el brazo derecho de





la madre; con la mano de este lado lo coge por la cintura y con la izquierda le sujeta las piernecitas. La cabeza parece deformada y está en parte cubierta por el manto de la madre.

“Una vasija que exterioriza otra de las formas más comunes de cargar a las criaturas es la que aparece reproducida en la Fig. 8. En este ejemplar se ha representado una mujer con el rostro esqueletizado; las órbitas y mejillas descarnadas; la nariz y boca mutilada; y la frente y entrecejo salientes; caracteres todos que le dan un aspecto claramente cadavérico. Un manto grande le cubre la cabeza y espalda. Con la mano derecha coge una vasija. Lleva, además, un manto pendiente del cuello, dentro del cual aparece un niño igualmente esqueletizado. Tal vez esta peculiar manera de figurar a la madre y al hijo, corresponda a la forma común de representar los cadáveres momificados; pues es sabido que estos desempeñaron un papel importante en sus creencias y prácticas religiosas. En la cerámica de Chicama y Nazca no sólo se encuentran representaciones aisladas de esqueletos, sino que, con relativa frecuencia, se hallan escenas en las que toman parte individuos mutilados o esqueletizados; todo lo cual debió guardar relación con sus creencias acerca de la muerte y de la vida de ultratumba. Este ejemplar ilustra quizá uno de estos casos. Sin embargo, es muy difícil conocer su significado; sólo podría asegurarse que no se trata como han creído algunos investigadores, entre ellos Tamayo, de representaciones de individuos con el rostro mutilado por alguna enfermedad como la uta, sino de cadáveres revividos por la fantasía religiosa; esto explicaría la frecuencia con que se presentan estos personajes mutilados y esqueletizados en el arte antiguo peruano. Este ejemplar tiene una doble importancia; por un lado nos da a conocer una forma corriente de cargar a las criaturas y, por otro, nos revela la asociación de madre e hijo aún en ultratumba.

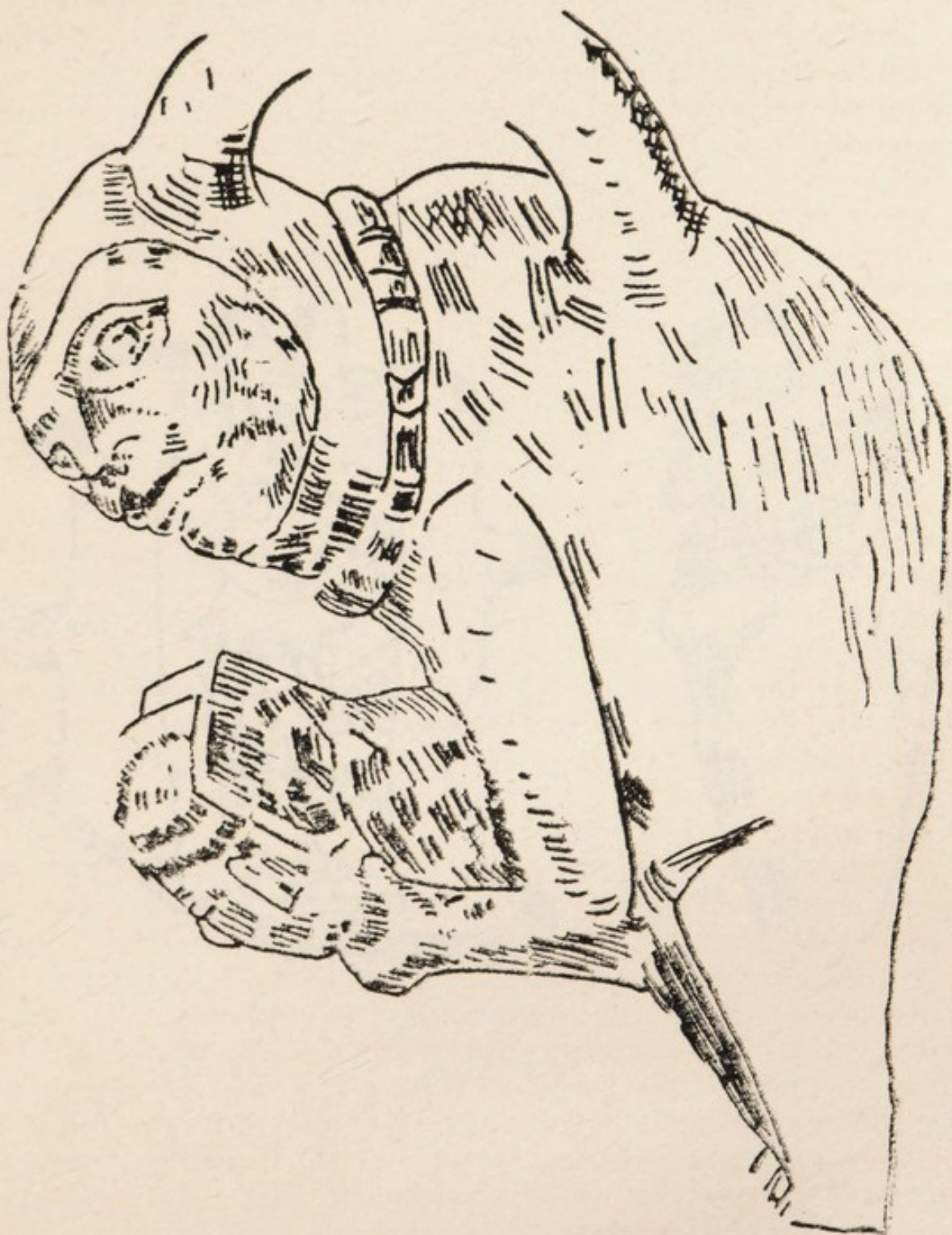
“Este tipo de representaciones de madre e hijo casi nunca falta en las colecciones de vasos procedentes de la región del Chimú, tal es el reproducido en la Fig. 9. Este cántaro representa una mujer joven que duerme, sentada sobre el suelo, en la forma como suelen hacerlo las in-

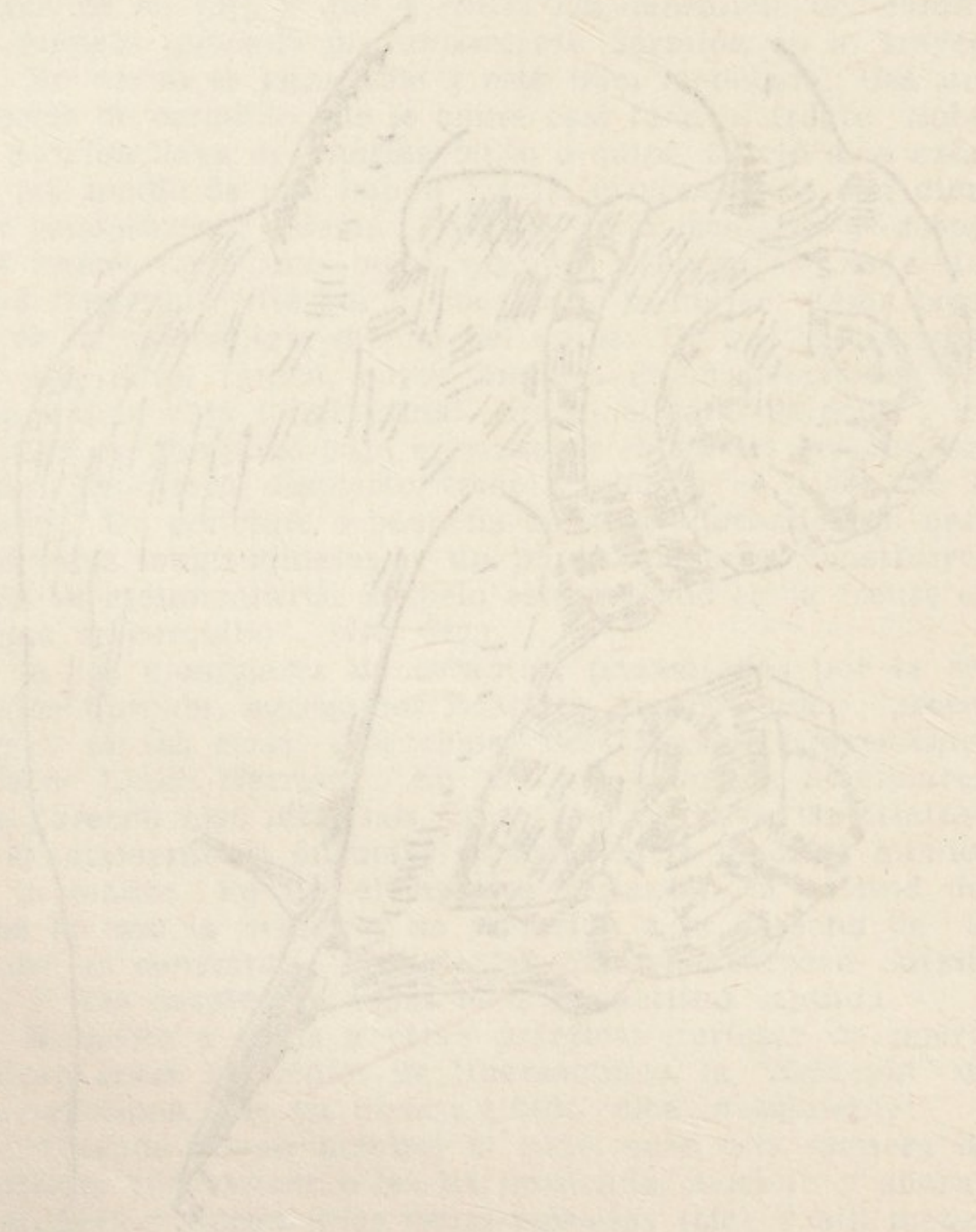
dias; tiene los brazos cruzados sobre el pecho. La mujer, a juzgar por su atavío, parece que estuviera de viaje en compañía de su hijo y que a causa del cansancio del camino se hubiera quedado profundamente dormida en el trayecto. Su rostro es agradable y está bien modelado. Usa una especie de cerquillo que le cubre casi toda la frente. Sobre la espalda lleva un enorme bulto o quipe, sujeto a la cabeza por medio de una banda o faja, ornamentada con dibujos geométricos. Además hacia el lado izquierdo y debajo del brazo, lleva una bolsa grande, voluminosa, cuya asa pasa diagonalmente por el cuerpo de la mujer; dicha bolsa es de la misma tela que la del quipe. Su vestido consiste en una larga túnica, cuyas mangas están adornadas por una banda roja longitudinal. Hacia el lado derecho y en actitud de cobijarse bajo el brazo de la madre, aparece un niño. Este está despierto como vigilando el sueño de la madre. Un ponchito o pequeña cushma adornado con bandas rojas longitudinales, y un pantalón corto, constituyen toda su indumentaria. Su pelo está cortado en la frente en forma de cerquillo". (Ob. Cit.).

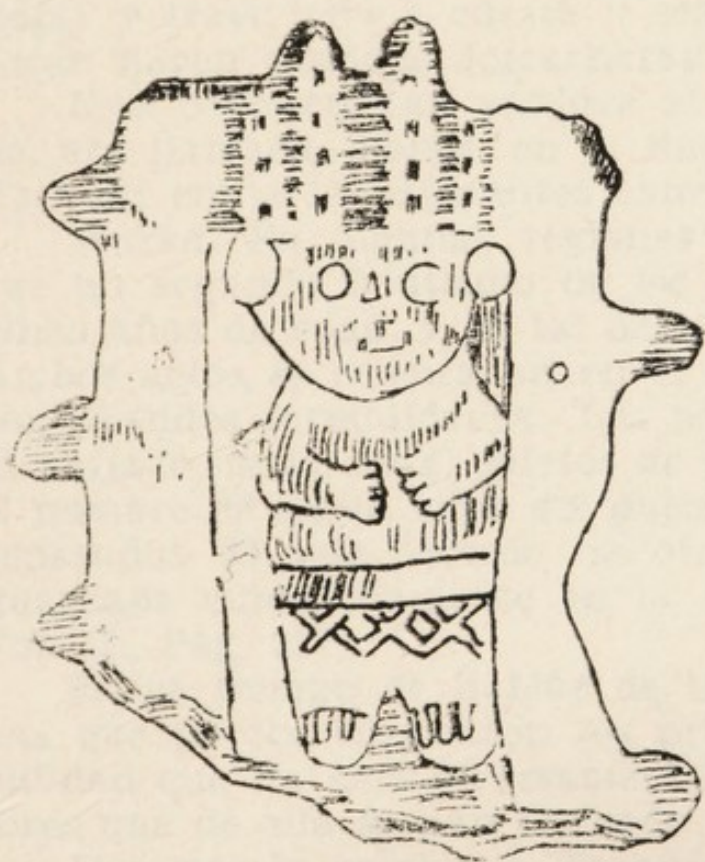
A los ejemplares de cerámica presentados por la señorita *Carrión*, agregamos nosotros algunos más, procedentes de las ricas colecciones del Museo Arqueológico "Víctor Larco Herrera". En los dos primeros ejemplares, que parecen casi idénticos, la actitud de llevar la criatura es exactamente la misma y es idéntica la placidez mimica de la madre. En los ejemplares restantes, la actitud del bebé es casi la misma y su situación a la derecha de la madre es constante. Tres de las madres aparecen dormidas y tres despiertas, todas ellas en actitud sentada.

Respecto a estas y otras prácticas curiosas de puericultura entre los indios de Huamachuco, la "Relación" de los Agustinos, que ya hemos citado, dice lo siguiente:

"Cuando ponen nombre al niño, ques una manera de bautismo quel demonio les ha mostrado, mochan y adoran a *Ataguju* y hacen unas como poleadas (sic) y allí meten la cabeza del niño o niña y pónenle nombre y este tienen por bautismo: aquí mochan por que el niño o niña no se muera ni sea perezoso en trabajar: ofrécenle las cosas ya dichas.









“Cuando el niño está grande, pónenle otro nombre y pónenle unos paños para atajar sus vergüenzas y entonces mochan y adoran otra vez a *Ataguju* para que le de fuerzas al moso y las cosas necesarias: entonces el mismo mata un coy y ofrece la sangre a la huaca y los demás hacen fiesta un día; y acabada la fiesta, ques beber y cantar, uno o dos de los más honrados hacen una plática a el moso diciéndole que no sea perezoso ni bellaco, sino que sirva a su padre y madre; y acabada la plática, dándole un poco de cibuya, ques como sogá desta tierra, porque de la cibuya ques como lino la hacen, para que comience a trabajar y traer leña a cuesta y sea hábil para el trabajo, y luego hacen grandes borracheras”. (Ob. cit.)

Esta práctica, tan análoga al bautismo del rito católico, era llamada *Warka*, en la ilustración de cuyo vocablo *Tschudi* emite los siguientes conceptos:

Warka. En algunas regiones se acostumbraba practicar un segundo bautismo de los muchachos de cuatro a cinco años de edad, y en tal ocasión se les cortaba el pelo. Ambos actos se celebraban en el círculo de los parientes y con grandes formalidades. Los padrinos regalaban ese día al ahijado, maíz, lana, objetos de plata, etc., y le agregaban el nombre de algún ídolo del pueblo o de alguno de sus antepasados. El pelo cortado se ofrendaba a la *waka* o se guardaba cuidadosamente en la casa”. (*Tschudi*: Ob. Cit., Vol. II., Pág. 237).

Es ya tiempo de hablar de las deformaciones craneanas que parece emplearon los primitivos peruanos con finalidad que ha sido diversamente interpretada por los autores que de ella se han ocupado.

Dejemos la palabra a *Tschudi*, uno de los más autorizados explotadores del interesante argumento:

“Sabido es que los peruanos incaicos tenían la costumbre, casi general, de dar a la cabeza de los recién nacidos cierta forma tradicional para lo cual se valían de varios modos (tablitas, vendas, fajas) empleándolas el tiempo necesario para que continuara sola su crecimiento, en la forma deseada, lo que acontecía desde los tres años en adelante. Se conocían cuatro formas de cráneo. La primera difería poco del cráneo normal y se llamaba *rumpu uma*

cabeza redonda. Después venía la cabeza ancha o achata-da, *palt'a uma*. Una tercera forma era la *wanka uma*, cráneo largo y angosto que se formaba por tablitas o palitos a los costados; y la cuarta *saytu uma*, la cabeza puntiaguda, de cuyo modo de deformación se tratará algo más.

“Cuando en un ayl'u se había adoptado una forma de cabeza o se le señalaba una cualquiera, no tenía nadie el derecho de adoptar otra a voluntad.

“El Corregidor *Juan de Ulloa Mogollón* que, en 1586, escribió una Relación Oficial de la provincia de *Kol'awas* en el sur del Perú (Relac. Geog. Pág. 40, 41) dice que esos indios llevaron la cabeza cubierta con lo que en su lenguaje llamaban *tsuko* y que eso sucedió hasta la visita que hizo el Virrey *Francisco de Toledo*. Era una especie de sombrero puntiagudo, tieso y sin ala ninguna. A fin de poderlo usar se ponía a los recién nacidos un sombrero de estos, de formato reducido y que les apretaba tan fuertemente la cabeza que esta tomaba poco a poco la forma larga y angosta y en punta hacia arriba. (Se puede uno figurar mejor lo que era este sombrero comparándolo con el forro de papel de un pan de azúcar). Parece que esta forma de cráneo en punta, *saytu uma*, era en memoria del volcán *Kol'awata*, del que estos indios, según sus leyendas, creían haber salido, y al que habían adorado y rendido culto como *awaka*. Ignoramos si se valían de otros medios de presión del cráneo de los niños o si conseguían darle esta forma tan sumamente extraña con sólo forzar la cabeza del chico, en esta especie de horma dura (sería de fieltro?).

“El Corregidor nombrado dice acerca de los niños del distrito cercano de *Kawana Kola*, esto: “Se diferencian mucho de los *Kol'awas* en la forma del cráneo, pues al recién nacido, hombre o varón, le atan la cabeza y se la ponen ancha y chata y muy fea y desproporcionada. Esto lo consiguen por medio de cordones blancos trenzados, con los que envuelven bien la cabeza y así lo aprietan”.

“Lo mismo hacían los indios “*Pal' tas* en el norte del Perú, vecinos de los kañaris. *Garcilaso* cuenta lo siguiente de ellos: “Esta nación tenía como distintivo la cabeza entablillada. A los recién nacidos se les ponía una tablilla en

la frente y otra en la parte posterior de la cabeza, amarrándolas fuertemente entre sí; cada día se ajustaba más las tablillas, acercándolas más una a otra, mientras que al niño se le obligaba a estar echado boca arriba y las tablillas no se quitaban hasta después de los tres años cumplidos y así salían cabezas muy feas". Cree *Garcilaso* que estas cabezas se llamaban *Palta Uma*, por su semejanza con la fruta *Palta*, que era muy abundante en esa provincia, pero al decir esto parece haberse olvidado completamente que en Ketsua la palabra *pal'ta* significa "llano" y que, por consiguiente, *Pal'ta uma* sería cráneo llano, chato, ancho.

"En la "Relación" el Corregidor dice más adelante que se prohibió a los indios bajo severas penas continuar deformando así los cráneos. En el Catecismo del Tercer Concilio Provincial Limense (Cap. C.) se dice que los *Kol'as y Pukinas* y varias otras naciones de los indios acostumbraban deformar las cabezas de los niños, entre otras muchas prácticas supersticiosas que tenían, que en algunos lugares las hacían muy largas y puntiagudas (*saytu uma*), correspondiendo a la forma de un gorro largo y puntiagudo que se llamaba *tsuku*, mientras que en otras partes las hacían chatas y anchas llamándolas *pal'ta uma*; y que además del daño que inferían a las criaturas con esta medida de fuerza, hacían sacrificios al Sol y a los ídolos.

"*Santa Cruz Pachacuti* comenta de modo curioso esta deformación del cráneo, pues dice (I. c. lib. p. 246) que el Inka *Manco Khápar* había mandado que se les amarrara la cabeza a los recién nacidos para que crecieran zonzos y amentes, pues los indios de cabeza grande y redonda eran muy emprendedores en todo, y en especial muy desobedientes. En la página 253 cuenta el mismo autor que el Inka *L'oke Yupanki* había dado orden a las naciones sometidas a su dominio, de apretar bien las cabezas de los niños, con envoltorios, para que por mucho tiempo tuvieran la frente comprimida (*wanka uma*) y que así saliesen sumisos.

"El motivo que *Pachacuti* alega por dos veces para esta formación del cráneo, tuvo, quizá, por base una dilatada experiencia en el sentido de que esas formaciones artifi-

ciales de la cabeza, volvían a los indios sometidos a ellas mucho más sumisos que los demás; y que semejante tratamiento de fuerza en el desarrollo de las partes más nobles del cuerpo humano puede perfectamente haber ejercido poderosa influencia en las funciones del cerebro. Aunque así no se consiga suprimir estas por completo, idiotizando a los individuos, lo cierto es que tenía que resultar una limitación de las facultades intelectuales.

“La costumbre de deprimir el cráneo subsistió por varias décadas después de la conquista y sólo ha desaparecido poco a poco, mediante las severas medidas que dictó el gobierno y las bulas de los Papas, hasta desaparecer del todo, sólo en el siglo XVIII.

“Surge la cuestión de si no se han perpetuado ciertos rasgos por efecto de la deformación uniforme y continua durante siglos, habiendo llegado por mi parte a la conclusión afirmativa.

“Fué en las minas de cobre de *Morokotsa* que vi por primera vez un indio de cabeza puntiaguda (*Tschudi*: Perú. Descripción de viajes, II, p. 364, edic. 1846). Después encontré un par, hermano y hermana, que presentaban *saytu uma kuna*, típicas. Tomando informaciones de ellos me dijeron que eran originarios de la provincia de Junín, teniendo sus padres y hermanos exactamente la misma forma de cabeza, lo mismo que muchos otros habitantes de su comarca. Se sorprendieron no poco de que me hubiera llamado la atención la forma de su cabeza. Preguntándoles después si las cabezas de las criaturas las metían en una horma o las amarraban, me dijeron terminantemente que nó. No tenía yo motivo alguno para dudar de la exactitud de sus afirmaciones. El tal indio de *Morokotsa* tenía un desarrollo normal espiritual, y esto me fué confirmado por el administrador de la mina; no es por lo mismo de extrañar que al fin se haya constituido un tipo constante y hereditario, por la deformación secular y artificial del cráneo y en lugares muy apartados, en los que la pureza de la raza se ha mantenido más tiempo y con más severidad. Pero también creo que ese tipo desaparecerá con el tiempo y el cruzamiento de las razas o que revertirá tanto a su forma natural que sólo se podrá descubrir algunos indicios

de la forma artificial, por medio de investigaciones científicas. No puedo asegurar terminantemente si en el día existen o no en el Perú las formas puras de los cráneos sencillos largos y de los chatos o anchos". (*Tschudi*: Ob. cit. II, p. 67).

El indio actual, en cuyas costumbres ha de buscar el folklorista la supervivencia, tantas veces admirable, de las costumbres del pasado, concede a la infancia los mismos pocos cuidados y el mismo poco regalo que les concedieran en tiempo de los Incas, al decir de *Garcilaso*. Ni aun en los climas menos templados se concede al cuerpo del recién nacido la caricia del baño tibio; todavía se acostumbra que la madre entibie en su cavidad bucal el agua con que se lava al niño cuando el estado de enfermedad de éste permite abrigar serios temores en el daño que pueda causarle el frío. En cambio ha sufrido modificación el concepto relativo al valor del agua serenada. El agua serenada o abandonada al sereno es considerada como peligrosa; en las poblaciones de la costa, en las cuales se habla menos del sereno, a esta agua se le llama agua dormida y se le considera idénticamente nociva para la salud del niño y aún para la salud de los adultos que se ven obligados a usarla.

Se mantiene el respeto por la *mollera* (fonatanela) y se considera que no debe ni tocarse el cráneo de las criaturas en tal región por el peligro de la muerte súbita que tal contacto puede determinar. Aquellas cunas de que habla *Garcilaso* no hemos tenido oportunidad de encontrarlas; las que hemos podido ver, tanto en la costa como en la sierra, están constituidas por un pedazo de tela burda y gruesa, armada a guisa de hamaca y de uno de cuyos lados pende una cuerda que sirve para imprimir a este lecho movimientos de vaivén.

Hemos visto, en poblaciones de la sierra, aquella actitud materna a que alude *Garcilaso* cuando refiere que era el niño y no la madre el que debía efectuar diversos movimientos para lactar; pero hemos visto con tanta o mayor frecuencia la madre que lacta a su hijo exactamente como lo hacen las madres de las otras razas.

Existe en la actualidad una cierta parsimonia en la lactancia de la madre india; pero no se excluye absoluta-

mente la posibilidad del llanto del niño por causa de hambre. Es peregrina la serie de interpretaciones que la madre india concede a los llantos de su hijo: hay el llanto por hambre, naturalmente; el llanto por frío; el llanto por deseo, etc. Se admite que la leche es causa de muchas enfermedades y que la leche es un alimento muy delicado, que no debe ser tomado inmediatamente después de otros muchos o inmediatamente antes de otros tantos.

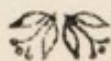
Como ya lo hemos manifestado en otra oportunidad, se mantiene la costumbre de colocar a los pequeños en ciertos agujeros especialmente hechos en tierra y dejándoles libres solamente la cabeza y los brazos para que puedan jugar con alguna libertad. También se conserva la envoltura merced a delgada banda de grandes dimensiones, en la cual es embutido el pequeño, que adquiere, por razón de esta envoltura cierto aspecto fusiforme.

Entre las actuales fiestas de la infancia entre el elemento indio, se cuentan la presentación del recién nacido a los parientes, ceremonia que en veces es ocasión de borracheras y en veces se realiza sencillamente. El bautismo católico ha desalojado a la fiesta de que hace mención *Garcilaso* a propósito del trasquilar de cabellos de los primogénitos. El destete se realiza sin fiesta alguna y se lleva a cabo merced a la adopción del acíbar o de una solución de quinina que se coloca sobre el pezón.

No se mantiene, que sepamos, la práctica de deformación craneana de que tan prolijamente se ocupara *Tschudi*. Este autor, que con tanto cariño ha recogido las informaciones de los Cronistas de Indias respecto a la prácticas de los *chucos*, ha hecho también la hermenéutica de dicha costumbre. No es del todo inadmisibles el fondo de la hipótesis formulada por *Pachacuti*; ya que ella no sólo traduciría la existencia discutible entre los antiguos peruanos de una doctrina anatomo patológica respecto a la vida psíquica y a su sede somática sino que traduciría la observación de la relación existente entre ciertos volúmenes y aspectos craneanos y la actividad psíquica. No es inadmisibles que quienes habían observado la pobreza mental de los microcéfalos y de otros sujetos portadores de deformaciones craneanas diversas, hubiesen procurado estas deformaciones

como recurso de obtener la inferioridad mental que a tales deformaciones acompaña tan frecuentemente. Y posible que estas deformaciones hubiesen representado un aspecto punitivo o preservativo de la ruda organización incana. Tal vez si los incas que sabían de las rebeldías invencibles de ciertas comarcas y de su indomable espíritu de protesta contra el yugo incano, hubiesen procurado evitar en lo porvenir estas rebeliones y estas protestas sangrientas reduciendo a los tales habitantes a una condición de inferioridad mental por imperfección de desarrollo de la calota craneana.

Tampoco es inaceptable la tesis de haber sido debidas tales deformaciones a un empeño de imitación de ciertos frutos: en la opulenta mitología incaica hubo, a no dudarlo, época más o menos larga de panteísmo avasallador durante la cual ciertos animales y vegetales fueron considerados como divinidades o como encarnaciones de la divinidad. En tal período cabe el deseo de imitar en alguna forma a tales vegetales divinizados o a tales frutos considerados genios tutelares o precursores.



VI

LA CIRUGIA

INSTRUMENTOS QUE SIRVIERON A LOS PRIMITIVOS PERUANOS Y QUE PUDIERON SERVIRLES CON FINALIDAD QUIRURGICA — SACRIFICIOS Y PUNICIONES EN QUE PUDO EVIDENCIARSE LA CAPACIDAD QUIRURGICA DE LOS ANTIGUOS PERUANOS — LA SANGRIA — LA TREPANACION

Pasaremos en revista, primeramente, las citas de autores relativas a ciertos instrumentos que careciendo de una finalidad quirúrgica pudieron ser adaptados a ella por los curanderos del antiguo Perú:

"Se cuenta que el Inga marchó contra los Guayllas y que Mama Guaco habiendo encontrado un indio de esta nación lo mató con un *tumi* o cuchillo de piedra que llevaba escondido entre sus vestidos; en seguida se embadurnaron con la sangre del huailla....." (*Cabello Balboa* Ob. cit. p. 11).

"Fueron (en época de Huayna Capac) los Collas los que sufrieron más en esta ocasión, pues esa nación no tenía más armas que los *ayllos*. Los pasteños los *degollaron* a su gusto y pusieron en completa derrota a los restantes....." (*Cabello Balboa*: Ob. cit. p. 90).

El inga (Huayna Capac), se afligió mucho con esta derrota y la muerte de muchos jefes que él quería, sobre todo de la de *Cunti Mollo*. Avanzó de nuevo y arrasó todo el país, quemando las casas, devastando las cosechas y *degollando* a todos los habitantes que encontraba a su paso. (*Cabello Balboa*: Ob. cit. p. 91)

"La palabra *ayllo* significa ordinariamente tribu; pero aquí indica dos bolas de piedra atadas por medio de una tira de cuero. Esta arma está todavía en uso entre los *Pampasa*" (Holguín: Vocabulario quichua, cit. en la nota de Urteaga a Cabello Balboa).

"Usaban braquecas" (Morúa: Ob. cit. p. 5). Urteaga cree que haya querido decir *broquetas*, especie de agujas para asar aves. (Se hace referencia a época preincana).

"*Curi Ocllo*..... encontró un indio de los poquis, y lo mató con cierta arma llamada *macana*, que llevaba secretamente y le abrió y sacó los bofes, los cuales henchió de viento y con ellos en la boca toda ensangrentada, entró en el pueblo". (Morúa: Ob. cit. p. 8).

Sarmiento, que también refiere este episodio correspondiente al origen de los Incas narrado igualmente por Cabello Balboa, considera protagonista del hecho a *Mama Huaco* y dice que el arma por ésta empleada fué un *haibinto*, "que es una piedra atada en una soga, con que ella peleaba" (Ob. cit. p. 13).

"a un lado de la dicha capilla tenía gran suma de armas, arcos, flechas, hondas, lanzas, lanzones, dardos, porras, espadas, broqueles, rodela, cascos, grebas y brazaletes, todo lo dicho de palo dorado o cubierto de cuero; y el palo de que hacían estas armas era muy recio, tostábanlo y a la punta hincaban pedernal o les ponían unos huesos de pescado *libija* que son como acero y enconados; las espadas eran de palo, con agudos pedernales hincados en él, que podían cortar un pescuezo de un caballo y aún entrar en el hierro y mellarlo. (Morúa: Ob. cit. p. 50)

"había cárcel pública donde los echaban a los malhechores con prisiones y trayéndolos por ciertas calles de esta gran ciudad, con pregones que manifestaban su delito y en el gato o Tianguéz, que es el mercado donde se junta gran concurso de gente, en uno como teatro, lo justificaban y descogotaban con una porra" (Morúa: Ob. cit. p. 62).

"Traían porras doradas, hondas, arcos, flechas, hachas y alabardas de plata" (Morúa: Ob. cit. p. 84) (Hace referencia a *Atahualpa*).

"No tenían necesidad estos Ingas de trinchantes por que cuando se guisaba el manjar lo picaban tanto y lo ha-





cían tan menudo que ni aún el *cuchillo* que ellos usaban hacía el oficio en la mesa" (*Morúa*: Ob. cit. p. 124).

"unos champis como machetes de muchas puntas y arroherían al enemigo mortalmente"... "Los de los vallestraían por armas unas hachetas y dardos de un palo llamado *chonta*" (*Morúa*: Ob. p. 151).

"Los canteros, por el semejante, no tuvieron más instrumentos para labrar las piedras que unos guijarros negros que llamaban *hihuana*, con que las labran machucando más que no cortando" (*Garcilaso*: Ob. cit. p. 157).

Urteaga, en nota explicativa a *Garcilaso* (vol. I. p. 157) dice: "Los antiguos peruanos no conocieron las tijeras, pero los yungas de la costa conocieron el uso y empleo de la aguja de cobre. Muchos ejemplares se han extraído de las tumbas de *Nasca* y *Pachacamac* y se ven en el Museo Prado y Ugarteche".

Veamos ahora algunas de las mutilaciones que los primitivos peruanos realizaban: ellas no constituyen exponente de una cirugía profesional; pero si son reveladores de una aptitud quirúrgica que conviene apreciar:

"sacaban los ojos al Señor o al Capitán que prendían" (*Morúa*: Ob. cit. p. 82).

"y así hizo (*Ausi Topa*) muchas empresas y presentes a su padre, así de cabezas como de corazones y otros presentes y riquezas que traía" (*Morúa*: Ob. cit. p. 82).

"el maestro no los castigaba a su albedrío y como quería, mas tenían limitada la jurisdicción....y si el maestro daba más que diez azotes y lo azotaran más que una vez al día, el Inga castigaba cruelmente al maestro, y por lo menos le mandaba cortar la mano derecha" (*Morúa*: Ob. cit. p. 124).

"Y los que heran haraganes o falsos testigos, mandaba este gran *Huayna Capac* en pena que le cortasen los artijos postrimeros de todos los dedos; y el que a otro cortaba algún miembro no solamente les daban la pena del Talion, que era tanto por tanto, más también le cortaban la mano o el ojo o algún oficial luego moría por ello de la persona de este gran Inga" (*Morúa*: Ob. cit. p. 151).

"Estaban siempre encerradas (en la 5ª casa de recogimiento) como en monasterio de donde jamás salían; a los

viejos o a los dichos pongos capaban y aún cortaban las narices y belfos, mataban a la que se empreñaba o tenía q' ver con hombre y el hombre que a ellas entraba colgaban de los pies" (*Morúa: Ob. cit. p. 207*).

"Al entrar de los templos o estando ya dentro, el más principal de los que entraban echaba manos de sus cejas, como arrancando los pelos de ellas, y que los arrancase o no, lo soplaba hacia el ídolo en señal de adoración y ofrenda; y esta adoración no la hacían al rey sino a los ídolos o árboles, u otras cosas donde entraba el demonio a hablarles" (*Garcilaso: Ob. cit. p. 102*).

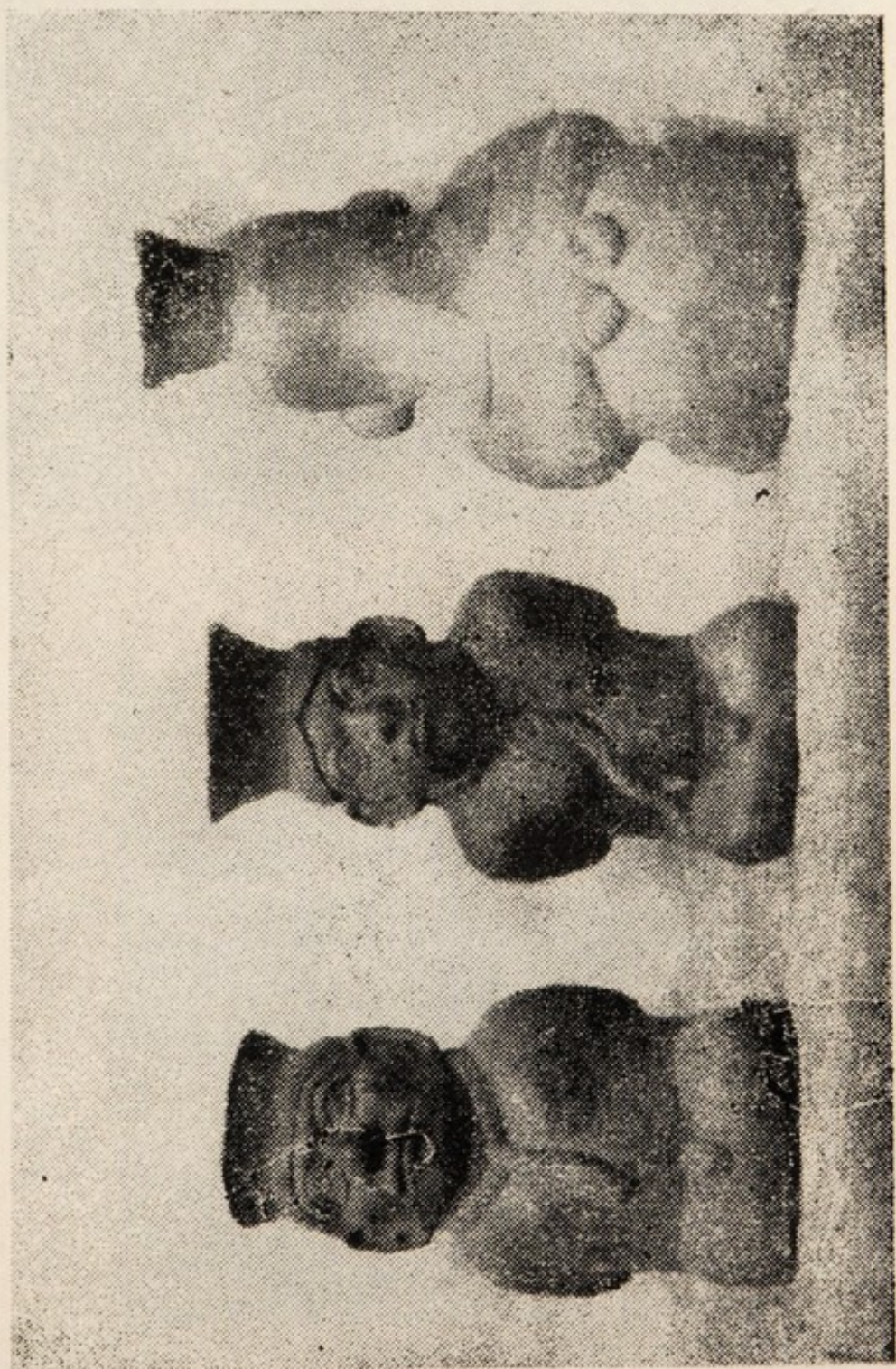
Refiriendo la rendición de los Collas a las huestes de *Mayta Capac*, dice *Garcilaso*:

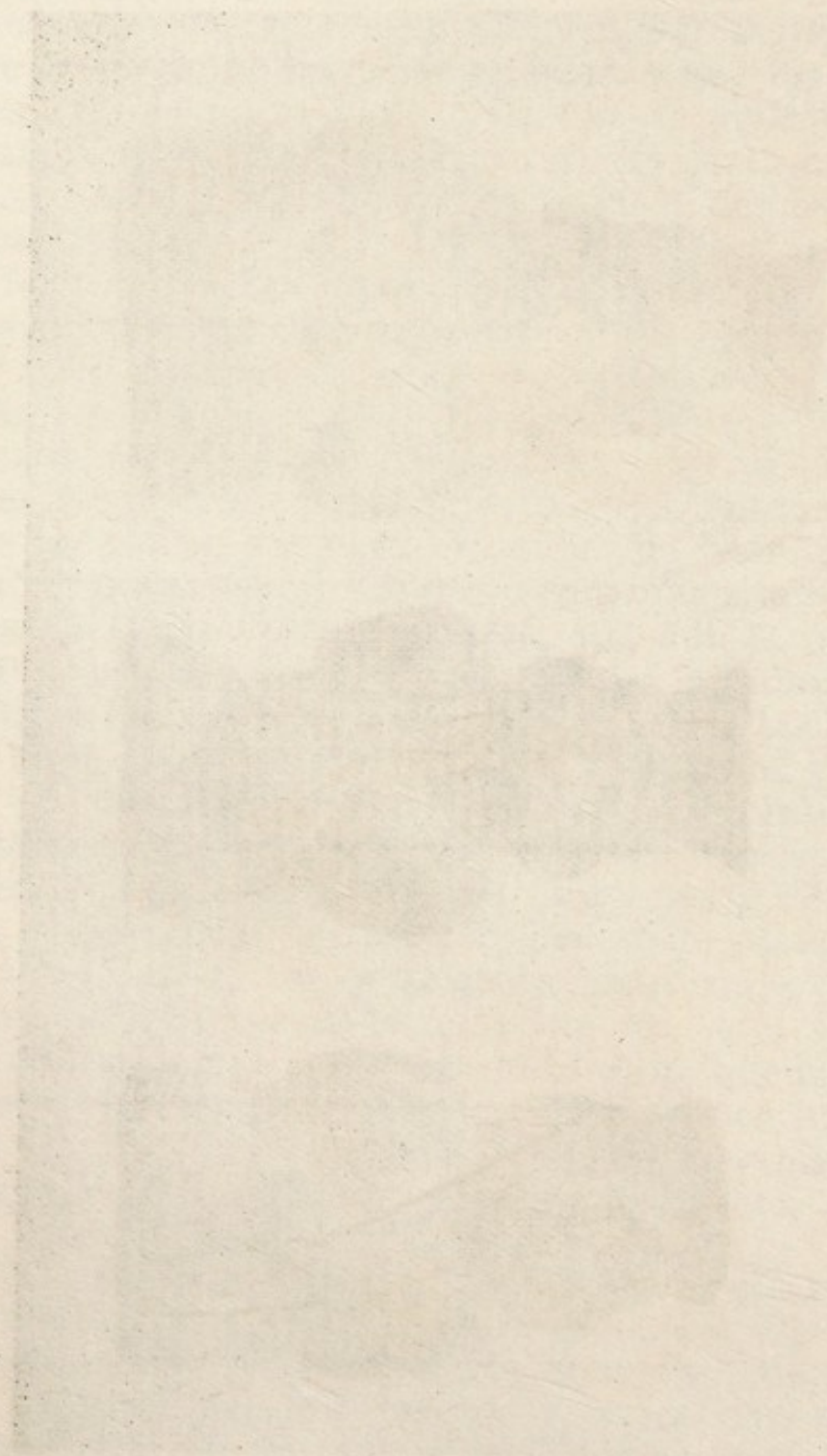
"Poco después salieron los soldados y luego fueron los capitanes y curacas, las manos atadas y sendas sogas al pescuezo en señal que merecían la muerte por haber tomado las armas contra los hijos del Sol, fueron descalzos, que entre los indios del Perú era señal de humildad con la cual daban a entender que había gran magestad o divinidad en el que iban a reverenciar" (*Ob. cit., vol. I., p. 166*).

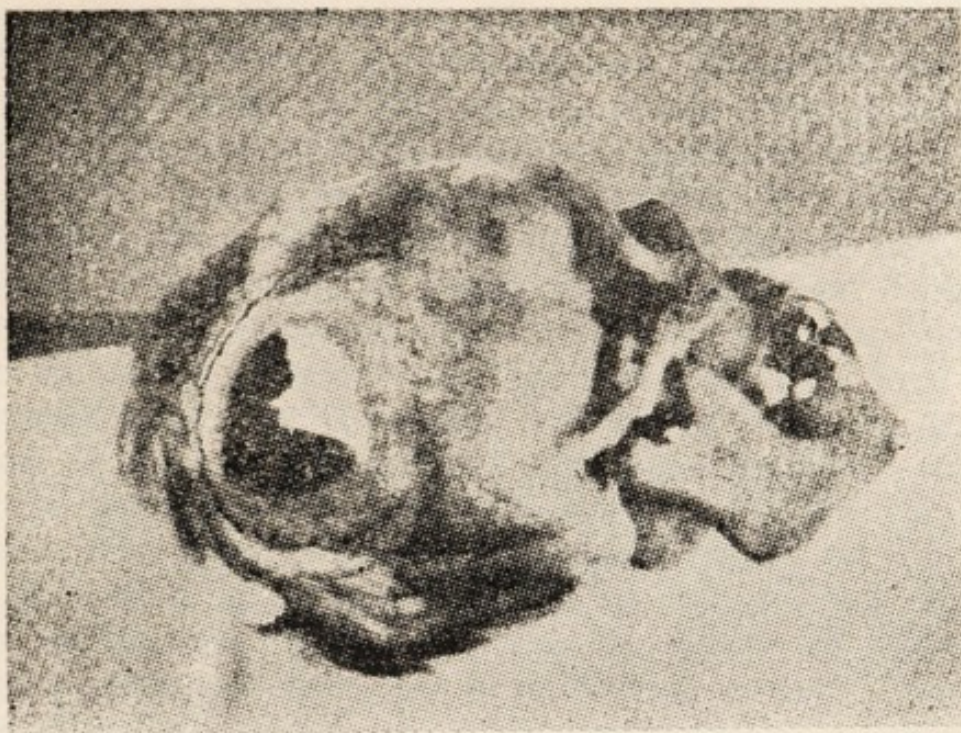
Por último pasemos en revista algunos sacrificios y prácticas en que aparece igualmente ostensible la que hemos llamado aptitud quirúrgica de los antiguos peruanos:

"La manera de este sacrificio de hombres y mugeres, muchachos y niños, era que, vivos les abrían por los pechos y sacaban el corazón con los pulmones y con la sangre de ellos, antes que se enfriase, rociaban el ídolo que tal sacrificio mandaba hacer, y luego en los mismos pulmones y corazón miraban sus agujeros, para ver si el sacrificio había sido acepto, y que lo hubiese sido o no, quemaban en ofrenda para el ídolo el corazón y los pulmones hasta consumirlos y comían al indio sacrificado con grandísimo gusto y sabor y no menos fiesta y regocijo, aun que fuese su propio hijo. (*Garcilaso: Ob. cit., vol. I. p. 34*).

"Los que viven en los Antis comen carne humana, son más fieros que los tigres.... Si cautivan alguno en la guerra o de cualquiera otra suerte, sabiendo que es hombre plebeyo y bajo, lo hacen cuartos y se los dan a sus amigos y criados para que se los coman o los vendan en las carnicerías. Pero si es hombre noble, se juntan los más principales







Cráneos que demuestran la operación
de la Trepanación.— Hallados en las
cavernas de Paracas.



Chances que dans la région
de la région, il y a
certaines de la région

con sus mugeres e hijos y como ministros del diablo lo desnudan, y vivo le atan a un palo, y con cuchillos y navajas de pedernal le cortan a pedazos, no desmembrándole sino quitándole la carne de las partes donde hay más cantidad de ella: de las pantorillas, muslos y asentaderas y molledos de los brazos y con la sangre se rocían los varones y las mugeres y hijos y entre todos comen la carne muy a prisa, sin dejarla bien cocer, ni asar, ni aun mascar; tragándose-la a bocados, de manera que el pobre paciente se ve vivo comido de otros y enterrado en sus vientres. Las mugeres (más crueles que los varones) untan los pezones de sus pechos con la sangre del desdichado, para que sus hijuelos la mamen y beban en la leche. Todo esto hacen en lugar de sacrificio, con gran regocijo y alegría hasta que el hombre acaba de morir. Entonces acaban de comer sus carnes con todo lo de dentro, ya no por vía de fiesta ni deleite como hasta allí sino por cosa de grandísima deidad; por que de allí adelante las tienen en suma veneración, y así la comen por cosa sagrada. Si al tiempo que atormentaban al triste hizo alguna señal de sentimiento con el rostro o con el cuerpo o dió algún gemido o suspiro, hacen pedazos sus huesos, después de haberle cogido las carnes, asaduras y tripas con mucho menosprecio los echan en el campo o en el río; pero si en los tormentos se mostró fuerte, constante y feroz, habiéndole comido las carnes con todo el interior, secan sus huesos con sus nervios al Sol y los ponen en lo alto de los cerros y los tienen y adoran por dioses y les ofrecen sacrificios" (*Garcilaso: Ob. cit. vol. I. p. 35*).

"En unas provincias desollaban los cautivos, y con los pellejos cubrían sus cajas de atambor para amedrentar sus enemigos; por que decían que en oyendo los pellejos de sus parientes luego huían (*Garcilaso: Ob. cit. vol. I. p. 37*)

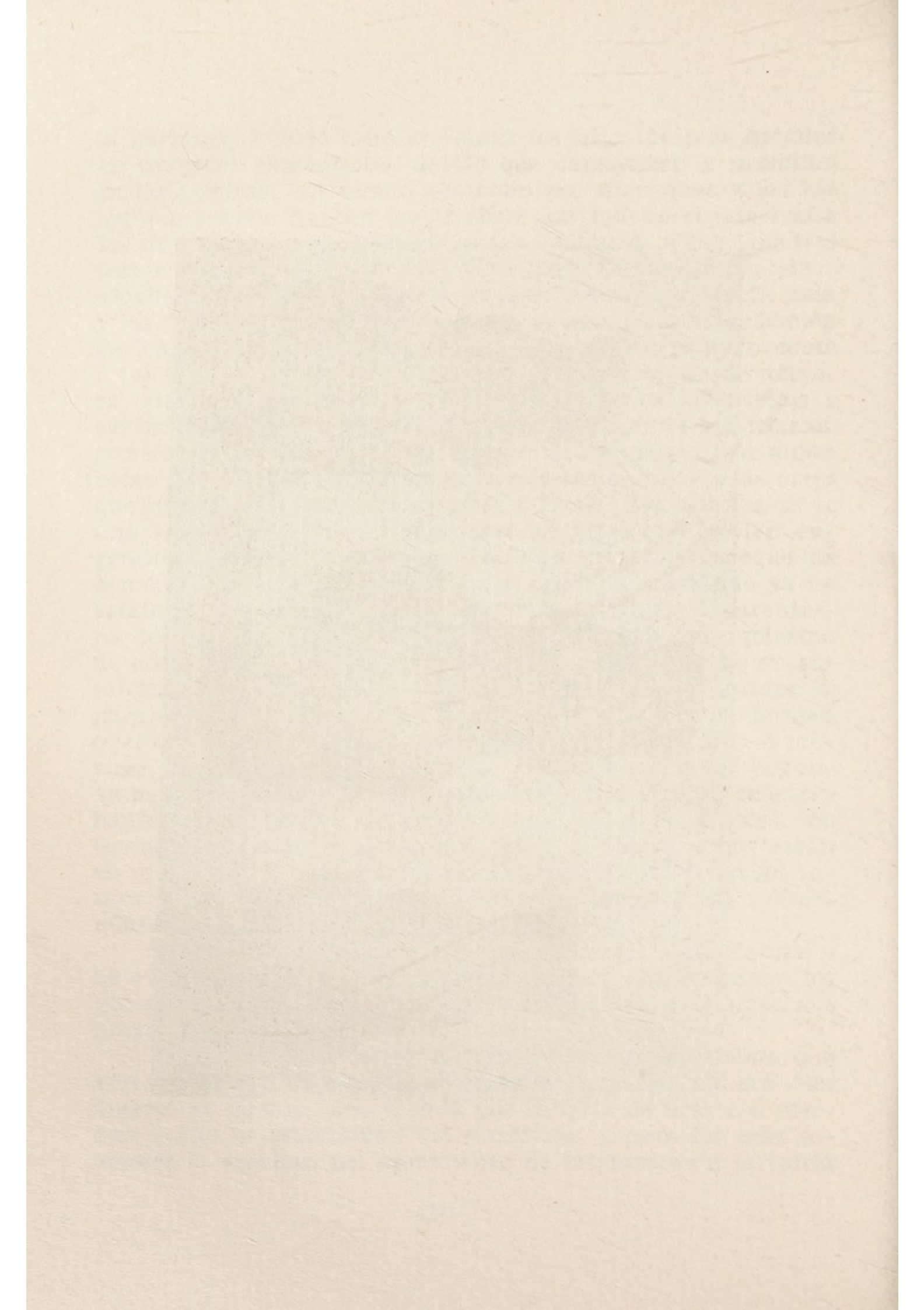
"En muchas provincias fueron amicísimos de carne humana y tan golosos que antes que acabase de morir el indio que mataban, le bebían la sangre por la herida que le habían dado y lo mismo hacían cuando le iban descuartizando, que chupaban la sangre y se lamían las manos por que no se perdiese gota de ella. Tuvieron carnicerías públicas de carne humana, de las tripas hacían morcillas y longanizas hinchándolas de carne por no perderlas. . . . Creció tanto es-

ta pasión que llegó a no perdonar los hijos propios habidos en mugeres extranjeras, de las que cautivaban y prendían en las guerras. Las cuales tomaban por mancebas y los hijos que en ella habían los criaban con mucho regalo hasta los doce o trece años, luego se los comían y a las madres tras ellos cuando ya no eran para parir. Hacían más, que a muchos indios de los que cautivaban les reservaban la vida y les daban mugeres de su nación, quiere decir de la nación de los vencedores, y los hijos que habían los criaban como a los suyos y viéndolos ya mozuelos se los comían, de manera que hacían seminario de muchachos para comérselos y no los perdonaban ni por el parentesco, ni por la crianza, que aun en contrarios y diversos animales suele causar amor, como podríamos decir de algunos que hemos visto y de otros que hemos oído. Pues en aquellos bárbaros no bastaba ni lo uno ni lo otro, sino que mataban los hijos que habían engendrado y los parientes que habían criado a trueque de comérselos; y los mismo hacían de los padres cuando ya no estaban para engendrar, que tampoco les valía el parentesco de afinidad. Hubo nación tan extraña en esta golosina de comer carne humana, que enterraba sus difuntos en sus estómagos: que luego que espiraba el difunto se juntaba la parentela y se lo comían cocido o asado, según le habían quedado las carnes muchas o pocas: si pocas, cocido; si muchas, asado; y después juntaban los huesos por sus coyunturas y les hacían las obsequias con gran llanto: enterrábanlos en resquicios de peñas y en huecos de árboles: no tuvieron dioses ni supieron que cosa era adorar y hoy están en lo mismo. Esto de comer carne humana lo usaron los indios de tierras calientes más que los de tierras frías". (*Garcilaso: Ob., cit. Vol. I., p. 38*).

Respecto a la operación que, a juicio del mayor número de autores, se contó en el número de las que practicaban los antiguos peruanos con una mayor frecuencia, *Garcilaso* nos proporciona los siguientes informes:

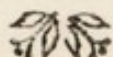
"Otros indios hubo no tan crueles en sus sacrificios, que aun que en ellos mezclaban sangre humana, no era con muerte de alguno, sino sacada por sangría de brazos o piernas, según la solemnidad del sacrificio; y para los más solemnes la sacaban del nacimiento de las narices a la junta





de las cejas y esta sangría fué ordinaria entre los indios del Perú, aun después de los Incas, así para sus sacrificios (particularmente uno como adelante diremos) como para sus enfermedades cuando eran con mucho dolor de cabeza" (Ob. cit., Vol. I., p. 36) .

"Es así que atinaron que era cosa provechosa y aun necesaria la evacuación por sangría y purga y por ende se sangraban de brazos y piernas sin saber aplicar las sangrias ni la disposición de las venas para tal o tal enfermedad, sino que habrían la que estaba más cerca del dolor que padecían. Cuando sentían mucho dolor de cabeza se sangraban de la junta de las cejas, encima de las narices. La lanceta era una punta de pedernal, que ponían en un palillo hendi-do, y lo ataban por que no se cayese, y aquella punta ponían sobre la vena y encima le daban un papirote, y así abrían las venas con menos dolor que con las lancetas comunes". (Garcilaso: Ob. cit., Vol. I., p. 144) .



VII

LOS CONOCIMIENTOS ANATOMICOS

LAS INFORMACIONES DE LOS CRONISTAS.— EL EMBALSAMAMIENTO DE CADAVERES.— LA PIEL CURTIDA.— LA CERAMICA Y SUS DATOS

A *Garcilaso* corresponden las siguientes informaciones relativas a la práctica peruana del embalsamamiento de cadáveres:

Refiriendo su personal visita al aposento que guardaba las momias de los Incas, dice:

"Los cuerpos estaban tan enteros que no les faltaba cabello, ceja, ni pestaña. Estaban con sus vestiduras como andaban en vida. Los llautos en las cabezas, sin más ornamento ni insignia de las reales. Estaban asentados, como suelen sentarse los indios y las indias; las manos tenían cruzadas sobre el pecho; la derecha sobre la izquierda, los ojos bajos, como que miraban al suelo. El P. M. *Acosta*, hablando de uno de estos cuerpos, que también los alcanzó Su Paternidad, dice libro sexto, capítulo veinte y uno: estaba el cuerpo tan entero y bien aderezado con cierto betún, que parecía vivo. Los ojos tenía hechos de una telilla de oro, tan bien puestos que no le hacían falta los naturales, etc. Yo confieso mi descuido que nos los miré tanto, y fué por que no pensaba escribir dellos; que si lo pensara mirara más por entero como estaban, y supiera como y con qué los embalsamaban, que a mi por ser hijo natural no me lo negaran, como lo han negado a los españoles que por diligencias que han hecho no ha sido posible sacarlo de los indios". (Ob. cit. Vol. II., p. 130).

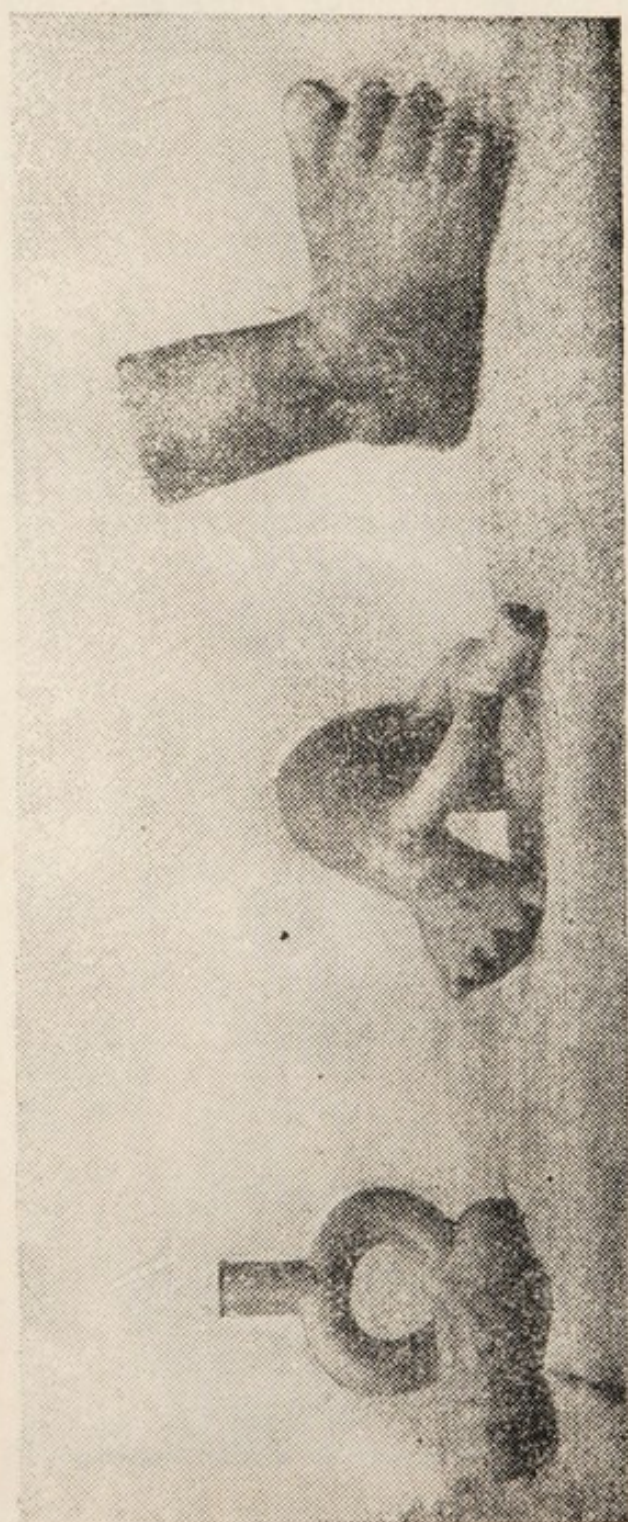
"El cuerpo difunto embalsamaban, que no se sabe cómo quedaban tan enteros que parecían estar vivos, como atrás dijimos de cinco cuerpos de los incas que se hallaron año de mil y quinientos y cincuenta y nueve. Todo lo interior dellos enterraban en el Templo que tenían en el pueblo que llamaron Tampu que está el río abajo de Yucay, menos de cinco leguas de la ciudad del Cosco" (Ob. cit., Vol. II., p. 145).

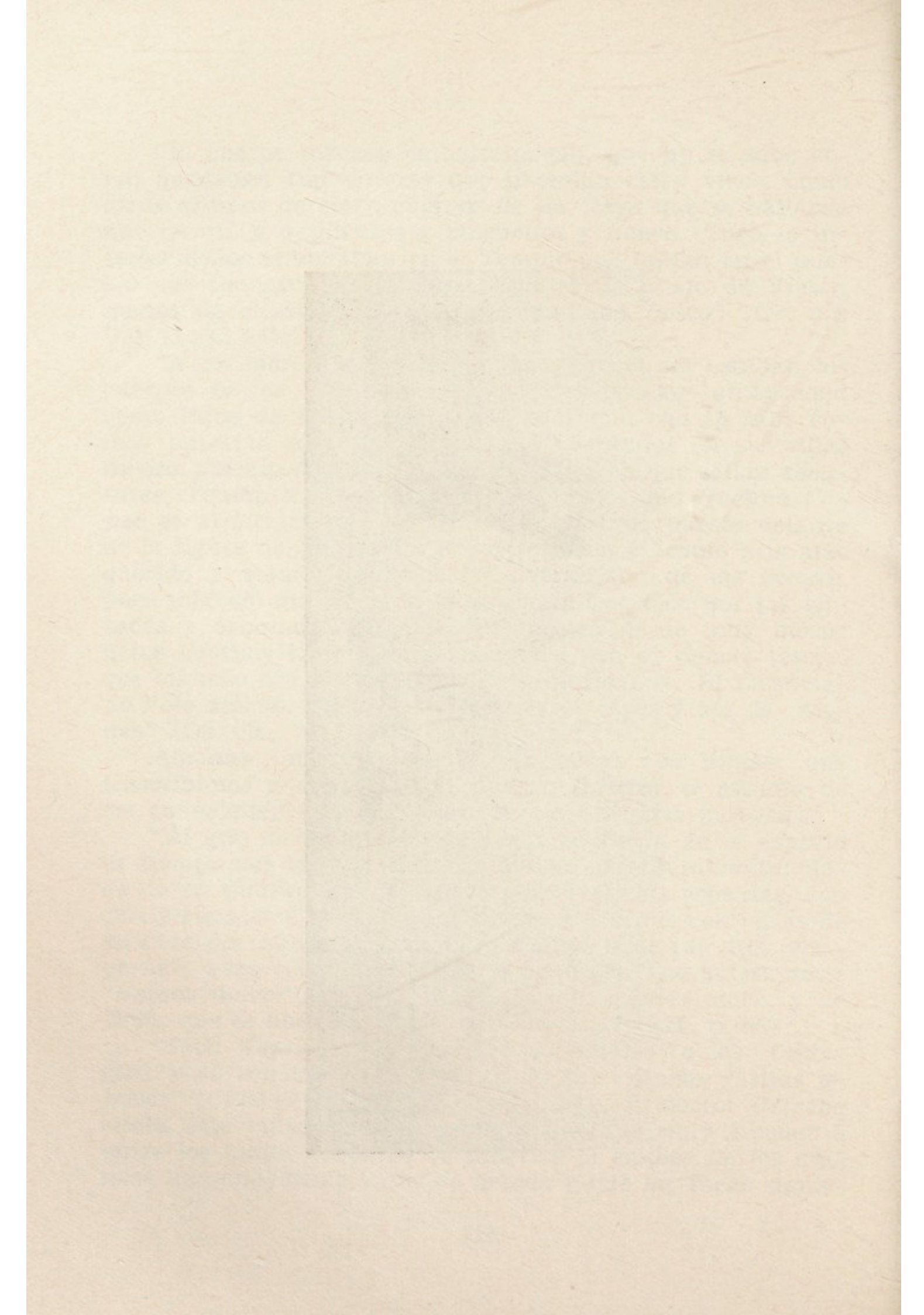
"A un lado y a otro de la imagen del sol estaban los cuerpos de los reyes muertos, puestos por su antigüedad como hijos de ese sol, embalsamados que (no se sabe cómo) parecían estar vivos: estaban asentados en sus sillas de oro, puestas sobre los tablones de oro en que solían asentarse. Tenían los rostros hacia el pueblo, sólo *Huayna Cápac* se aventajaba de los demás que estaba puesto delante de la figura del sol, vuelto el rostro hacia él, como hijo más querido y amado, por haberse aventajado de los demás; pues mereció que en vida le adorasen por dios por las virtudes y ornamentos reales que mostró desde muy mozo. Estos cuerpos escondieron los indios con el demás tesoro, que los más dellos no han parecido hasta hoy. El Licenciado *Polo* descubrió cinco dellos, tres de reyes y dos de reinas" (Ob. cit., Vol. I., p. 217).

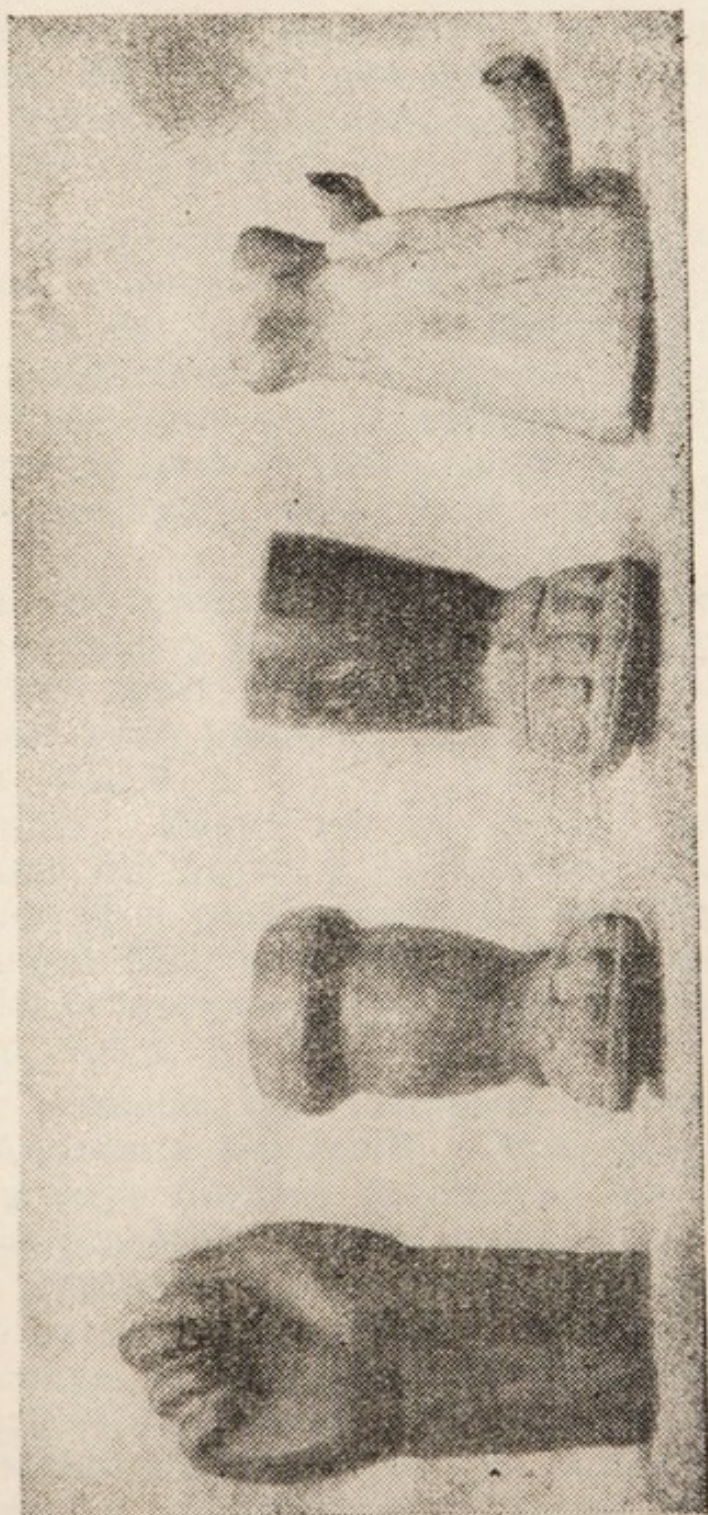
Algunas informaciones de Cronistas de Indias que trascribimos a continuación pueden ilustrar el estudio de los conocimientos anatómicos de los antiguos peruanos:

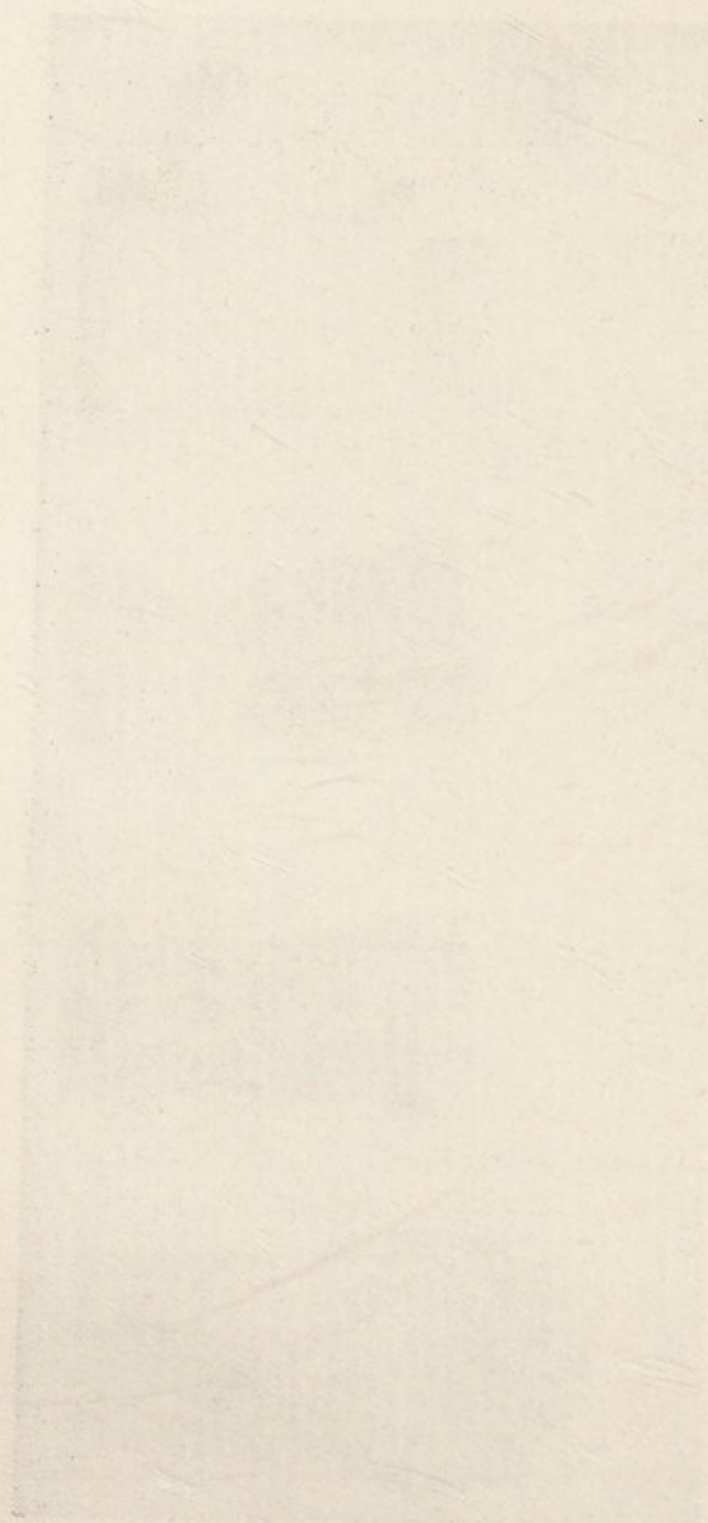
"Al que se descuidaba de regar su tierra en el espacio de tiempo que le tocaba, lo castigaban afrentosamente: dábanle en público tres o cuatro golpes en las espaldas, con una piedra, o le azotaban los brazos y piernas con varas de mimbre por holgazán y flojo, que entre ellos fué muy vituperado, a los cuales llamaban *Mizquitullu*, que quiere decir "huesos dulces", compuesto de *Mizqui*, que es dulce, y de *Tullu* que es hueso" (*Garcilaso*: Ob. cit. Vol. II., p. 65).

"*Inga Yupanqui* los condenó a muerte (a los Chancas) y en seguida mandó hacer de sus cráneos vasijas de beber" (*Cabello Balboa*: Ob. cit., p. 29). El doctor *Urteaga* anota este episodio manifestando que fué muy frecuente entre los indios bárbaros de América el empleo de los cráneos humanos como vasos de bebida y que los Incas siguie-









ron esta costumbre que repugnó a los mejores soberanos.

"*Guayna Cápac* sintió mucho la muerte de ese soldado (*Pinta*); pues hubiera deseado tener a su servicio un hombre tan valiente y tan hábil. No pudiendo tenerlo vivo quiso servirse de él después de muerto y ordenó desollarlo y hacer de su piel un tambor que serviría en el Cuzco en la fiesta de *Inti Raimi* o en las danzas en honor del sol" (*Cabello Balboa*: Ob. cit., p. 104).

"*Guayna Cápac* quiso visitar el país de los Pastos, de los *Quillacingas* y otras naciones de los alrededores" (*Cabello Balboa*: Ob. cit., p. 106). El doctor *Urteaga* ilustra este vocablo *Quillacinga*, en la siguiente forma: "*Quillacingas*, narices de luna, por la costumbre que tenían de colgarse una media luna de plata, como se ve en los huacos sacados de las necrópolis de los yungas en la costa ecuatoriana".

"las orejas tan grandes como los Incas las traían, que cierto eran increíbles a quien no las hubiese visto como yo y al que las viera ahora mismo (si las usan) se le hará extraño imaginar como pudieron agrandarlas tanto". (*Garcilaso*: Ob. cit., Vol. I., p. 71).

"este nombre *Maqui* que es "mano", comprende la mano y la tabla del brazo, y el molledo; lo mismo es del nombre *Chaqui*; que pronunciada llanamente como letras castellanas quiere decir pié: comprende el pié y la pierna y el muslo y por el semejante otros muchos miembros" (*Garcilaso*: Ob. cit., Vol. I., p. 93).

El doctor *Quesada*, dá término a su estudio titulado "Hacia una Anatomía Nacional" (Lima, 1919) con ciertas conclusiones a cuyo número pertenecen las siguientes:

"Entre las prácticas médico quirúrgicas, ni la trepanación, ni las empleadas en las momificaciones, ni otras, indicadas o supuestas por los autores, revelan un positivo adelanto anatómico de los indios; sólo la confección de las cabezas reducidas demuestra una preocupación morfológica en el sentido de conservar los rasgos propios de la persona muerta, y sus técnicas de conservación constituyen en verdad un paso preliminar hacia los modernos procedimientos de embalsamado.

"Las voces tomadas del quechua, cuyo valor intrínseco hay que establecer bien, demuestran que los indígenas de esta tierra trataban, en algunos vocablos, de significar las características de varios tejidos u órganos. Este aspecto del asunto es bastante aceptable bajo el punto de vista anatómico; pero, como hemos escrito, lo que esas voces no atestiguan es que dichos bautismos fueran para tejidos u órganos humanos, obligándonos a pensar que en el desenvolvimiento de la Anatomía entre nosotros, al par que lo ocurrido en los demás países, ha pasado un período zoológico primero, y han venido después los estudios cadavéricos humanos.

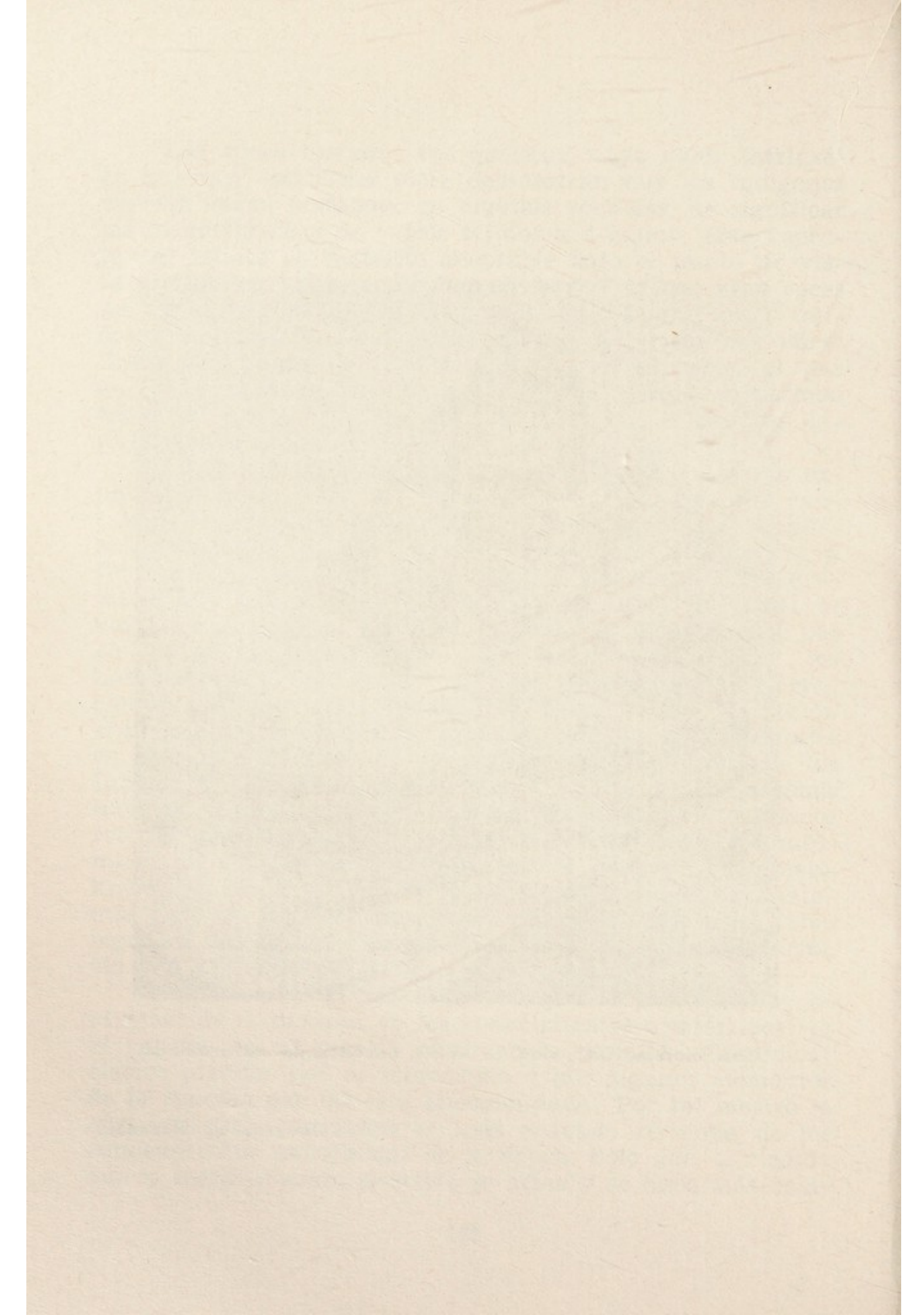
"En la cerámica incaica encontramos los mejores exponentes de los conocimientos en la materia con que contaban sus hábiles manufactores; conocimientos empíricos, sacados de la observación externa, anatomía hecha a flor de piel, con un realismo parcial y muchas veces grotesco, que dentro de la inspiración artística universal se vincula a la de otros avanzados pueblos, principalmente por su simbolismo hierático, pero que llevada a cabo por los habitantes del Perú antiguo no obtuvo las sublimes creaciones anatómicas de los antiguos griegos. La civilización chimú se destaca, en primera línea, como la más avanzada en este arte plástico. Los peruanos contemporáneos de los Incas representaron al comienzo animales y sólo después hicieron confecciones humanas, entre las que los huacos retratos constituyen los ejemplares de mayor valor anatómico. Existen casos representando el desnudo completo, brazos y piernos, dentro de la anatomía normal: en anatomía patológica encontramos mutilaciones diferentes, labio leporino, nariz doble, polida tilia, *pied bot*, parálisis facial, etc." (Ob. cit., ps. 71-73).

La anatomía de los incas corresponde a un período universal de la historia de los conocimientos anatómicos: es el período en el cual la observación permite diferenciar ciertos órganos por su morfología y por algunos elementos de la función que les está encomendada. Por tal motivo la obra artística constituye el más acabado resumen de los conocimientos anatómicos de la época. Sólo que, a medida que la manifestación artística se afina y se hace más com-



Una momia, tal como se le ha encontrado enfardelada.

(Caverna de Paracas)

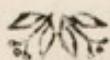


pleja, la estilización despista en cierto modo la concepción y no traduce con nitidez la realidad percibida.

Hemos cuidado de ilustrar este capítulo con algunos fragmentos de cerámica nazca y chimú: en los correspondientes a la primera la estilización adquiere límites verdaderamente admirables; la chimú se mantiene a pesar de sus simbolizaciones ideográficas, más cerca de la realidad. Los alfareros de la región chimú, como sus colegas nazcas, realizaron su obra en torno a un núcleo gráfico, que fué al que concedieron mayor importancia, a veces exclusiva, descuidando los detalles, en forma tal que, por la desarmonía con el resto de la obra, revela el descuido *ex-profeso*.

También por corresponder a la observación atenta, ciertos momentos fisiológicos fueron tan hábilmente interpretados por los alfareros del antiguo Perú: en la expresión gráfica de las actitudes hay verdaderos aciertos, que no desdeñarían nuestros más hábiles pintores contemporáneos. Y sucede otro tanto con la expresión mímica, que en los cerámicos retrato, adquiere una nitidez admirable, reveladora del conocimiento que los alfareros del primitivo Perú tuvieron de los elementos anatómicos y fisiológicos que intervienen en la traducción mímica de los estados de ánimo.

Esta expresión mímica, respecto a la necesidad de cuyo estudio indiqué la conveniencia y los provechos el año de 1915 (*Valdizán*: "La alienación mental entre los primitivos peruanos"), ha sido objeto de estudio, bien que ligero, del doctor *Urteaga*, quien no ha contemplado la cuestión desde un punto de vista anatomo-fisiológico y sí más bien desde el punto de vista de la anatomía artística (*Urteaga*: "Bocetos históricos". 2a. serie, Lima, 1919, p. 57).



En la historia de la literatura hispanoamericana, el autor de este libro, don Juan José Arreola, es un nombre que merece ser recordado. Su obra, que abarca desde la poesía hasta la prosa, es una muestra de su gran talento y de su profunda comprensión de la realidad. En este libro, Arreola nos presenta una serie de ensayos que reflejan su pensamiento y su visión del mundo. Los temas que trata son variados, pero todos ellos están relacionados con la cultura y la sociedad de su tiempo. Su estilo es claro y directo, lo que hace que sus escritos sean fáciles de leer y de entender. Este libro es una excelente introducción a la obra de Arreola y a la literatura hispanoamericana en general.

El libro "Ensayos" de Juan José Arreola es una obra que merece ser leída por todos aquellos que se interesan por la literatura y la cultura hispanoamericana. En este libro, Arreola nos presenta una serie de ensayos que reflejan su pensamiento y su visión del mundo. Los temas que trata son variados, pero todos ellos están relacionados con la cultura y la sociedad de su tiempo. Su estilo es claro y directo, lo que hace que sus escritos sean fáciles de leer y de entender. Este libro es una excelente introducción a la obra de Arreola y a la literatura hispanoamericana en general.

Este libro es una excelente introducción a la obra de Arreola y a la literatura hispanoamericana en general. En este libro, Arreola nos presenta una serie de ensayos que reflejan su pensamiento y su visión del mundo. Los temas que trata son variados, pero todos ellos están relacionados con la cultura y la sociedad de su tiempo. Su estilo es claro y directo, lo que hace que sus escritos sean fáciles de leer y de entender. Este libro es una excelente introducción a la obra de Arreola y a la literatura hispanoamericana en general.

VIII

LA OFTALMOLOGIA.— LA ODONTOLOGIA

LA CONJUNTIVITIS DE YAHUAR HUACAC.— LA PIEDRA QUE “LLORO SANGRE”.— LA FRECUENCIA DE LA CEGUERA REPRESENTADA EN LOS CERAMICOS PERUANOS.— LA ODONTOLOGIA PUNITIVA.— LA MECANICA DENTAL.

La más curiosa información de los Cronistas de Indias respecto a la Oftalmología precolombina es relativa a la conjuntivitis que la mayor parte de los autores la presentan en uno de los monarcas y que alguno de ellos la presenta aun en una piedra.

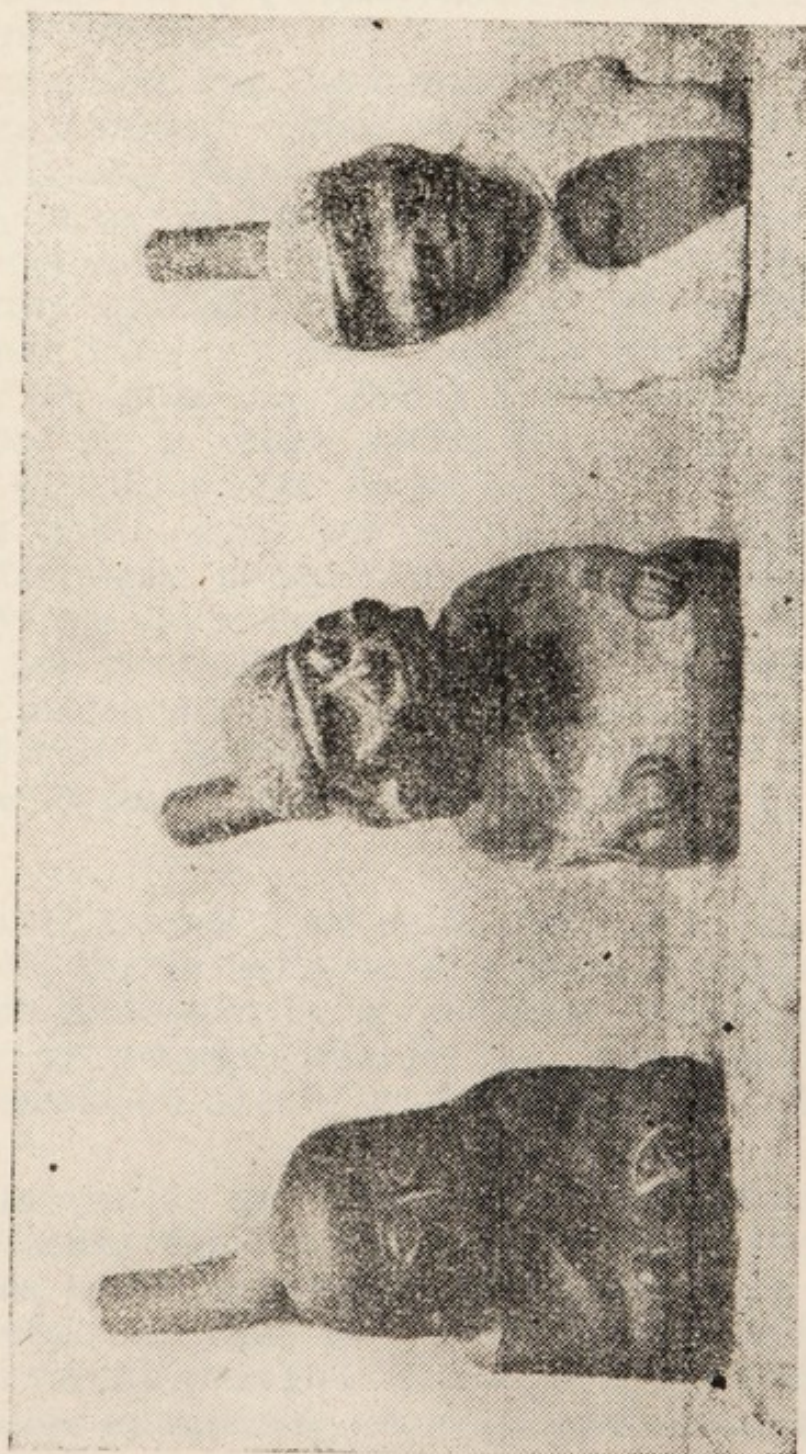
Respecto a la regia conjuntivitis las informaciones dicen así:

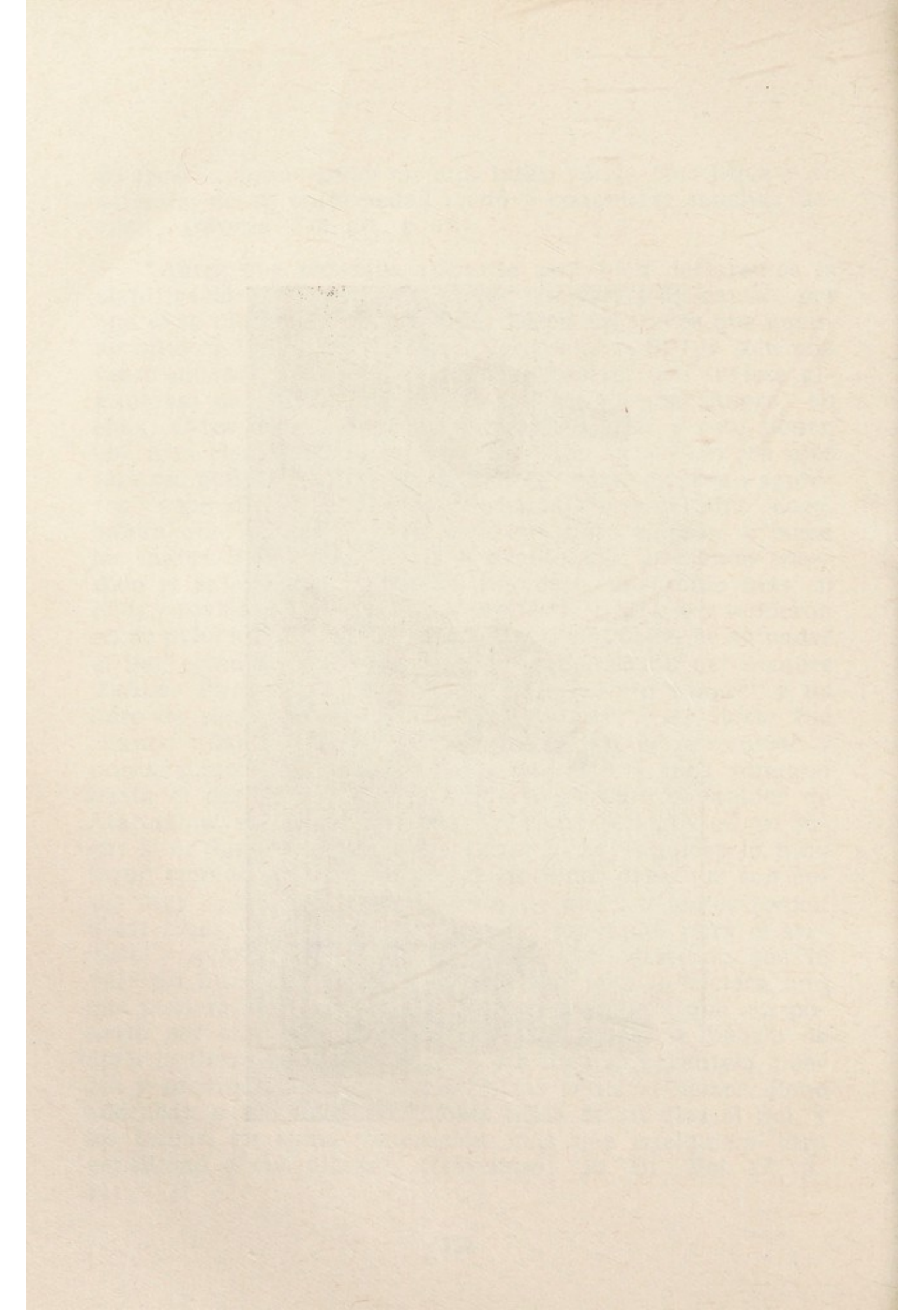
“Durante la infancia de *Yaguar Huácac* algunos jefes de los alrededores del Cuzco, habiendo penetrado en esa ciudad, lo robaron de su cuna y lo llevaron a su tierra. Pero, mientras celebraban su victoria con una orgía, el joven príncipe derramó, dicen, *lágrimas de sangre*. Los rebeldes espantados de ese prodigio, lo miraron como un mal presagio, y se apresuraron a devolverlo a su padre y le ofrecieron sumisión. Por todas partes esparcieron la noticia de este raro acontecimiento, que hizo dar al príncipe el nombre de *Yaguar Huácac* o “el que llora sangre” (*Cabello Balboa*: Ob. cit., p. 24).

“siendo muchacho (*Yahuar Huácac*) le hurtaron los enemigos y le llevaron a Vilcabamba donde lo quisieron matar y lloró *lágrimas de sangre*, por lo cual lo dejaron junto a los quichuas, dó era natural y de allí fué a los Llanos a curarse de su enfermedad, y se hizo la fortaleza del

Huarco... donde hubo en una india yunga tres hijos y en sanando de su enfermedad envió a conquistar muchas tierras". (Morúa: Ob. cit., p. 18) .

"Antes que pasemos adelante será bien declaremos la significación del nombre *Yahuar Huácac*, y la causa por que se lo dieron a este príncipe. Dicen los indios que cuando niño de tres a cuatro años, *lloró sangre*. Si fué sólo una vez o muchas, no lo saben decir: debió ser que tuviese algún mal de ojos y que el mal causase alguna sangre en ellos. Otros dicen que nació *llorando sangre*, y esto tienen por más cierto. También pudo ser que sacase en los ojos algunas gotas de sangre de la madre, y como eran tan agoreros y supersticiosos, dijeron que eran lágrimas del niño: como quiera que haya sido certifican que *lloró sangre*; y como los indios fueron tan dados a hechicerías, habiendo sucedido el agüero en el príncipe heredero, miráronlo más en ellos y tuviéronlo por agüero y pronóstico infelice y temieron en su príncipe alguna gran desdicha o maldición de su padre el Sol, como ellos decían. Esta es la deducción del nombre *Yahuar Huácac*; y quiere decir "el que llora sangre" y no *lloro de sangre* como algunos interpretan; y el, llorar fué cuando niño y no cuando hombre, ni por verse vencido y preso, como otros dicen, que nunca lo fué inca ninguno hasta el desdichado Huáscar que lo prendió el traidor de Atahualpa, su hermano bastardo, como diremos en su lugar si el Sumo Dios nos deja llegar allá. Tampoco lo hurtaron cuando niño, como otro historiador dice, que son cosas muy ajenas de la veneración en que los indios tenían a sus incas, ni en los ayos y criados diputados para el servicio y guarda del príncipe había tanto descuido que lo dejaran hurtar, ni indio tan atrevido que lo hiciera aun que pudiera: antes si tal imaginara entendiera que sin ponerlo por obra, sólo por haberlo imaginado, se habría de abrir la tierra y atragárselo a él y a toda su parentela, pueblo y provincia; por que como otras veces lo hemos dicho adoraban a sus reyes por dioses hijos de su dios el Sol, y los tenían en suma veneración más que cualquiera otra gentilidad a sus dioses". (Garcilaso: Ob. cit., Vol. II., p. 34) .





En estas relaciones están consignadas las dos hipótesis de índole histórica respecto a la época de la vida y a las circunstancias en que tuvo lugar el accidente oftálmico que le dió nombre al Inca *Yahuar Huácac*. La hipótesis oftalmológica más generalmente aceptada es en favor de la conjuntivitis.

La información que copiamos en seguida, debida a *Morúa*, es seguramente o una corrupción fabuladora de la leyenda de *Yahuar Huácac* o una forma de perpetuación de la misma, ya que el llanto de sangre del monolito a que hace referencia el autor es perfectamente inaceptable:

“Este gran infante y capitán *Inga Vrcon* fué hijo del gran *Viracocha Inga*, era muy valeroso capitán....el cual mandó traer de Quito una piedra que se trajo con excesivo trabajo por ser la dicha piedra grandísima, que tendrá tres estados de alto y ocho pasos de largo; y dicen que la dicha piedra habló antes que llegasen los indios con ella a la dicha fortaleza, diciendo *saycunin*, que quiere decir “canséme”, y que *lloró sangre* y que por esta razón tiene por nombre hoy día la Piedra Cansada; y después de traída la dicha piedra mataron a este valeroso infante y capitán *Inga Vrcon*”. (*Morúa*: Ob. cit., p. 64).

El doctor *Urteaga*, anota este episodio en la siguiente forma:

“La Piedra Cansada. Así se le llama a un monolito de piedra labrada que se halla en el camino a Ollantaytambo como a medio kilómetro de la fortaleza. Quedó allí abandonada por sus transportadores que, seguramente, trataban de emplearla en algún aparejo del célebre monumento”.

Las oftalmopatías no debieron ser raras entre los primitivos habitantes del Perú y la ceguera, la forma más grave de ellas debió ser relativamente frecuente, a juzgar por las veces en que se halla representaciones de ella en la cerámica peruana. Ofrecemos, a título de ilustración, algunos ejemplares de estos cerámicos, en el primero de los cuales el artista alfarero ha representado muy hábilmente la placidez mímica que con tanta frecuencia se observa en los ciegos.

Respecto a la obra de estos en la colectividad incana, dice *Garcilaso*:

“El oficio propio de los ciegos era limpiar el algodón de la semilla o grano que tiene dentro en sí, y desgranar el maíz de las mazorcas en que se cría”. (Ob. cit., p. 87, Vol. II).

El estudio del folklore ofrece las siguientes informaciones:

Hay, en primer lugar, un término muy amplio, el de “mal de ojos” que etiqueta las más variadas oftalmopatías. De este gran grupo sólo han sido separados el orzuelo, las nubes y el surumpi. El orzuelo es el chalazion, las nubes son las keratitis y el surumpi es la oftalmía de las nieves.

El orzuelo es considerado como debido a un factor de origen netamente hispánico, ya que se cree que se produce esta incómoda afección cuando el sujeto que es víctima de ella ha contemplado un cuerpo desnudo de persona del sexo opuesto. En su terapéutica, emplea la medicina popular el agente térmico, en forma de aplicación de objetos muy fríos o muy calentados y en el número de estos últimos se cuenta uno de origen incano: el excremento del cui.

Las informaciones de los Cronistas de Indias relativas a la Odontología entre los primitivos peruanos, nos presentan algunas prácticas que podrían ser tomadas como precursoras remotas de dicha ciencia y que se refieren a las extracciones de piezas dentarias como práctica punitiva, al uso de los dientes como elemento de diversos trofeos y, por último, a la fabricación de piezas dentarias artificiales, hechas en oro, aun cuando ésta última práctica sólo hubiese tenido lugar en animales.

Las informaciones a que queremos referirnos son las que siguen:

Haciendo pormenorizada relación de una de las muchas fiestas de los antiguos peruanos, dice *Molina*:

“Concluido lo qual se asentauan todos por sus parcialidades, los de Anancuzco y Hurincuzco, tenían ya aparejados vnos leones desollados y las cauecas vacías teníanlas puestas en las orejas vnas orejeras de oro, y en lugar de los dientes, que los auian sacado, les ponian dientes de

oro.... Llamauan estos leones *Hillacunya chuquicunya*". (Ob. cit., p. 74) .

Esta es la información relativa a la mecánica dental entre los incas. Ella no ofrece absolutamente nada de inverosímil. Si observamos el fragmento de cerámica chímú que ilustra estas páginas, podemos darnos cuenta de que la observación del artista alfarero había tomado en debida consideración las piezas dentarias que aparecen ostensibles en la boca ampliamente abierta del animal. Y si pensamos en la prolijidad admirable de los trabajos en oro que nos han legado los antiguos peruanos, consideraremos igualmente probable la fabricación de las piezas dentarias a que alude *Molina*.

Refiriendo las conquistas de *Inga Yupanqui*, dice *Morúa*:

"Bajó (*Inga Yupanqui*) conquistando todas las tierras comarcanas hasta Quito y los Cañares y Huancavilcas, a los cuales hizo por remisos dar saco y *sacar los dientes*" (Ob. cit. p. 23) .

"A los huancavilcas mandó (*Inga Yupanqui*) *sacar los dientes* a los que las tomaban (las armas) sin licencia del Inga (Ob. cit. p. 146) .

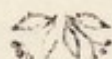
Si esta práctica de cirugía dental era punición frecuente, es de creer que ella tendría sus prácticos especializados en tal operación punitiva, verdaderos precursores del dentista moderno, a menos que tal operación, llevaba a cabo con finalidad exclusivamente punitiva hubiese sido realizada sin el menor cuidado y en forma que en vez de representar una extracción de dientes hubiese sido más bien una destrucción traumática de piezas dentarias.

Los dientes "trofeos" son mencionados en los siguientes informes debidos a *Cabello Balboa* y a *Morúa*:

Refiriendo el primero de los nombrados las empresas bélicas de *Topa Inga*, dice: "Llegaron, en seguida, a la nación de los monobambas, salvajes que para engalanarse se ennegrecen los labios y los *dientes* con el jugo de diferentes plantas, lo que les daba un aspecto muy extraño" (Ob. cit. p. 62) .

"Estos caribes chunchos comen carne humana y traen los *dientes* con los cabellos de los que matan por collares, y

sacrifican gran suma de hombres y mujeres, por que naturalmente son gente sin piedad y no tienen vergüenza, por que son de pésimos deseos, y por ser gente tan endemoniada, o belicosa al presente están de guerra como el primer día que los españoles entraron" (*Morúa: Ob. cit. p. 198*).



IX

LA DERMATOLOGIA

¿SE TATUARON LOS PRIMEROS PERUANOS?— LA CCARA LA SARNA

“El que vencía, prendía o mataba a otro, se pintaba un brazo la primera vez, y la segunda los pechos, y la tercera echaba un betún por la cara hasta las orejas, y esta era la caballería de los capitanes y soldados que se señalaban en la guerra; y los Ingas hacían lo propio” (*Morúa: Ob. cit.* p. 79).

Parece que esta pintura fué la única representación del tatuado entre los primitivos peruanos. Nuestros salvajes de la montaña, en cuyos usos y costumbres se busca con fundamento la supervivencia de algunas prácticas y costumbres de la época incaica, ya que tales pobladores buscaron en la montaña un refugio a la conquista, sólo emplean la pintura de la piel, aprovechando al efecto algunos colorantes de origen vegetal, en el número de los cuales se cuenta el *Achiote*.

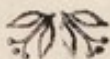
Y como tales pinturas deben ser consideradas también las que se encuentra en la cerámica peruana, de la cual ofrecemos algunas ilustraciones.

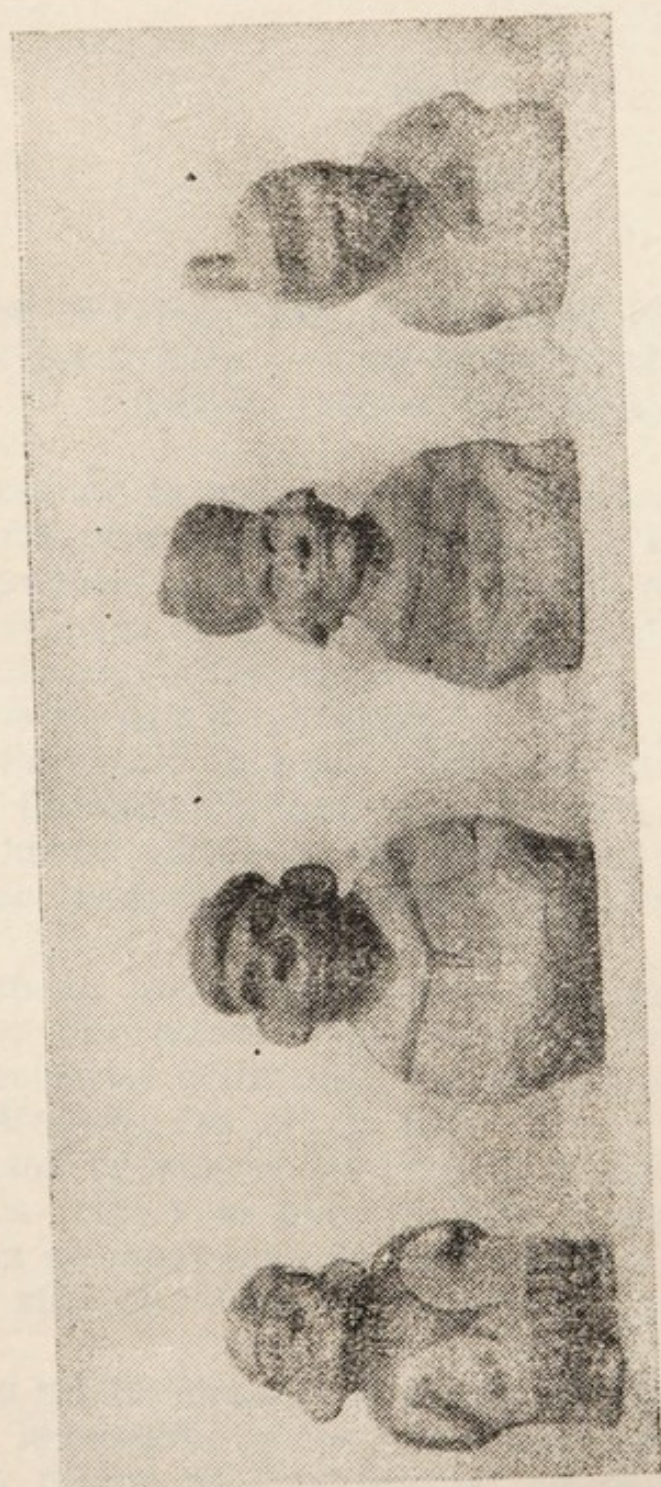
“También hubo hombres y mujeres, que daban ponzoña, así para matar con ella de presto o despacio, como para sacar de juicio y atontar los que querían, y para los afean en sus rostros y cuerpos, que los dejaban remendados de blanco y negro y albarazados y tullidos de sus miembros” (*Garcilaso: Ob. cit., Vol. I., p. 43*).

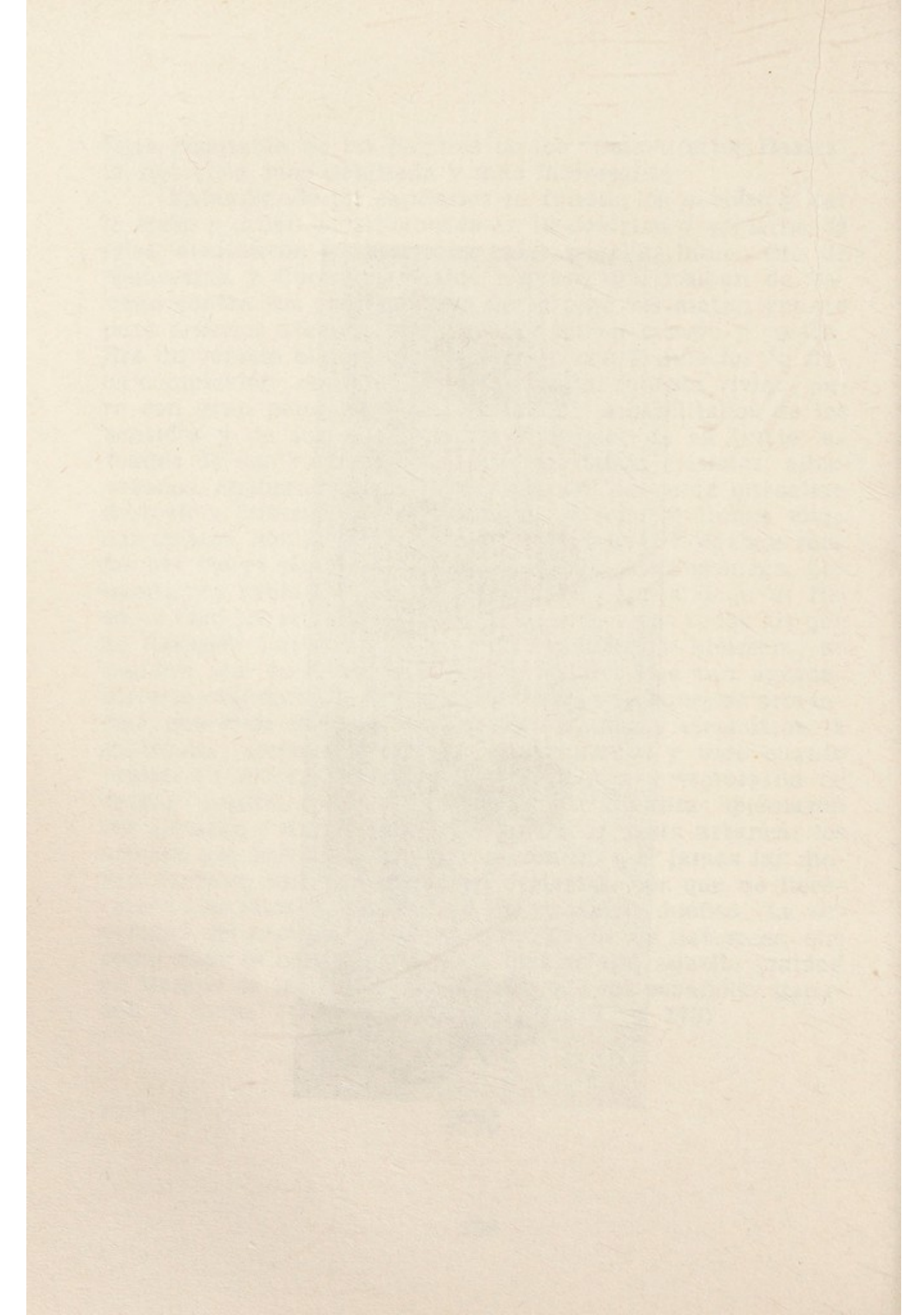
A esta primera alusión al origen tóxico de la Ccara,

hace compañía en las páginas de los "Comentarios Reales" la siguiente, mas detallada y mas interesante:

"Entendiendo los capitanes en fundar los pueblos y dar la traza y orden acostumbrada en la doctrina y gobierno de ellos, alcanzaron a saber, que entre aquellos indios (los de Moquehua y Cuchuna) había algunos que usaban de veneno contra sus enemigos, no tanto para los matar, cuanto para traerlos afeados y lastimados en su cuerpo y rostro. Era un veneno blando que no morían con él sino los de flaca complexión; empero los que la tenían robusta vivían, pero con gran pena, por que quedaban inhabilitados de los sentidos y de sus miembros, y atontados de su juicio, afeados de sus rostros y cuerpos: quedaban feísimos, albarazados, ahoberados de prieto y blanco; en suma quedaban destruidos interior y exteriormente y todo el linage vivía con mucha lástima de verles así. De lo cual holgaban más los del tósigo por verlos penar, que de matarlos luego. Los capitanes, sabida esta maldad, dieron cuenta della al Inca, el cual los envió a mandar quemasen vivos todos los que se hallasen haber usado aquella crueldad, y hiciesen de manera que no quedase memoria dellos. Fué tan agradable este mandato del rey a los naturales de aquellas provincias, que ellos mismos hicieron la pesquisa y ejecutaron la sentencia: quemaron vivos los delincuentes y todo cuanto tenían en sus casas, las cuales derribaron y sembraron de cascajo piedra, como a casas de gente maldita; quemaron sus ganados y destruyeron sus heredades hasta arrancar los árboles que habían plantado: mandaron que jamás las diesen a nadie, sino que quedasen desiertas, por que no heredasen con ellas la maldad de los primeros dueños. La severidad del castigo causó tanto miedo en los naturales, que como ellos lo certifican, nunca más se usó aquella maldad en tiempo de los reyes incas hasta que los españoles ganaron la tierra' (*Garcilaso: Ob. cit., Vol. I., p. 170*).







LA HIGIENE

LOS BAÑOS ENTRE LOS ANTIGUOS PERUANOS.— LA FIESTA DE LA CITUA.— LAS HOSPEDERIAS.— LAS PESTES.— LOS ALIMENTOS

El empleo de la balneación por los antiguos habitantes del Perú está vinculado casi siempre a las creencias religiosas del pueblo: más que la acción benéfica del agua, se procuraba obtener de ella una acción purificadora. Pasemos en revista algunas citas interesantes:

“Y a los veinte y vn días del dicho mes (noviembre) todos los que auian armado caualleros se yban a bañar a una fuente llamada *Calixpuquio* que está detrás de la fortaleza del Cuzco” (*Molina: Ob. cit. p. 75*). El señor *Jiménez de la Espada* traduce *Calixpuquio* como “manantial de Ca-li”.

“Y luego en todos los lugares, *fuentes* y cerros que en Cusco auian por adoratorios, echauan los sacrificios que para ellos estauan dedicados, sin matar para esto ninguna criatura” (*Molina: Ob. cit. p. 93*).

“Y si está de suerte que pueda ir por sus pies alguna junta de dos ríos y le hace yr allá y lauar el quierpo con agua y arina de maíz blanco, diciendo que allí dejara la enfermedad y sino en cassa del enfermo”. (*Molina: Ob. cit. p. 102*).

“y como mi tío llegase al pueblo de Caxamarca con toda su jente, los españoles los rescibieron en los *baños de Conoc*, legua y media de Caxamarca” (*Titu Cusi: Ob. cit. p. 11*).

El doctor *Urteaga*, comentando este episodio niega la existencia del dicho lugar *Conoc*. Nosotros hemos hallado

en *Alcedo* (Diccionario, vol. I., Madrid 1786, p. 646): “*Conocoto*, pueblo del reyno de Quito, en el corregimiento del distrito de las cinco leguas de la ciudad, a cuya inmediación hay un cerrillo que llaman Yllaló, en cuya falda se encuentran varias fuentes hermosas de agua caliente medicinal, muy frecuentadas para tomar baños con acreditado beneficio”.

“Y en lo que toca a la veneración de fuentes, manantiales, ríos.....y otras cosas se hacía y tenía en las demás partes del reyno, y se tenían en reuerencia al modo del Cuzco” (*Polo*: Ob. cit. p. 43).

“Quando uno muere velan todas las noches con gran borrachera, cantando las alabanzas del difunto. Y después de haberle enterrado se lavan todos, en las fuentes que tienen señaladas para ello y queman la ropa vieja del difunto” (*Arriaga*: Ob. cit. p. 84).

“Hizo(*Huayna Cápac*) muchos caminos y calzadas, y fuentes y baños en los Lares, doce leguas de esta dicha ciudad” (*Morúa*: Ob. cit. p. 27).

“Andaba (*Coya Chimpú Ollo o Mama Cava*, mujer de (*Cápac Yupanqui*) muy limpia, bañábase dos veces cada día, comía siempre sola” (*Morúa*: Ob. cit. p. 45).

“El palacio del Inga en donde esta señora (*Coya Cusi Chimpú o Mama Micai*, mujer de *Inca Roca*) vivía de ordinario, tenía veinte puertas y cuatro patios muy grandes, una muy hermosa fuente, muchas salas, mas de cien aposentos, más de cincuenta baños....” (*Morúa*: Ob. cit. p. 47).

“Era (*Atabalipa*) bien dispuesto, sabio y animoso y franco, muy limpio y bien traído; tuvo muchas mujeres y solamente en el baño de este valeroso Inga *Atabalipa*, cinco mil mujeres; muchas y muy buenas tiendas.....” (*Morúa*: Ob. cit. p. 85).

“Y cuando el Inga se lavaba los cabellos entonces hacían grandes fiestas y se enviaban muchos dones. demostrando sus riquezas unos a otros y a porfía” (*Morúa*: Ob. cit. p. 110).

“Tenía (el palacio de la gran Coya) templos, baños y jardines”. (*Morúa*: Ob. cit. p. 135).

"Eran los palacios de las indias y ñustas de recogimiento también muy ricos y muy bien labrados.....por que había verjeles y huertas, estanques, fuentes, baños, templos.... (Morúa: Ob. cit. p. 135) .

"Los de Lambayeque y sus alrededores afirman que, en época muy lejana, llegó de la parte septentrional del Perú una gran flota de balsas. El jefe de esos extranjeros era un hombre de gran talento y de gran valor, se llamaba *Naymlap*; su esposa se llamaba *Ceterni*..... Los principales oficiales de su casa eran... en fin *Ollopcopoc*, que preparaba sus baños" (*Cabello Balboa*: Ob. cit. p. 54) .

"A los puquios, que son los manantiales y fuentes, adoran de la misma manera, especialmente donde tienen falta de agua, pidiéndoles que no se sequen" (*Villagomez*: Ob. cit. p. 144) .

"A los ríos, cuando han de pasarlos, toman un poco de agua con la mano y bebiéndola, les piden, hablando con ellos, que les dejen pasar y no los lleve, y esta ceremonia llaman *Mayuchulla*, y lo mismo hacen los pescadores cuando entran a pescar" (*Villagomez*: Ob. cit. p. 144) .

"También tienen otro modo algunos para purificarse sin decirlos (sus pecados) a otro, que es refregarse la cabeza con su pasca; y lavarse en algún río la cabeza; y así dicen que el agua lleva sus pecados" (*Villagomez*: Ob. cit. p. 159) .

"En algunos pueblos de los Llanos, diez días después de la muerte del difunto, se junta todo el *ayllo*, y parentela, y llevan al pariente más cercano a la fuente o corriente del río, que tienen señalado y le zabuyen tres veces, y lavan toda la ropa que sea del difunto" (*Villagomez*: Ob. cit. p. 171) .

"En todo este espacio entendían los indios en edificios de casas (reales), jardines, baños y casas de placer para el inca" (*Garcilaso*: Ob. cit. vol. II., p. 37) .

"En muchas casas (reales) o en todas tenían baños con grandes tinajones de oro y plata en que se lavaban y caños de plata y oro por los cuales venía el agua a los tinajones. Y donde había fuentes de agua caliente natural también tenían baños hechos de gran majestad y riqueza" (*Garcilaso*: Ob. cit. p. 136. Vol. II) .

Como puede verse, hay en esta serie de informaciones de los Cronistas de Indias, noticia relativa a fuentes, naturales o artificiales en las cuales realizaban los antiguos peruanos el baño simple, que pudiéramos llamar así, el baño de aseo personal, el baño verdaderamente higiénico. Pero, junto a este baño, el baño taumatúrgico, el purificador, en cuyas linfas procuraban los ingenuos habitantes del imperio purificarse de sus pecados.

Una fiesta del ritual incano puede y debe ser considerada como la fiesta de la salud en el antiguo Perú: es la fiesta en la cual se invoca a las divinidades el bien de la salud y se realiza toda una serie de medidas cuya finalidad es la de evitar el daño de las enfermedades: es la fiesta de la *Citúa*, a la cual ha llamado el Dr. Urteaga la fiesta de la purificación.

“El décimo mes se llama *Coya raymi* en el qual se quemauan otros cien carneros blancos lanudos. En este mes (que corresponde a setiembre) se hazia la fiesta llamada, *Citúa*, en esta forma, que se juntauan todos antes que saliese la luna el primer día, y en viéndola dauan grandes voces con hachos de fuego en las manos diziendo vaya el mal fuera, dándose vnos a otros con ellos. Estos se llaman *Panconcos*. Y esto hecho se hazia el lauatorio general en los arroyos y fuentes, cada vno en su seque o pertenencia, y beuian quatro días arreo. Este mes sacauan las mamaconas del Sol gran cantidad de bollos hechos con sangre de ciertos sacrificios: y cada vno de los forasteros dauan vn bocado, y también enviauan a las huacas forasteras de todo el reyno y a diuersos curacas en señal de confederación y lealtad al sol y al inga. Los lauatorios y borracheras y algun rastro desta fiesta llamada, *Citúa*, aun dura tadauia en algunas partes con ceremonias algo diferenciadas, y con mucho secreto. Aun que lo principal y público a ya cessado” (*Polo*: Ob. cit. p. 23).

Representación modestísima de la asistencia hospitalaria, a despecho de no referirse a enfermos, fueron las “hospederías” que, en la época colonial de nuestra historia, dieron origen a no pocos establecimientos hospitalarios. De estas hospederías dice *Garcilaso*:

“Los Incas en su República tampoco se olvidaron de los caminantes, que en todos los caminos reales y comunes mandaron hacer casas de hospedería, que llamaron *Corpahwasi*, donde les daban de comer y todo lo necesario para su camino, de los pósitos reales que en cada pueblo había; y si enfermaban los cuidaban con grandísimo cuidado y regalo; de manera que no echasen menos sus casas sino que antes les sobrara de lo que en ellas podían tener”. (Ob. cit. vol. II. p. 77)

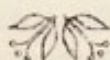
Abordemos el problema de la epidemiología incana, que ha sido negada por no pocos autores al afirmar que el Perú de los incas “no tuvo noticia de peste alguna”.

“Durante muchos siglos, los peruanos consideraban el clima de los llanos áridos y arenosos que se extienden a lo largo de Oceano, como pestilente y nadie se atrevía a establecerse en ellos. Sin embargo, algunas familias de las provincias de Contisuyo, huyendo de la crueldad de los collas, se decidieron a buscar un refugio en la parte superior de esas llanuras, del lado de Arequipa, con menos esperanza de escapar a la muerte que de retardarla, y por que preferían sucumbir bajo la influencia del clima y no bajo los golpes de sus enemigos” (*Cabello Balboa*: Ob. cit. p. 53).

“Encontrándose (*Huayna Cápac*) satisfecho de la isla de Puná... recibió malas noticias del Cuzco, de donde le avisaban que reinaba una peste general y cruel, de que había muerto *Auqui Topa Inga*, su hermano, y *Apoc Illaquita* su tío, a los cuales había dejado como gobernadores al partir; *Mama Toca* su hermana y otros principales señores de su familia habían muerto de la misma manera. Manifestó el Inga tanta tristeza como lo permitía su seriedad y su carácter habituales; pensó en la creación del nuevo gobierno y partió para Tumibamba. Habiendo pasado el río de Guayaquil, atravesó la montaña por caminos difíciles y desconocidos y llegó a Tumibamba por el camino de Nulluturu, mas sintiéndose indispuerto regresó a Quito con la más numerosa y principal parte de su ejército. Desde que llegó su enfermedad fué siempre agravándose; una fiebre mortal le consumía y sintiéndose morir hizo su testamento, según la costumbre de los Ingas, que consistía en tomar un largo bastón o especie de cayado y dibujar en él rayas de diversos co-

lores, por las que se tenía conocimiento de sus últimas disposiciones; se le confió enseguida al *Quipocamayoc* o notario A poco tiempo de hecho su testamento tan valiente jefe como buen rey, murió después de haber extendido y gobernado su imperio durante 33 años. Esto aconteció en el año de 1525 de nuestra era (*Cabello Balboa*: Ob. cit. p. 113) .

“Declararon (el *Quipocamayoc* y albaceas de *Guayna Cápac*) que el sucesor y heredero único y universal del imperio era un hijo muy amado del difunto rey llamado *Ninán Cuyúchic*, pero habiendo sido también atacado por las fiebres después de la muerte de su padre, murió a pocos días” (*Cabello Balboa*: Ob. cit. p. 114) .



BIBLIOGRAFIA

HORACIO URTEAGA — CARLOS A. ROMERO. — Relación de las fábulas y ritos de los Incas. — En "Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú"— vols. I, XI, III, X, II, XII.

GARCILASO INCA DE LA VEGA.—Comentarios Reales, Vol. I, Lima, 1918.

VALDIZAN — MALDONADO. — La Medicina Popular Peruana, Vol. I. Lima, 1922.

LUIS SABATE.—Viaje de los padres misioneros del convento del Cusco a las tribus salvajes de los Campas, Piro, Cunibos y Sipivos, Lima, 1877.

JORGE M. VON HASSEL. — Las tribus salvajes de la región amazónica. — En "Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima", vol. XVII.

MANUEL ANTONIO MESCONES MURO. — Vías del Oriente del Perú.—En "Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima", vol. XIII.

CIEZA DE LEON. — Segunda parte de la Crónica del Perú que trata del Señorío de los Incas, Madrid, 1886.

PROF. LAVORERIA. — El arte de curar entre los primitivos peruanos.—En "Anales Universitarios del Perú", vol. XXIX

FADRE COBO.—Historia del Nuevo Mundo, vol. IV, Madrid, 1890.

HERMILO VALDIZAN.—Nuestra Medicina Popular, Lima, 1910.

REBECA CARRION CACHOT.—La mujer y el niño en el antiguo Perú. — En "Inca", t. I, Lima 1923.

FORTUNATO QUESADA.—Hacia una Anatomía Nacional, Lima, 1919.

INDICE

	Pag
Prólogo	7
Introducción	13
Orígenes I	15
Orígenes II	25
Las doctrinas Médicas	35
Obstetricia	43
La Pediatría	65
La Cirugía	99
Los conocimientos anatómicos	115
La oftalmología — La odontología	127
La dermatología	135
La Higiene	139
Bibliografía	145

EDICIONES: HORA DEL HOMBRE

ALTITUD DEMOCRATICA DE CHILE.—
Un folleto en el que se obtiene una visión clara de la política social S/. 1.00

CANTOS— Selección de los más importantes y últimos poemas de **PABLO NERUDA**, con una expresiva carta de Ilya Ehrenburg y una definición del arte en la vida, por Diego Muñoz.— Edición fina . „ 5.00
Edic. corriente „ 1.50

HORA DEL HOMBRE, en su labor editorial, publica la más importante Revista Nacional. Apareciendo desde hace un año, mensualmente y en forma regular, viene cumpliendo una gran tarea de vinculación de la intelectualidad peruana con la del Mundo. En sus páginas se dan la mano los escritores consagrados y noveles, sirviendo a los intereses del progreso peruano.

Suscribirse a “**HORA DEL HOMBRE**” es ya una obligación para quien quiera conocer el pensamiento escrito del Perú. Al iniciar su segundo año de edición, se han abierto nuevas suscripciones. Corriente, al año . . „ 6.00

Cooperadora, cuota voluntaria.









